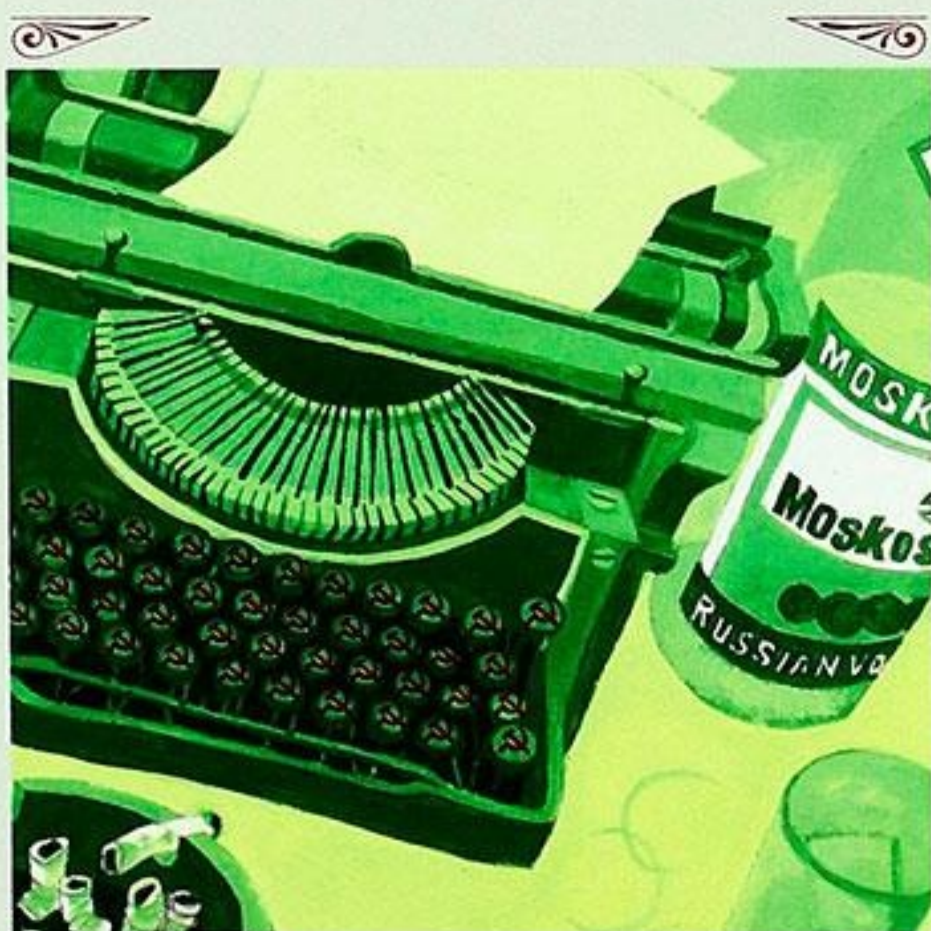


Serguey Dovlátov

El compromiso

Prólogo de Jorge M. Reverte




Lectulandia

Un jefe capaz de detectar burdas faltas ideológicas en el orden alfabético, un instructor que interpreta versos infantiles en clave política, una vigilia en la maternidad esperando a que nazca el ciudadano número 400 000 (presentable), bellezas proletarias sin un rublo en el bolsillo, vacas socialistas de ubres prodigiosas, un funeral de cuerpo presente con muerto equivocado...

El compromiso es un volumen de historias reales, primero hilarantes y luego desoladoras, recogidas por la magistral pluma de Doblátov, un clásico moderno de las letras rusas por descubrir en España.

Lectulandia

Serguéi Dovlátov

El compromiso

ePub r1.0

Titivillus 04.04.2018

Título original: *The Compromise*
Serguéi Dovlátov, 1981
Traducción: Ana Alcorta & Moisés Ramírez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

JORGE M. REVERTE

Ante todo debo aclarar una cosa: no soy un experto en Doblátov, no he consumido las horas suficientes de mi tiempo en estudiar sus textos como para poder colgarme ninguna medalla que exprese mi superior conocimiento sobre su materia.

Lo mío es mucho más sencillo: soy un admirador de Doblátov.

Uno de los aforismos reunidos en su cuaderno de apuntes dice: «El talento es como la lujuria. Es difícil de ocultar. Y todavía es más difícil de simular».

Ignoro si Doblátov sabía que poseía un enorme talento. Intuyo que sí. La ironía brutal que contiene cada uno de los párrafos que escribió a lo largo de su vida es un buen indicador. No hay respeto alguno por lo que le rodea, no existe la menor piedad para las convenciones sociales y, por supuesto, mucho menos para las convenciones políticas de un régimen corrupto como el que le tocó vivir en Estonia durante años. A Doblátov sólo llegan a conmoverle algunas personas de las que va conociendo a través de su peripecia como periodista. Él no está entre ellas. A pesar de que es un hombre que se aferra al vodka porque es la única patria donde puede encontrar la libertad.

No se trata de una posición esteticista, tan ligada a las condiciones de trabajo de los periodistas que se mueven en ambientes bohemios y trabajan hasta tarde mientras su familia se deshace en el abandono. Es algo mucho más profundo y dramático que tiene que ver con la necesidad de encontrar una fórmula de recompensar su posición en la vida. Doblátov debía de estar tan seguro de su talento que nunca intentó que nadie se lo discutiera o le diera la palmada en la espalda que lo reconoce. Una necesidad que muchos tienen, que él mismo pudo llegar a sentir en alguna ocasión, pero que debió de rechazar por humillante.

Doblátov sabía qué hacía con las palabras, qué quería decir de la gente que le

rodeaba, incluso de sí mismo. Aunque respecto de lo último su enorme coherencia como escritor le obligaba a hacerlo a través de la acción. Como en las buenas películas o en los buenos reportajes.

El compromiso es una labor periodística sobre el periodismo. Un ejercicio de extrema brillantez en el que el reportero sólo aporta hechos, describe el paisaje, pone en situación y ordena los acontecimientos para que el lector pueda hacerse un juicio equilibrado sobre un suceso. El campo de trabajo no puede ser menos atractivo, tomado de primeras. Un redactor de un diario de provincias que escribe sobre acontecimientos de una aparente falta de trascendencia. No lo hace mal. De él llegan a decir en la redacción que «Dovlátov puede escribir vistosamente sobre cualquier tontería».

Es cierto. Vistosamente. Y no es cierto: las cosas sobre las que escribe Dovlátov no son jamás tonterías. Si es que es él quien las refiere. Desde el nacimiento de un niño que tiene que servir a efectos propagandísticos del régimen soviético, hasta el entierro del director de la televisión. Tufo de provincias, el color gris como croma dominante de la vida. Cada una de esas atosigantes tonterías adquiere en sus manos la categoría de puesta en cuestión del orden moral de una sociedad.

Dovlátov consigue hacer «vistosas» esas crónicas con las más sencillas herramientas del periodismo. Con pocos adjetivos, con pocas advertencias que prefiguren la existencia de un código moralista anterior a la escritura de la primera palabra. Con la simple lectura, cualquiera que se deje llevar por su orden estilístico recibe un golpe demoledor contra las convenciones sobre las que se asienta su edificio de valores. Lo bueno del caso es que los valores son los únicos perjudicados. Los hechos permanecen. No es lo mismo que la ideología soviética quede despedazada cuando se describe su funcionamiento diario que negar que un cohete ha dado la vuelta a la Tierra.

¿Cómo lo hace? De forma aparente, Dovlátov no hace nada. Transcribe diálogos, recompone situaciones. Por debajo de eso hay un ritmo en la frase, una contundencia en el uso de la puntuación que obliga al lector a respirar de otra manera mientras lo lee. Es una escritura que se vuelve física, sin apenas frases subordinadas. Elaborada con la perfección que busca un poeta al hacer un verso. Pero con la pretensión contraria. Dovlátov no persigue la belleza de una composición ni busca imágenes que sustituyan a las palabras. Tiene una economía que es esencialmente conceptual. Y las imágenes o las metáforas vienen dadas por la selección de la frase en su expresión de un contenido, no por la impostura: «Me asombró su nobleza, prestar dinero antes de que lo encarcelaran». El acto descrito es abrumador y está contado en siete palabras. La confesión lícita de que quien lo cuenta está asombrado, cuatro palabras. En la suma de las once y una coma en medio hay un personaje que nos parece capaz de ocupar un relato.

Dovlátov, a pesar de ser consciente —creo— de su inmenso talento narrativo, admiraba a algunos otros escritores. Siempre a Chéjov, como es casi obligado. Pero

también a algunos escritores norteamericanos como Sherwood Anderson o Herman Melville. Todos ellos tienen mucho que ver con su escritura. En todos ellos hay pasión por los personajes de apariencia sencilla capaces de representar algo de lo que nos sucede en la vida. Su admiración por Proust era sólo funcional, no literaria: «La creación es una lucha con el tiempo. Un triunfo sobre el tiempo. Es decir, un triunfo sobre la muerte. Proust se dedicó sólo a ella».

Le importaba eso. Mucho: «Me atormenta mi incertidumbre. Odio mi disponibilidad a afligirme por pequeñeces. Desfallezco de miedo ante la vida. Y sin embargo esto es lo único que me da esperanza. Lo único por lo cual debo agradecer al destino. Porque el resultado de todo ello es literatura».

Sólo le importaba en realidad la literatura. El vodka era su patria de adopción porque le ayudaba a anestesiar el sufrimiento de no tener otros intereses más que circunstanciales, como el sexo. Literatura, sólo literatura. Sin que nadie sepa de veras qué es eso y para qué sirve. ¿Encontrarse a uno mismo? Gran pérdida de tiempo. Vivir para encontrarse y morir para olvidarlo de golpe. Vaya paso. Sólo existe realmente lo que sucede mientras tanto. Y Dowlátov decidió, o le pasó, o vaya usted a saber cómo fue, que sólo tenía interés el paso por la Tierra si escribía.

Por eso se fue a Nueva York en 1978. Porque en Estonia, o en Leningrado, todo estorbaba para hacer una literatura que no fuera la de la reclusión. Él no podía ser Proust por una razón muy sencilla: no tenía dinero para ello. Proust es vocación infinita más dinero. Dowlátov tenía que escribir para pagarse el vodka. Un bebedizo que no necesitaba para escribir, porque nadie necesita el alcohol para hacerlo, sino para sobrevivir anestesiado mientras tanto.

El vodka tuvo mucho que ver con su muerte temprana, a los cuarenta y nueve años, en Brooklyn.

La escritura no le mató. Le dio sus mejores momentos, los de su plenitud. La plenitud de un escritor que forma parte de una abrumadora raza (con perdón) de escritores que han sabido aprender del periodismo las mejores fórmulas de la literatura moderna. Esas frases que pueden traducirse sin esfuerzo a cualquier idioma para dar cuenta de cualquier sentimiento.

Dowlátov debía de ser insoportable. Un tipo borracho que mide más de dos metros siempre lo es. Pero su escritura es imprescindible.

Yo no soy un experto en Dowlátov, pero le siento más cercano que a la mayoría de los demás escritores ■

*Para N. S. Dowlátova,
por los sinsabores*



... Y me quedé sin empleo. Quizá debería aprender el oficio de sastre. Me he fijado: los sastres siempre están de buen humor... Me tropiezo con Logúinov, de la televisión:

—Hola, ¿qué tal?

—Ya ves, buscando trabajo.

—Hay una vacante. Diario *El guardián de la Patria*. Apunta este apellido: Kashirin.

—¿Uno calvo?

—Kashirin: periodista veterano. Una persona... bastante tierna...

—La mierda —digo— también es tierna.

—¿Le conoces?

—No.

—Pero hablas... Apunta su apellido.

Lo anoté.

—Deberías vestir como Dios manda. Mi mujer dice que si vistieras como es debido...

Por cierto, su mujer una vez me llamó de repente y... Pero ¡alto! Estamos entrando en una materia compleja y emocionante que nos alejaría demasiado de nuestro relato.

—Cuando gane dinero vestiré mejor; me compraré un sombrero de copa...

Saqué mis recortes de prensa. Seleccioné los que más merecían la pena.

Kashirin no me gustó: rostro gris, humor cuartelero. Mirándome, dijo:

—Naturalmente usted será apolítico, ¿verdad?

Asentí culpablemente. Con cándida idiotez, añadió:

—Veinte personas han optado a este puesto. Hablaban conmigo y... no volvían a aparecer. Al menos déjeme su teléfono.

Le di el teléfono de una tintorería casualmente grabado en mi memoria.

Ya en casa, volví a mirar los recortes. Releí algunos. Reflexioné...

Hojas amarillentas. Diez años de mentiras y simulación. Sin embargo detrás había

algunas personas, algunas conversaciones, sentimientos, realidad... No en las páginas mismas, sino por ahí, en el horizonte... Es arduo el camino de lo verdadero a la verdad.

No se puede vadear dos veces el mismo arroyo. Pero sí se puede distinguir el fondo lleno de latas de conservas a través del agua. Y detrás de los suntuosos decorados teatrales, ver la pared de ladrillo, las sogas, el extintor y los tramoyistas ebrios. Esto lo sabe cualquiera que haya estado detrás del telón, siquiera una vez.

Empezaremos con un breve de calderilla...

COMPROMISO PRIMERO

Estonia soviética. Noviembre. 1973

CONGRESO CIENTÍFICO. Científicos de ocho países llegaron a Tallin, sede del VII Congreso de Estudios Escandinavo-Fineses. Son especialistas de la URSS, Polonia, Hungría, RDA, Finlandia, Suecia, Dinamarca y la REA. El congreso acogerá seis disciplinas y a más de 130 científicos: historiadores, arqueólogos, lingüistas, que presentarán sus ponencias e informes. El congreso se prolongará hasta el 16 de noviembre.

El congreso se celebró en el Instituto Politécnico. Fui, conversé. A los cinco minutos el breve estaba listo. Lo entregué en Secretariado. Aparece el redactor jefe Turonok, persona entre almibarada y amazapanada, el tipo de canalla tímido. Esta vez, alterado.

—Ha cometido usted una burda falta ideológica.

—¿?

—Usted enumera los países...

—Pero ¿no se puede?

—Se puede y se debe. La cuestión es cómo los enumera. En qué orden: Dinamarca, Finlandia, Hungría; luego: Polonia, RDA, RFA...

—Claro, por orden alfabético.

—Ése es un orden desclasado —gimotea Turonok—; pero existe un orden de hierro: los países demócratas ¡delante!; después los neutrales; y por último los miembros del bloque capi...

—*Oquéi* —le digo.

Rescribí el breve, lo entregué en Secretariado. Al día siguiente Turonok viene corriendo:

—¿Se burla usted de mí? ¡Lo hace adrede!

—¿El qué?

—Desordenar las democracias populares: pone a la RDA detrás de Hungría. ¿Ya

estamos con el alfabeto? ¡Olvide esa palabra oportunista! Usted trabaja para el periódico del Partido. ¡Hungria en tercer puesto! Ahí hubo un alzamiento.

—Y con Alemania hubo guerra.

—¡No discuta! ¿Para qué discute? ¡Ésa fue la otra Alemania! ¡La otra! No entiendo, ¿quién le ha confiado...? ¡Miopía política! ¡Infantilismo moral! Plantearemos esta cuestión ante...

Me pagaron dos rublos por el breve. Yo esperaba tres...

COMPROMISO SEGUNDO

Estonia soviética. Noviembre. 1974

RIVALES DEL VIENTO. (Cincuentenario del hipódromo de Tallin). Los *jockeys* más populares, esos ídolos del público, son ante todo zootécnicos experimentados que con paciencia y perseverancia mejoran la raza desarrollando valiosos rasgos hereditarios de sus «pupilos». Además son deportistas altamente cualificados que una vez por semana dan cuenta de sus logros ante el exigente público de Tallin. Durante cincuenta años estos deportistas han merecido no pocos premios y diplomas; y en 1969 el maestro-jinete Antón Dukallski, montando al potro «Tallnik», ganó el Gran Premio de la Unión Soviética. Entre las estrellas del hipódromo de Tallin destacan los expertos maestros: L. Yurguiens, E. Ilvies, J. Nõmmistie. Una joven promesa: A. Ivánov. El 1 de agosto el hipódromo celebrará una gala equina con ocasión de su jubileo.

El hipódromo de Tallin presenta un aspecto bastante deplorable: pista algo sucia, tribunas encorvadas. Trocitos de boletos viejos esparcidos por el terreno. El público, agitado, vocinglero, circula entre el bar y las barandillas.

El hipódromo es el único sitio donde se puede comprar oportuno barato a granel.

Los apostadores tienen dos tipos de boletos: expresos y pares. Apostando a expreso, ustedes tienen que adivinar los primeros caballos en su orden correcto de llegada. Par: hay que adivinarlos dos primeros caballos en cualquier orden. Con el boleto par el premio es lógicamente menor. Con los favoritos se gana poco. Apuesta por ellos todo el hipódromo, todos los novatos. El dinero de verdad está en los caballos malos que terminan primeros por casualidad. El favorito no es difícil de predecir. Más difícil es prever lo inesperado: el jamelgo tiñoso impulsado por un fogonazo de vivacidad. Los jinetes de primera saben embridar a un favorito a cambio de una fuerte suma de dinero. Rezagar virtuosamente también es un arte. Es incluso más difícil que ganar. Delante aparecen los caballos mediocres. Las ganancias a veces llegan a 150 rublos. Es improbable que los jinetes quieran hacer negocios con ustedes. Ya tienen una clientela solvente. Es más fácil llegar a un acuerdo con un *jockey* de tercera. Apostar a las carreras lo tiene prohibido. Opera a través de un

testaferro. Coge el programa de las carreras de mañana y marca con un lápiz los tres caballos de cada carrera. De acuerdo con estas indicaciones, ustedes compran sus boletos... y los de él.

Decidí escribir un breve sobre el cincuentenario del hipódromo. Hablé con el director, A. Mielldierrrom. Éste llamó a Tolya Ivánov.

—Aquí lo tiene: una joven promesa.

Fui al bar con Ivánov. Le dije:

—Tengo un dinerillo... unos ochenta rublos. ¿Qué me aconseja?

—¿En qué sentido?

—En el de la carrera, supongo.

Ivánov me miró con prevención.

—No te preocupes —le digo—. No soy un provocador, aunque sea periodista.

—Si no me preocupo.

—Entonces ¿cuál es el problema?

Al final «firmó»:

—Dukiell [o sea, Dukallski] apuesta a través de los letones que vienen. Son peces gordos. Controlan la carrera entera, la peinan a fondo. Pero esto es al final, con las apuestas importantes. Las tres primeras carreras las dejan para los demás.

Saqué el programa del día siguiente. Tolya sacó un lápiz...

Después de la tercera carrera me pagaron sesenta rublos. En lo sucesivo nos llevábamos de treinta a ochenta. Lástima que sólo hubiera carreras una vez a la semana.

En verano Tolya Ivánov se rompió una pierna y las dos clavículas. Nada que ver con los caballos: se cayó de un taxi, borracho.

Se acabó el hipódromo. Hace años que el «rival del viento» pone copas en el bar Mundi.

COMPROMISO TERCERO

La juventud estonia. Agosto. 1974

ME SIENTO EN CASA. (Huéspedes de Tallin).

Ala Meleshko posee una hermosura poco frecuente. Claro que esto no es lo más importante en la vida... y sin embargo puede ser la razón de que todo el mundo se muestre tan bien dispuesto hacia esta joven tan risueña como indómita. Ala no es ninguna estrella en plena gira. Tampoco participa en ningún simposio científico. Ni se sabe que haya establecido marca deportiva alguna. Ala llega a Tallin... por curiosidad. Curiosidad, sí: ese acicate que empuja a abandonar la seguridad y la comodidad del lugar natal. Podríamos llamarlo «la emoción del camino», la seducción del horizonte, la eterna inquietud del auténtico viajero.

«En la inestabilidad está el movimiento», escribió el eminente musicólogo Cherny.

Hemos hecho unas preguntas a Ala:

—¿Qué le parece Tallin?

—Es una rara ciudad: acogedora pero austera. Lo que más me ha llamado la atención es el armonioso contraste entre tradición y modernidad. Entre la paz y tranquilidad de Tallin se percibe una fuerza serena.

—¿Por qué Tallin?

—Había oído hablar de sus pintores y diseñadores. Además adoro el mar.

—¿Viaja sola?

—Me acompañan mi cámara y un poemario de Alexander Blok.

—¿Qué ha visto hasta ahora?

—La ciudadela y el parque de Catalina la Grande, donde las ardillas se me acercaban confiadas. ¡Es conmovedor!

—¿Nos cuenta sus planes?

—Cuando termine el verano volveré a mi estudio de coreografía. Y volverán el trabajo y el estrés. Pero mientras tanto aquí me siento en casa.

Éste es un cuento sin ángeles ni villanos, sin pecadores ni santos. Como tampoco los hay en la vida. Hace tiempo que vengo observándolo...

Un redactor me decía:

—Todos tus personajes son unos canallas. Si tu héroe es un canalla, la justicia poética dicta que lo lledes hacia una catástrofe moral. O si no, hacia el castigo. Pero en tus escritos los canallas son algo tan natural como la lluvia o la nieve.

—¿Dónde ves a esos canallas? —le preguntaba yo—. ¿Quién, por ejemplo, es un canalla?

El redactor me miró como se mira a alguien que ha caído en malas compañías y encima intenta defender a sus amigos.

Hace tiempo que dejé de dividir a las personas en positivas y negativas. Y menos aún a los personajes literarios. Aparte de esto no estoy seguro de que en la vida el arrepentimiento siga inevitablemente al crimen, ni la gloria a la hazaña. Somos como nos sentimos. Nuestras cualidades, virtudes y vicios salen a la luz con el suave roce de la vida: «Natura, eres mi Diosa»^[1]. Etcétera... En fin...

En este cuento no hay ángeles ni villanos porque no puede haberlos. Uno de los personajes soy yo. Otro es Misha Shablinski, con sus expresiones características, como «apercepción espontánea» y «dualismo inmanente»... Luego figura Mitya Klienski, igualmente fácil de reconocer. Su pasión por los alfileres de corbata electrificados y las pesadas boquillas de falso ámbar le han granjeado fama extendida.

¿Qué nos unía a los tres? Tal vez fuera —cómo decirlo— una ligera hostilidad hacia el aspecto oficial de nuestro trabajo en el periódico, una especie de sano cinismo que nos ayudaba a evitar la pomposidad...

En la redacción, veintiocho de los treinta y dos empleados se autoproclamaban «plumas doradas de la república». Nosotros tres, a fuer de originales, nos llamábamos «plumas plateadas». A Dima Sher, que escribió en una de sus crónicas: «El riñón artificial es un fenómeno cotidiano de todos los días», se le conocía como «pluma de roble».

Básicamente éramos amigos. Shablinski trabajaba en la sección de Economía. Sus artículos nunca suscitaban controversias. En ellos predominaban las estadísticas; estaban pensados para un lector específico. Klienski escribía una columna diaria para la sección de Deportes. Sus informaciones, precisas y profesionales, estaban desprovistas de cualquier emoción. Yo escribía artículos satíricos. Ya en abril el redactor jefe me había dicho: «Si escribes artículos satíricos, te daremos un piso».

No es tarea fácil. Deben contrastarse escrupulosamente todos los hechos. Las dianas de la sátira se escabullen, adoptando actitudes defensivas. La ciudad es pequeña, la gente está expuesta... Resumiendo: intentaron agredirme dos veces. La primera vez, con éxito, los mozos de carga de la estación de mercancías. La segunda un especulador llamado Chiguir me pegó con un bombín, recibiendo un segundo más tarde mi respuesta en forma de un directo que lo dejó fuera de combate.

Mis artículos provocaban numerosas reacciones. A veces en forma de amenaza. Esto incluso me satisfacía: el odio significa que el periódico aún es capaz de levantar pasiones.

Cada uno de nosotros hacía su trabajo. No nos pagaban tan mal. Cuando Shablinski se iba de enviado especial, volvía con mojama de pescado, huevos de pato y hasta cochinitos vivos. Klienski hacía de *negro* de un deportista retirado al que se refería como «el Hacendado Bondadoso». En resumen, trabajábamos honradamente y a conciencia...



¿Y bien? Nada en especial. Mitya Klienski tenía una invitada de Duinsk. Ni siquiera sé de qué iba. Existen mujeres jóvenes que no es que sean inmorales ni disolutas, sino más bien —cómo decirlo— despreocupadas. Su vida es pura acción. A veces resulta difícil adivinar que detrás de este apilamiento de acciones hay un alma. Mediante ímprobos esfuerzos, a costa de quién sabe qué sacrificios, estas chicas se hacen con unas botas de importación, por ejemplo. Cuesta imaginarse el tiempo y el trabajo que ello exige. Y luego el pase de las botas importadas en innumerables reuniones de amigos, en bailes o simplemente de camino al Ayuntamiento desde el supermercado, pasando junto a radiantes escaparates. A veces las botas se acuestan en la penumbra junto a la cama de uno: pesadas suelas de plataforma, cañas recortadas. Y no se trata de ninguna horrible depravación: simplemente no están casadas. Han bebido, ya no hay autobuses ni quien consiga un taxi. Y el anfitrión es tan simpático. Tenía tres iconos en su casa: el autógrafo de Magomáyev, grabados, Cole Porter... Por las tardes las chicas bailan; de día trabajan. Y no trabajan mal. Además visitan gente interesante. Por ejemplo, periodistas...



Mitya se pasó por mi sección. Con él estaba una chica.

—Siéntate aquí —le dijo—. Mi jefe está de mal humor. Serge, ¿te importa que se sienta aquí?

—No —dije.

La chica se sentó junto a la ventana. Sacó el maquillaje. Mitya se fue. Yo seguí trabajando sin especial ardor. El artículo satírico que estaba escribiendo se titulaba: «VMK sin retocar». El significado de VMK se me ha olvidado por completo.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Ala Meleshko. ¿Es verdad que todos los periodistas sueñan con escribir una novela?

—No —mentí.

La chica se pintó los labios y empezó a atrafagarse. Yo pregunté:

—¿Dónde estudia?

Aquí empezó a mentir. No sé qué de arte dramático, no sé cuántos de pantomima, un director yugoslavo que la quiere para un rodaje. El director se llama Ioshko Gati. Pero otra cosa que se llama «Intersín» no transfería las divisas...

¡Cuán noblemente ha evolucionado la mentira en los últimos doscientos años! Antes se inventaban novios millonarios que se dedicaban a la cría caballar. Ahora se inventan directores yugoslavos. En los viejos tiempos un hombre se enorgullecía de

sus trotones; y ahora... de sus pantuflas polacas de pana. El Jlestákov de Gogol presumía de llevarse bien con Pushkin, mientras que un conocido mío, Guiénich, volvió de Moscú abatido y taciturno: había visto al poeta kazajo Olzhas Suleimiánov en el centro comercial *Zoom*. Hasta los intelectuales se inventan que tienen un sueldo decente. Yo mismo añadido unos veinte rublos al mío, aunque la verdad es que lo que cobro no está tan mal... En fin...

Empezó a mentir. En estos casos guardo silencio. Así sea. La mentira gratuita no es mentira: es poesía. Por alguna razón incluso estaba convencido de que no se llamaba Ala...

Entonces apareció Klienski.

—Bueno, ya está —dice—. Trescientas líneas en la carpeta de Secretariado. Ahora a relajarse.

Rematé mi sátira en un santiamén. Escribí algo así: «¿Por qué callaban los activistas de la fábrica? ¿Adonde miraba el Tribunal de Camaradas? Porque desde hace tiempo es sabido que la avaricia multiplicada por la impunidad desemboca en delito».

—¿Qué, nos vamos? —decía Klienski—. ¿Cuánto tiempo hay que esperarte?

Entregué mi sátira y llamamos a Shablinski. Respondió a la invitación con franqueza:

—Rosa: de exámenes. Liquidez: ocho rublos. Mañana: miércoles creativo. Como se suele decir, una cosa lleva a la otra...

Nos reunimos en el descansillo junto al ascensor. Zbánkoy se acercó con el *flash*. Sin decir palabra, le hizo una foto a Ala y se marchó.

—¿Cuál es el plan? —pregunté.

—Vamos a llamar a Vera.

Vera Jlópina trabajaba en Mecanografía, aunque podía haber llegado fácilmente a correctora de estilo o incluso a revisora jefe. Nerviosa, culta y sensata, siempre se perjudicaba a sí misma con su rectitud histérica e impertinente. En su casa se reunían de buen grado los directivos del periódico: ambiente de soltería, dos habitaciones, las amigas de Vera, la música... Después de beber exactamente dos copas de vino, Jlópina se volvía peligrosa. Si algo no le gustaba, no medía sus palabras. La recuerdo señalando a Weissblat, subdirector de la gaceta juvenil, mientras gritaba:

—¡No, escuchadle! ¡Está más verde que un pepino! ¡No le admitirían de mecánico en un garaje!

Para las mujeres también tenía candela. Las zahería por todo: por sublimar sus pecadillos, por sus modelitos de importación, por sus maridos ricos y marchitos.

Pero nosotros tres le caíamos bien. Y con razón. No éramos arribistas, no nos comprábamos coche, no nos dábamos importancia. Y la queríamos. Aunque ninguno de los tres iba más allá del compañerismo. Propensa a ruborizarse, regordeta, ligeramente ridícula, era casta en grado sumo.

No era que a Jlópina le gustara beber. Simplemente le gustaba organizar

reuniones de amigos, afanarse, salir a por Riesling^[2], preparar entremeses.

—Ahora mismo llamo a Liudka, del Departamento de Mercería. ¡Es de fábula! ¡Una cintura de avispa! ¡Unos ojazos verdes! —nos decía. Y cuando la tal Liudka se ponía al teléfono, le gritaba—: ¡Deja lo que estés haciendo! ¡Coge un taxi y ven para acá! ¡Aquí te espero! ¿Qué? Escritores, periodistas, un montón de vodka, una tarta...

Al final aparecía Liudka: alta, esbelta, ojazos en verdad... y un marido que era capitán de la Dirección General de Seguridad.

Todo esto se hacía desinteresadamente. Lo que pasaba era que Vera estaba muy sola.

Así que nos fuimos a su casa. Compramos ginebra, tónica y todo lo demás. Confieso que conozco estas veladas de memoria. Sé de antemano qué pasará a continuación. Siempre se desarrollan de la misma manera. El orden ha quedado establecido de una vez por todas: una especie de concierto cuyos números figuran en el programa uno tras otro: Shablinski nos contará la historia de una cacería fantástica organizada por el Comité Municipal del Partido. Esta historia incluye becadas como águilas de grandes, una isba forestal con sauna fina, coñac de Ereván... Aquí interrumpo yo con mi chiste favorito: «Y los instructores del Comité de Distrito corrían entre los árboles vestidos con pieles de oso».

—Envidioso —dirá Shablinski, sonriendo sin malicia—. Te dije que vinieras.

Después Klienski nos contará alguna historia del hipódromo, jalonada por asombrosos nombres de caballos: «Aníbal», «Tonadilla», «Rocanrol»:

—Dukiell le pasa en la curva, el favorito pierde el paso cuatro veces. Yo acaricio mis boletos de apuestas, llevo seis expresos en el bolsillo; pero en la meta ¡le da por galopar!

Después nuestra anfitriona se emborrachará y pasará a enunciar sus opiniones sobre cada uno de nosotros. Pero ya estamos acostumbrados y no nos ofendemos. Klienski se la gana por su corbata horrorosa. Yo, por mi obediencia a alguno de los mandamases. Shablinski, por su esnobismo. Se evidenciará la exigencia y parcialidad con que escruta nuestro trabajo. Después empezará la eterna plática entre periodistas: quién no tiene talento y quién sí, seguida por grabaciones de preguerra, seguidas de lágrimas, de vodka milagrosamente adquirido y del numerito final: «¿Me respetas?», que por cierto no es mala rúbrica para el departamento satírico...

Y en general así fue como ocurrió. Asamos una especie de brochetas de salchicha. Vera se emborrachó y besaba el retrato de Dobroliúbov diciendo: «¡Menuda gente había antes!». Shablinski contó una historia chabacana sobre Dobroliúbov y yo le contradije lánguidamente. Ala contó una mentira, conmovedoramente inverosímil, sobre cómo Audrey Hepbum le había enviado un champú-tinte...

Después ella y Mitya se retiraron a la cocina. Klienski poseía un curioso método para influir en las mujeres. Consistía en hablarles durante largo tiempo. Es más, no les hablaba de él, sino de ellas. Y dijera lo que dijese («Usted tiene predisposición a confiar en la gente, pero dentro de ciertos límites»), el método surtía efecto de forma

impecable, tanto con jóvenes estudiantes de la escuela profesional como con cónicas reporteras televisivas.

Shablinski y yo empezábamos a aburrirnos rápida y mutuamente. Se marchó sin despedirse. Vera dormía. Yo llamé a Marina y me fui también.

A Ala sólo le dije una cosa:

—¿Quiere que desaparezcamos discretamente?

Se lo digo a cualquiera (que sea mujer). Bueno, casi a cualquiera. Por si acaso. Es una frase carente de doble sentido, además de inofensiva.

—No estaría bien —contestó Ala—. Después de todo vine a ver a Mitya.



A la mañana siguiente había mucho que hacer en la redacción. Estaba preparando una planilla sobre la «inspección popular» mientras me automedicaba con gaseosa. Shablinski descifraba sus grabaciones de un congreso pedagógico. Apareció Klienski, lúgubre y desmejorado:

—Igual de ficticio que toda nuestra vida —farfulló enigmáticamente.

A la hora de comer sonó el teléfono:

—Soy Ala. ¿No habrá visto a Mitya?

—Ah —dije—. Hola. ¿Cómo va?

—Hemoglobina: 200.

—No lo pillo.

—Qué pregunta tan extraña: cómo va. Perramente, cómo va a ir... Fui a buscar a Klienski: me dijeron que estaba de enviado especial. Al parecer en la aldea de Kungla una madre ejemplar había parido su undécimo hijo. Le conté todo esto a Ala.

—¡El muy puerco! Ni siquiera me avisó.

Se produjo un breve silencio. No me gustó. ¿Qué tenía que ver aquello conmigo? Además tenía que entregar mi planilla. Encima estaba llena de titulares horribles como: «Balada del aritmómetro desaparecido». Y buena la había hecho Mitya: marcharse sin avisar a la señorita. Empecé a sentirme algo incómodo...

—Si quiere, almorzamos juntos —le digo.

—Desayunar, más bien. No estaría de más. Mi estado de ánimo es confuso.

Arreglamos una cita. Después cubrí mi mesa de papeles para fingirme ajetreado.

Era un día fresco y nublado. Sobre las cristaleras del café, el viento azotaba los toldos. Llegó Ala con un enorme sombrero de calicó. Se notaba que estaba muy orgullosa de él. Miré en derredor preso de la angustia. Lo único que me faltaba era que alguna amiga de Marina me viera en compañía de un sombrero así. Las alas tropezaban con los canalones. Pero dentro del café resultó que se plegaba fácilmente. Tomamos unas albóndigas; y después té con pastas. Ala se comportaba como si yo le debiera algo.

—¿De vacaciones, supongo? —pregunté.

—Sí —va y dice—: *Vacaciones en Roma*.

—Es verdad: una princesa entre periodistas. ¿Cómo es que su madre le dejó ir?

—¿Por qué no?

—La ciudad desconocida, las tentaciones...

—Dos madres se encuentran. Una le dice a la otra: «¿Cómo es que dejas a tu hija andar por ahí sola?». La otra contesta: «¿Porqué preocuparse? ¡Está bajo vigilancia policial desde los nueve años!».

Reí por cortesía y llamé al camarero. Pagué y salimos.

—Fue un placer contemplarla, señora mía —dije.

—Ciao, Johnny! —dijo Ala.

—Si es Ciao, será Giovanni.

—Good-bye, Giovanni!

Y se alejó con su fina estampa y su enorme sombrero de calicó. Parecía una rúsula. Me apresuré a volver a la redacción. Secretariado ya andaba buscándome. A eso de las seis la planilla estaba lista.

Por la tarde fui al teatro. Representaban *La campana*, basada en una obra de Hemingway. Era una espantosa mezcla de *Los Siete Magníficos* y *La joven Guardia*. Por ejemplo, en el segundo acto Robert Jordan se afeitaba con una daga; y por cierto, llevaba unos vaqueros polacos. Iguales que los míos.

Hacia el final de la función se produjo un tiroteo tan estruendoso que huí sin esperar a los aplausos. Nuestra ciudad es tan benévola que premia cualquier representación teatral con una tempestuosa ovación.

Llegué a la redacción por la mañana temprano. Tenía que escribir una crítica favorable de la función. Entumecido de tabaco y café, empecé a escribir:

La obra de Hemingway no es escénica. El único drama de este autor carecía de biografía teatral, habiéndose quedado en una novela dialogada. «Se deja leer», subrayaba el autor. Los numerosos intentos por parte de Hollywood de llevarlo a la pantalla...

En este momento llamó Vera:

—¡Con lo ocupado que estoy! ¿Qué ocurre?

—Sube un momentito.

—¿Qué ha pasado?

—¡Tú sube un momento!

—Ah, qué coño...

Vera me esperaba en el descansillo: sofocada, nerviosa, triste.

—Necesita dinero, ¿entiendes?

Yo no entendía. O sí, pero dije:

—No entiendo.

—Ala necesita dinero. No le llega para el avión de vuelta.

—Vera, ya me conoces. Pero hasta el 14 es imposible. ¿Cuánto le falta?

—Por lo menos treinta rublos.

—¡Ni pensarlo! En abril no he percibido honorarios de ningún tipo. Le debo setenta y cinco rublos al banco. Tengo que pagar el plazo del televisor. Además no estoy completamente... Un momento: ¿y Klienski? Se supone que es su...

—Está de viaje.

—Pero volverá pronto.

—Tienes que entenderlo. Será una catástrofe. Su novio ha llamado de Sarátov...

—Será de Duinsk —dije.

—De Sarátov. Da igual. Dice que se ahorcará si ella no vuelve. Ala lleva fuera desde febrero.

—Pues que venga a por ella.

—Tiene un examen el lunes.

—Es edificante que un tipo que quiere ahorcarse se preocupe por un examen.

—Pero estaba llorando. De veras.

—El caso es que ¡no tengo treinta rublos! Además todo es muy extraño, Dios sabe qué... En fin, lo importante es que estoy tieso.

Y lo interesante es que decía la verdad.

—¿Y no se podría conseguir un préstamo de alguien? —dijo Vera.

—Es la chica de Klienski. Que se preocupe él.

—¿Qué tal si probamos con Shablinski?

Probamos. Shablinski incluso se indignó:

—Tenía ocho rublos y apoquiné como un caballero. Yo mismo estoy por pegarle el sablazo al primero que se me cruce por delante. Esperáis a Mitya y le pasáis la factura a él. ¡Oye! Se me acaba de ocurrir una: la gente se divide en bolcheviques y pagacheques.

—Vale —dijo Vera—. Ya se me ocurrirá algo.

Y se dirigió a la puerta.

—Oye —le dije—: si no se te ocurre nada, llámame...

—Vale.

—Se puede hacer lo siguiente: hacerle una entrevista.

—¿Para qué?

—Para la sección «Huéspedes de Tallin». Una estudiante interesada en la arquitectura gótica. No se separa de su tomito de Blok. Da de comer a las ardillas en el parque. Le pagarán unos veinte rublos, puede que veinticinco...

—Serge, ¡inténtalo!

—Vale...



En ese momento me llamó el redactor jefe. Guiénrig Fránzevich estaba sentado junto a la ventana de su espacioso despacho. La radiogramola y el televisor estaban apagados. El complicado teléfono de teclas blancas estaba en silencio.

—Siéntese —dijo—. Tengo un encargo importante. En nuestro periódico se echa en falta una mayor presencia de las cuestiones morales. Tiene la más amplia gama de elecciones: divorciados que no socorren a su exmujer, proteccionismo, malversación de fondos públicos... Confío en usted. Acuda al Tribunal de Camaradas, a la Dirección General de Tráfico...

—Ya se me ocurrirá algo.

—Adelante —dijo el redactor jefe—. Las cuestiones morales son muy importantes.

—Oquéi —le digo.

—Y recuerde que el concurso periodístico sigue abierto. Los mejores artículos recibirán premios en metálico. Y el ganador viajará a Alemania oriental.

—¿Voluntariamente? —pregunté.

—¿Es decir?

—A mí no me dejaron ir ni a Bulgaria. Presenté mi solicitud la primavera pasada.

—Hay que beber menos.

—Vale —dije—. Aquí tampoco se está tan mal...



A aquel día aún le quedaban muchas preocupaciones, conflictos, discusiones, problemas por resolver. Asistí a dos reuniones, contesté cuatro cartas, hablé por teléfono unas veinte veces, bebí cócteles, abracé a Marina...

Todo como de costumbre.

Pero el día de ayer ¿adonde ha ido? Y si cayó en el olvido, ¿qué me impulsó a escribir, seis años después: «Éste es un cuento sin ángeles ni villanos, sin pecadores ni santos»?

Y en general ¿qué tipo de gente somos?

COMPROMISO CUARTO

Vespertino de Tallin. Octubre. 1974
EL ABECEDARIO ESTONIO.
Un día de lluvia, con cuatro manos,
una gran fiera del bosque viene.
—¡Hola, holita! —la saludamos.
Y ella, educada, contesta: —*Tere!*
Y mientras habla, un haz de rayos
del cielo asoma y la nube enciende.

El *Vespertino de Tallin* se escribe en ruso, no en estonio, así que nos inventamos una nueva columna llamada «EL ABECEDARIO ESTONIO» para los lectores rusos más jóvenes. Yo me encargué de la primera que salió. Eran unos pocos versos que, como periodista cosmopolita, me merecían un secreto orgullo.

Me llama un instructor del Comité Central, Vanya Trull:

—¿Quién ha escrito esa fábula chovinista?

—¿Chovinista? ¿Por qué?

—Así que fuiste tú...

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Aparece una gran fiera...

—¿Y?

—Y dice «¡Hola!» en estonio. ¿Qué impresión da esto? ¿Que los estonios son unas fieras! ¿Yo soy una fiera? ¿Acaso soy yo, instructor de Comité Central, una fiera?

—Es un cuento para niños; una fábula, como usted dice. Los versos van acompañados de una viñeta. Unos niños se encuentran con un oso. El oso tiene una cara amable y agradable. Es un personaje positivo.

—¿Por qué habla en estonio? Que hable la lengua de un país capitalista.

—No le entiendo.

—¿Y por qué tengo yo que explicárselo? Es evidente que a usted le falta madurez para escribir en un órgano del Partido. ¡Le falta madurez!



Una hora más tarde aparece el redactor jefe:

—El jurado le penaliza con dos puntos.

—¿Qué jurado?

—Ni se acuerda. El concurso continúa: a los mejores periodistas se les concederán premios; y a los mejores de todos se les concederán viajes a Occidente, a la RDA.

—Es lógico. Y al peor de todos ¿lo enviarán al este?

—¿Qué quiere decir?

—Nada, era una broma: Alemania oriental ¿es Occidente?

—¿Cuál es su opinión al respecto?

—Que para occidental, el Japón.

—Pero ¡qué dice! —se alarma Turonok.

—Quiero decir: en sentido ideológico.

Una nube de hastío infinito se cierne sobre Turonok:

—Con usted no hay quien hable, Dovlátov. Recuerde que mi paciencia tiene un límite.

COMPROMISO QUINTO

Estonia soviética. Noviembre. 1975

HA NACIDO UN HOMBRE. La fiesta nacional del Día de la Liberación se celebra multitudinariamente en nuestra república. Fábricas y talleres, granjas colectivas, estaciones de maquinaria y tractores, todos informan al Gobierno haber obtenido excelentes cifras.

El hito más reciente se alcanzó hace unos pocos días, cuando el número de habitantes llegó a 400 000. En el Hospital n.º 4 de Tallin, Maya y Grigori Kuzin han traído al mundo un bebé, su ansiado primogénito. El destino ha querido que este niño sea el habitante número 400 000 de la ciudad.

«Será un atleta», asegura el médico jefe Mikel Teppe con una sonrisa.

El feliz padre intenta ocultar sus manos callosas con embarazo.

«Lo llamaremos Lémbit», dice. «Que este héroe popular le sirva de ejemplo».

El famoso poeta de Tallin Borís Shtein dedica estos versos a los orgullosos padres:

En fábricas, en minas profundas,
En planetas lejanos y bellos
Veo 400 000 héroes
Y a mi primogénito entre ellos.

Vienen a la mente las palabras de Goethe: «Nacer un hombre es nacer un mundo entero»^[3].

No sé qué serás de mayor, Lémbit. Metalúrgico o minero, oficial o científico. Pero una cosa está clara: ha nacido un hombre. Un hombre condenado a la felicidad.

Tallin es una ciudad pequeña, incluso íntima. Te encuentras con un amigo por la calle y te dice: «Hola, te andaba buscando», como si estuvierais en la cafetería del trabajo. Por eso nunca hubiera imaginado que en Tallin viviera tanta gente.

En fin, Turonok me llama a su despacho y dice:

—Ha surgido una idea constructiva. Podría ser el germen de un reportaje eficaz. ¿Qué tal si concretamos los detalles? Pero no se ponga grosero conmigo.

—¿Grosero, yo? Es inútil.

—A esto mismo me refería —dijo Turonok en tono melancólico—. Usted siempre se pone grosero, Dovlátov; hasta en las reuniones generales. Usted sólo deja de

ponerse grosero cuando pasa fuera una larga temporada. ¿Tan mediocre le parezco? Cree que no leo más que periódicos, ¿verdad? Si me viera en casa... Si viera mi biblioteca... A propósito, tengo algunas ediciones de antes de la Revolución que...

—¿Para qué me ha llamado? —interrumpí.

Turonok guardó silencio un rato. Luego se envaró de repente, como para pasar de la lírica a los negocios. Empezó a hablar con más aplomo y precisión:

—La semana que viene se conmemora el Aniversario de la Liberación de Tallin, que se celebrará en todas partes, incluidas las páginas de este periódico. Cubriremos varios aspectos: el económico, el cultural y el cotidiano. Todas las secciones están preparando algo. Para usted también hay trabajo. Concretando: según datos de la Oficina de Estadística, la ciudad cuenta cerca de 400 000 habitantes. Esta cifra es en cierto modo relativa, como lo son los límites de la ciudad. Resumiendo: hemos debatido la cuestión y se ha decidido que el habitante número 400 000 de Tallin nacerá la víspera del Aniversario.

—Aquí hay algo que no entiendo muy bien.

—Vaya a la maternidad. Espere al primer nacimiento. Apunte los parámetros. Entreviste a la feliz pareja; y al médico. Haga fotografías, claro. El reportaje se publicará en el número especial del Aniversario. La paga, detalle que sin duda no le parecerá irrelevante, es doble.

—Haber empezado por ahí.

—El mercantilismo es uno de los rasgos más desagradables de su personalidad —dijo Turonok.

—Deudas —dije—. El divorcio.

—Bebe demasiado.

—Cosas que pasan.

—Dejémoslo. La idea general es: acaba de nacer un hombre feliz; yo incluso diría: ¡un hombre condenado a la felicidad! —Esta sandez complació tanto al redactor jefe, que se permitió repetirla—: ¡Un hombre condenado a la felicidad! No está mal, en mi opinión. Quizá la usemos para el titular: «Un hombre condenado a la felicidad».

—Ya veremos —dije.

—Y recuerde —Turonok se levantó, dando por terminada la conversación—. Debe ser un bebé presentable.

—¿Es decir?

—Es decir, que cumpla todos los requisitos: nada de malformaciones, nada deprimente. Nada de cesáreas. Nada de madres solteras. Quiero el juego padre-madre completo. Un niño que cumpla todos los requisitos sociales.

—¿Tiene que ser un niño?

—Sí. Un niño resulta más simbólico, en cierto modo.

—Guiénrig Fránzevich: respecto a las fotografías... Pensándolo bien, los recién nacidos pueden tener un aspecto pasable nada más.

—Elija el mejor. No hay prisa. Tenemos tiempo.

—Tendríamos que esperar cuatro meses por lo menos. Antes de eso apenas parecerá humano. Hay gente que ni siquiera a los cincuenta años lo parece.

—¡Basta! —cortó Turonok, irritado—. No estoy para demagogias. Tiene un encargo. El material debe estar listo para el miércoles. Es usted un periodista profesional. ¿Para qué perder más tiempo?

«Tiene razón», pensé. ¿Para qué?



Bajé al bar y pedí ginebra. Vi a Zbáňkov, el fotógrafo, no muy sereno, y le saludé con la mano. Se sentó junto a mí, trayéndose una copa alta llena de vodka, y me quitó la mitad del canapé.

—Deberías irte a casa —le dije—. Esto está lleno de jefes.

Zbáňkov vació su copa.

—Lo mío ya no tiene remedio. ¿Has visto la foto que hice para lo de Fedya?

—No leo periódicos.

—Fedya hizo una cosa para *La juventud*... Mejor dicho, una cosilla: «Tres contra el temporal». Iba de buzos, ya sabes, de cómo buscan mercancías de valor. Y en pleno temporal, nada menos. Mi foto: dos maromos sentados en un leño. Y un tubo que sale del agua, o sea, el novato, buceándose todo. Yo, claro, voy, hago la foto, engancho la guita y adiós muy buenas. Pero otro día me dejo caer por una taberna del puerto y me encuentro a la gente de chufra. ¿Qué pasará? Y todo eso. Resultó ser una historia de las buenas: parece ser que había un tipo, Mironenko, el encargado del taller auxiliar, fumando por el tercer amarradero. Etcétera, etcétera. El tipo tira el pitillo y tiene un lapo, con perdón, en la garganta. Y escupe con tanta fuerza que se le cae la dentadura al agua. La dentadura postiza, claro. Unos ochocientos rublos en dientes de oro. El tipo se acerca adonde los buzos: «¡Ayudadme, mozos!». Ellos la pillan al vuelo y prometen ayudarle cuando terminen. Y él: «Se gratificará». Y ellos: «¿Una botella por barba?». Y él: «¡Vaya pregunta!». Total, que después determinar lo suyo, empiezan a rastrear el fondo. Y entonces fue cuando Fedya pasaba por ahí de hacer otro encargo y vio el panorama: «¿Qué hacéis ahí?». Ya está redactando mentalmente la próxima crónica. Los buzos se quedan un poco cortados. «La jodimos» y tal y cual: «rescatando mercancía valiosa». Y Fedya va y empieza a preguntarles cómo se llaman y todo eso. Y los tipos contestando como Dios manda. Que si a qué dedicáis el escaso tiempo libre; y ellos que si la música, que si la pintura... Y que por qué están trabajando tan tarde; y ellos: «Es que se está preparando una tormenta y tenemos prisa». Total, que Fedya me llama al periódico. Yo aparezco y hago unas fotos sin preguntar nada. La cuestión es que están en una dársena artificial. Ahí no hay temporal que llegue.

—Deberías irte a casa —le dije.

—Espera: la gracia no está ahí. Después me enteré de cómo termina la historia: resulta que los buzos encuentran la dentadura. El tal Mironenko no se lo podía creer. Lleno de dicha, se los lleva al bar y pide vodka para todos. Él también se toma algunas copas y empieza a enseñar la dentadura a todo el mundo: «Estos chicos me han salvado la vida. Bucean como leones marinos. Se merecen la medalla al Trabajo, son unos estajanovistas». El tipo va enseñando la dentadura por las mesas. Hasta el portero se acerca a echar un vistazo. Y el trombón de la banda. Las camareras alucinan. Mironenko ya va por la sexta botella. De repente se da cuenta: ¿Y la dentadura? Alguien se la ha birlado. «¡Devolvédmela, hijoputas!». Ni de coña. Esta vez no hay buzo que valga.

—Vale —dije—. Tengo que irme.

No me apetecía nada ir a la maternidad. Los hospitales me deprimen. Hasta los ficus.

Me pasé por la redacción para ver a Marina.

—Ah, eres tú —me dijo—. Lo siento, estoy ocupada.

—¿Ocurre algo?

—¿Qué va a ocurrir? Que hay mucho trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Lo del Aniversario y todo eso. Por aquí somos gente gris. No escribimos novelas.

—¿Qué te ha puesto de tan mal humor?

—¿Y por qué iba a estar de buen humor? Siempre andas esfumándote por ahí. Hoy estás locamente enamorado y mañana te vas una semana. No sé a qué juegas.

—¿Cómo que a qué juego? He estado trabajando cerca de Saaremaa. Y me han picado las chinches.

—¿Las chinches? —dijo Marina, entrecerrando los ojos—. ¡Las tías! Una de esas guarras con las que te juntas. No sé qué te verán. Nunca tienes un duro, siempre estás de resaca... Me sorprende que aún no hayas pillado una infección.

—¿Y qué voy a pillar de las chinches?

—¡Si por lo menos no me mintieras! ¿Quién era esa jirafa pelirroja que meneaba el trasero? Os vi esta mañana desde el autobús.

—Pero ¿qué jirafa pelirroja? Ése era Vladímir Erle, poeta metafísico. Él se peina así.

Entonces me di cuenta de que Marina estaba a punto de echarse a llorar. Y Marina lloraba desesperadamente, amargamente, sollozando sin piedad hacia sí misma. Era como la actriz después de la función.

—Por favor, cálmate. Todo se arreglará. Todo el mundo sabe que estoy muy encariñado contigo.

Marina sacó un pañuelito rosa y se secó las lágrimas. Se serenó un poco.

—¿Puedes hablar en serio un momento?

—Por supuesto.

—No estoy tan segura. He visto alondras más responsables que tú. No tienes domicilio ni pertenencias ni objetivos. No te comprometes con nada. Para ti no soy más que una parada en el camino. Y yo pronto cumpliré cuarenta. Tengo que organizar mi vida.

—Yo también cumpliré cuarenta pronto. Mejor dicho, ya he cumplido treinta. Y ¿qué quiere decir organizar tu vida? ¿Qué va a cambiar porque tengamos un estúpido papel? Es como marcar al ganado. Mientras las cosas van bien, aquí estoy. Si me hartó, me voy. Así es como va a ser siempre.

—No estoy hablando de casarnos. Además ¡menudo marido me echaría! Pero quiero tener un hijo antes de que sea tarde.

—Pues tenlo. Pero piensa en la vida que le espera.

—¿Por qué tienes que verlo todo tan negro? Millones de personas viven y trabajan honradamente. Y de todas formas ¿cómo voy a tener un hijo yo sola?

—¿Sola? Yo... participaría. Y en cuanto a la cuestión económica, ganas tres veces más que yo, o sea que, desde el punto de vista práctico, no necesitas que te mantenga.

—Yo hablaba de otra cosa.

Sonó el teléfono. Marina lo cogió.

—¿Qué...? Muy bien, estupendo. Está aquí mismo.

Yo hice que no con las manos. Marina asintió.

—Es decir, acaba de irse... No, ni idea. Andará bebiendo por ahí.

«La muy perra», pensé.

—Stejánovski anda buscándote. Quiere devolverte el dinero que le prestaste.

—¿Se encuentra bien?

—Le han pagado el libro.

—¿*Caravana al Cielo*?

—¿Qué caravana? El libro se titula *Continuará*.

—Da lo mismo —dije—. Bueno, tengo que irme.

—¿Adonde, si no es un secreto?

—No sé cómo decírtelo: a la maternidad.

Miré a las pilas de periódicos sobre las mesas, aspiré el olor a cigarrillos y a pegamento; y sentí tal ramalazo de rencor y aburrimiento que la atmósfera del hospital ya no me daba miedo.

Cuando cerraba la puerta caí en la cuenta de que Marina me había gritado: «¡Pues que te den, borracho patético!».



Cogí el autobús a la calle Karl Marx. Me quedé dormido inesperadamente y desperté, un minuto más tarde, con dolor de cabeza. Al cruzar el vestíbulo de la maternidad, mi propia imagen en un espejo me hizo girar la cara.

Entonces se me acercó una mujer de blanco:

—Está prohibido el paso a las visitas no autorizadas.

—¿Y a los autores autorizados? —pregunté.

El estupor paralizó a la enfermera, lo que yo aproveché para esgrimir mi carné de periodista y abrirme paso a la segunda planta. En el descansillo me crucé con otras mujeres de blanco amorfo que fumaban.

—¿El médico jefe?

—Siguiente descansillo, frente al ascensor.

Frente al ascensor significa que el médico es persona modesta. Frente al ascensor significa ruido y portazos.

Entro y me topo con un estonio de unos sesenta años que hacía gimnasia delante de un ventanuco abierto.

Puedo distinguir a los estonios de inmediato. Nunca me equivoco. Nada estridente ni llamativo en su fisonomía. Ninguno perdona la corbata ni la raya en el pantalón. La línea del mentón poco marcada y la mirada calma. Y por si fuera poco, ¿cuándo se ha visto a un ruso hacer gimnasia solo?

Le enseñé mi carné.

—Doctor Mikel Teppe. Siéntese, por favor. ¿En qué puedo servirle?

Le expliqué a qué había ido. El doctor no mostró sorpresa alguna. En general no hay ocurrencia de la prensa que sorprenda al lector medio. Está acostumbrado a todo.

—No parece muy difícil —dijo Teppe—. El hospital es enorme.

—¿Recibe usted notificación de todos los nacimientos?

—Puedo recibirla —cogió el teléfono, dijo algo en estonio y se volvió a mí—. ¿Desea usted presenciar el parto?

—¡Dios me libre! Sólo necesito algunos datos, echar un vistazo al bebé y hablar con el padre.

El médico hizo otra llamada, también en estonio. Después me dijo:

—Ahora mismo hay una mujer de parto. Volveré a llamar dentro de unos minutos. Estoy seguro de que todo saldrá bien. La madre es una rubia grandota y lozana —el doctor empezaba a dejarse llevar por el entusiasmo.

—Y usted —le pregunté—: ¿está casado?

—Por supuesto.

—¿Tiene hijos?

—Uno.

—¿Alguna vez se pregunta lo que le espera?

—¿Para qué? Sé exactamente lo que le espera: le esperan para trabajos forzados en un campo de máxima seguridad. Hablé con un letrado. Ya le han cogido la firma —Teppe hablaba con calma y llaneza, como de la cosa más natural del mundo.

Bajando la voz, le pregunté en tono confidencial:

—¿El caso Soldátov?

—¿Qué?

—Su hijo ¿participó en la Primavera de Estonia?

—Mi hijo —dijo Teppe nítidamente— es un contrabandista y un borracho. Y sólo empezaré a despreocuparme por él cuando esté a buen recaudo.

Los dos guardamos silencio.

—Una vez trabajé de practicante en las islas. Después serví en la Fuerza Armada estonia. Conseguí un puesto de importancia. No sé en qué nos equivocamos. Su madre y yo tenemos un enfoque positivo de la vida. Nuestro hijo lo tiene negativo.

—No me importaría oír su versión de la historia.

—Es imposible escucharle. Le digo: «Yura, ¿por qué me desprecias? Nadie me regaló nada. Mi vida no ha sido fácil. Y ahora tengo un puesto de importancia. ¿Por qué crees que han hecho médico jefe a un simple residente como tu padre?». Y él me contesta: «Porque fusilaron a todos los médicos brillantes». ¡Ni que los hubiera fusilado yo!

Sonó el teléfono.

—Al habla —dijo Teppe—. Excelente —después pasó al estonio. La conversación iba de centímetros y kilogramos.

—Ya está —me dijo—: un parto en el ala nueve. Cuatro kilos con doscientos gramos. ¿Quiere verlo?

—No es necesario. Todos los niños tienen la misma cara.

—La madre se apellida Okas. Jilia Okas, nacida en 1946. Trabaja como reguladora en la factoría Punane. El del padre es Magabcha.

—¿Qué es Magabcha?

—Su apellido. Es etíope. Estudia en la Academia de la Marina Mercante.

—¿Negro?

—Más bien chocolate.

—Oiga —dije—, esto es interesante. Podríamos meter algo de internacionalismo. La amistad entre las naciones. ¿Están casados?

—Claro. Él le escribe notas todos los días; y las firma: «Tu barrita de soja».

—¿Puedo usar su teléfono?

—No se prive.

Llamé a la redacción. Se puso Turonok.

—¿Sí? Turonok al habla.

—Guiénrig Fránzevich: un niño acaba de nacer.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Es Dovlátov, desde la maternidad. Usted me envió aquí.

—Ah, sí. Ya me acuerdo.

—Pues eso, ha nacido un niño: grande, sano; cincuenta y ocho centímetros; cuatro kilos con doscientos gramos. El padre es etíope...

Silencio incómodo.

—No comprendo —dijo Turonok.

—Etíope. De Etiopía. Estudia aquí —dije—. Es marxista —añadí por alguna razón.

—¿Está usted borracho? —preguntó agudamente Turonok.

—¿De qué? Estoy de servicio.

—De servicio. Como si eso le hubiera reprimido alguna vez. ¿Quién vomitó en la sede central del Comité Regional del Partido el pasado diciembre?

—Guiénrig Fránzevich: no puedo ocupar esta línea mucho tiempo. Acaba de nacer un niño. Su padre pertenece a un país amigo.

—¿Quiere decir que es negro?

—Más bien chocolate.

—¿Pero es un hombre de color?

—Naturalmente.

—¿Qué tiene de natural?

—¿Es que los etíopes no son humanos?

—Dovlátov —dijo Turonok con voz entrecortada por el tormento—: Dovlátov, le despediré... por intentar desacreditar al más... ¡Déjeme en paz con su puñetero etíope! Espere a que nazca un niño normal, ¿me oye? ¡Quiero un niño normal!

—Vale —dije—. Yo sólo preguntaba.

Turonok había colgado. Teppe me lanzó una mirada solidaria.

—No sirve —le dije.

—Tuve mis dudas desde el principio, pero preferí guardármelas.

—Bien, vale.

—¿Le apetece un café? —Sacó una lata marrón de un armario. Volvió a sonar el teléfono. Teppe estuvo hablando un buen rato en estonio. Era obvio que no tenía que ver conmigo.

Esperé a que acabara. Después me oí decir inesperadamente:

—¿Le importa que me eche una siesta detrás del biombo?

—No faltaba más —dijo Teppe sin mostrar sorpresa—. ¿Quiere taparse con mi impermeable?

—No se moleste.

Me quité los zapatos y me eché sobre la camilla. Debía concentrarme. De lo contrario los contornos de la realidad podrían borrarse sin remedio. Tuve una visión de mí mismo desde fuera; me vi perdido y absurdo. ¿Quién soy? ¿Por qué estoy tumbado tras un biombo esperando sabe Dios qué? Cuán estúpidamente discurre mi vida.

Cuando desperté, tenía a Teppe encima.

—Disculpe, no quería sobresaltarle. Es que una dama que usted conoce acaba de dar a luz.

Marina, pensé con un fogonazo de terror (todo el mundo sabe que el miedo se presenta hasta en los grados más ligeros). Desechando ese pensamiento irracional, pregunté:

—¿Cómo que una dama que conozco?

—Una periodista de *La juventud*... : Rumiantseva.

—Ah, Liena, la mujer de Borya Shtein. Claro, por eso no la había visto desde mayo.

—Dio a luz hace cinco minutos.

—Esto tiene posibilidades. El redactor jefe estará contento. El padre, famoso poeta de la ciudad; la madre, periodista. Los dos son del Partido. Seguro que Shtein compondrá una balada para la ocasión.

—Me alegro por usted.

Llamé a Shtein.

—Enhorabuena —le dije—. Te felicito.

—Aún es pronto. El miércoles me dan la respuesta.

—¿Qué respuesta?

—Si voy a Suecia o no. Me dicen que no tengo experiencia de países capitalistas. ¿Y cómo voy a adquirirla si no me dejan salir? ¿Tú has estado en algún país capitalista?

—No. Ni siquiera me dieron permiso para ir a uno socialista. Solicité ir a Bulgaria.

—Pues yo he estado hasta en Yugoslavia, que prácticamente es capi...

—Te llamo del hospital. Tu hijo acaba de nacer.

—¡La madre que te parió! ¡Tus muertos! —gritaba Shtein.

Teppe me pasó una nota manuscrita.

—Altura: 56 cm —dije—; peso: 3,9 kg. Liena está perfectamente.

—¡Tus muertos! —Shtein estaba imparable—. Ahora mismo voy. Cojo un taxi.

Ahora tenía que llamar al fotógrafo.

—Llámele, llámele —decía Teppe.

Llamé a Zbáňkov. Se puso su mujer:

—Mijaíl Vladimírovich no se encuentra bien —dijo.

—¿Qué le pasa? ¿Está borracho? —pregunté.

—Como una cuba. ¿Lo emborrachaste tú?

—Nada de eso. Además estoy trabajando.

—Pues lo siento.

Llamé a Malkiel:

—Ven a hacer una foto de un recién nacido para el número del Aniversario. Shtein ha sido padre. A propósito, la paga es doble.

—¿Vas a escribir sobre ese niño?

—¿Por qué no?

—Que por qué no. Porque Shtein es judío. Y todos los judíos requieren aprobación previa. No creía que fueras tan ingenuo, Serge.

—Escribí sobre Kaplan sin pedir ninguna aprobación.

—Y qué más. ¿Me vas a contar que escribiste sobre Gliksman? Kaplan es del Comité Regional del Partido. Ya ha salido doscientas veces. No me compares a Kaplan con Shtein.

—No los comparo. Shtein es mucho más agradable.

—Tanto peor para él.

—Entendido. Gracias por avisarme.

Se lo dije a Teppe:

—Parece que Shtein tampoco nos sirve.

—Tenía mis dudas.

—¿Quién me despertaría a mí? —pregunté.

—Fui yo. Pero tenía mis dudas.

—Y ahora ¿qué?

—Pronto tendremos otro parto. Quizá lo hayamos tenido ya. Llamaré ahora mismo.

—Voy a salir a dar un paseo.



Por el desolado patio del hospital merodeaban unos gatos y chirriaban unos álamos desnudos. Un adolescente flaco y encorvado pasó empujando un carrito que cargaba un bidón, con el consiguiente estrépito. Su bata azul descolorido le daba aspecto de vieja.

Shtein apareció de la vuelta de la esquina.

—Ah, felicidades —le dije.

—Gracias, viejo, gracias. Acabo de dejar una cesta de comida para Lienka. Qué sensación más increíble. Deberíamos celebrarlo con unas copas.

«Menuda juerga sería», pensé. No creo que fuera a acabar muy bien.

No quería desilusionarle. No quería decirle que su hijo era rechazable. Pero Shtein ya estaba al corriente.

—¿Vas a escribir del Aniversario?

—Eso intento.

—¿Y vas a hacer famosa a mi familia?

—El problema es —le dije— que necesitamos una familia proletaria o campesina. Vosotros sois intelectuales.

—Qué lástima. Hasta había escrito unos versos en el taxi. El poema termina:

En fábricas, en minas profundas,
En planetas lejanos y bellos
Veo 400 000 héroes
Y a mi primogénito entre ellos.

—¿Primogénito? —dije—. Si tienes una hija ya grande.

—De mi primer matrimonio.

—Ah —dije—. Entonces vale.

Shtein reflexionó un poco antes de decir:

—O sea que el antisemitismo existe de verdad, ¿no?

—Eso parece.

—¿Cómo pudo surgir en nuestro país? Aquí, en un país que en teoría...

—En un país —interrumpí— que aún no ha enterrado al *cadáver principal*. Un país cuyo nombre mismo es una mentira.

—Para ti todo es mentira.

—Mis reportajes contienen mentiras; y también tus ripios. ¿Cuándo viste a un estonio en el espacio?

—Era una metáfora.

—Una metáfora. Hay docenas de eufemismos como ése que significan todos «mentira».

—Vaya, así que eres el único hombre sincero de este mundo. ¿Quién escribiría aquel tostón sobre el ferrocarril Baikal-Amur? ¿Y aquel elogio del comisario Timoféyev?

—Voy a dejar este trabajo. Lo dejaré, ya lo verás.

—Espera hasta entonces antes de criticar a nadie.

—No te enfades.

—Me has puesto de mal humor. Hasta luego.



En la puerta me encontré con Teppe:

—Kuzina, del ala sexta, acaba de dar a luz. Los datos: ella es estonia, conductora de autobús. Su marido trabaja de tornero en los astilleros; es ruso, afiliado al Partido. El niño entra dentro de todo lo que se considera normal.

—Gracias a Dios. Creo que éste servirá. Pero será mejor que llame por si acaso.

Turonok dijo:

—Excelente. Ocúpese de que el niño reciba el nombre de Lémbit.

—Guiénrig Fránzevich —supliqué—: ¿quién le pondría Lémbit a su hijo? Está tan anticuado que sólo se ve en el folclore...

—He dicho que le llamen Lémbit. ¿Qué más les da a ellos? Lémbit suena bien: varonil, simbólico. Llamará la atención en el número del Aniversario.

—¿Usted le hubiera puesto a su hijo Bovoy? ¿O Mikula?

—No empiece con su demagogia. Tiene un encargo. El material debe estar listo para el miércoles. Si se niegan a llamarle Lémbit, prométales dinero.

—¿Cuánto?

—Unos veinticinco rublos. Enviaré a un fotógrafo. ¿Cómo se apellida el niño?

—Kuzin, del ala sexta.

—Lémbit Kuzin. Suena de maravilla. Bueno, a ello.

Pregunté a Teppe cómo podía hablar con el padre.

—Ahí lo tiene, sentado en el césped.

Bajé las escaleras.

—Hola —dije—: ¿es usted Kuzin?

—Pues sí, soy Kuzin —dijo—. ¡Para lo que me sirve!

Era evidente que el camarada Kuzin tenía el día filosófico.

—Permítame que le felicite —dije—. Se da la circunstancia de que su hijo es el habitante número 400 000 de la ciudad. Vengo del periódico. Quisiera escribir sobre su familia.

—No hay gran cosa de qué escribir.

—Bueno, su vida...

—Mi vida ¿qué? No vivimos mal: trabajando, como todo el mundo. Ensanchando nuestros horizontes. Usando nuestra capacidad de liderazgo.

—¿Qué tal si hablamos en otro sitio más apropiado?

—¿Quiere decir que si echamos un trago? —Kuzin se animó. Era un hombre alto con mandíbula de granito y pestañas de inocencia infantil. Se incorporó del césped con energía y se sacudió las rodillas.

Nos dirigimos al hotel Kosmos, donde encontramos una mesa junto a la ventana. La sala aún no estaba llena.

—Tengo ocho rublos —dijo Kuzin—, más esto —sacó una botella de ron cubano de un maletín y la camufló tras la cortina—. ¿Quiere que empecemos con trescientos gramos^[4] por cabeza?

—Y cerveza —dije—, si está fría.

Pedimos trescientos gramos de vodka, dos ensaladas y unos filetes rusos para cada uno.

—¿Les apetecería una bandeja de pescado ahumado? —preguntó el camarero.

—¡Descanse! —le espetó Kuzin.

La sala estaba desierta. Sobre una plataforma, cuatro músicos afinaban sus instrumentos: un piano, una guitarra, un contrabajo y una batería. Cada uno tenía su tablado de roble decorado con liras de latón.

El guitarrista lustró furtivamente sus zapatos con un pañuelo. Después se acercó al micrófono para anunciar:

—A petición de nuestros amigos, recién regresados de la localidad turística de Vasalemma [pausa significativa], a continuación interpretaremos el tema lírico «Cómo llovizna sobre mi hocico».

Se inició una barahúnda inenarrable, electrónicamente amplificada. Los músicos berreaban algo ininteligible a coro.

—¿Sabe qué es Vasalemma? —dijo Kuzin, divertido—: es la mayor localidad carcelaria de toda Estonia. Prisiones de máxima seguridad, estaciones de tránsito, campos de tercer grado. En fin, ¡salud! —dijo alzando el vaso.

—¡A su salud! ¡A la de su hijo!

—¡Por este encuentro! ¡Porque no sea el último!

Dos parejas bailaban, ausentes, entre las mesas. Los camareros, de blanco y

negro, parecían pingüinos.

—¿Otra ronda?

Bebimos nuevamente.

Kuzin picoteó rápidamente un poco de comida y luego empezó a hablar:

—Pues nuestra historia es puro teatro: yo trabajaba en el astillero, vivía solo. Un día me encuentro con esta mujer, que también estaba sola. No la llamaré fea: pensativa. Empezó a visitarme: me lavaba la ropa, me planchaba; ya sabe. Nos enrollamos por Semana Santa; no, miento: por la Ascensión. Antes de aquello ¿qué me esperaba al salir del trabajo? El vacío. ¿Cuánto alcohol puede tragar uno? Vivimos juntos cosa de un año. No sé cómo fue que se quedó embarazada. Se tumbaba en la cama tiesa como un bacalao. Yo le decía: «¿Te has dormido?»; y ella me contestaba: «No, lo oigo todo». Y yo: «No te noto mucho ardor»; y ella: «Creo que la luz de la cocina se ha quedado encendida»; y yo: «Vaya ocurrencia»; y ella: «Que sí, que se oye el contador»; y yo: «Ojalá tú tuvieras ese ritmo». Así se nos fue un año.

Kuzin sacó la botella de ron de tras la cortina e hizo el péndulo invitador. Volvimos a beber.

El guitarrista se estiró la chaqueta y gritó:

—¡A petición de Tolya B., el caballero sentado junto a la puerta, a continuación interpretaremos [pausa para subir el volumen del amplificador] el tema lírico «Veneno que tú me has dado»!

—Y usted ¿está casado? —preguntó Kuzin con interés.

—Lo estuve.

—¿Y ahora?

—Ahora, al parecer, no.

—¿Tiene hijos?

—Sí.

—¿Muchos?

—Muchos: una hija.

—¿Puede que tenga arreglo?

—Lo dudo.

—Lástima de niños. La culpa no es suya. Yo les llamo las Flores de la Vida. ¿Otra?

—No diré que no.

—Con cerveza.

—Claro.

Sabía que dentro de tres copas el trabajo habría terminado. Es reconfortante empezar a beber a primera hora de la mañana sabiendo que, una vez borracho, uno tiene el día entero libre.

—Oiga —le dije—: póngale Lémbit al niño.

—¿Lémbit? —Kuzin estaba perplejo—. Queríamos ponerle Volodya. ¿Qué coño

es eso de Lémbit?

—Lémbit es un nombre.

—¿Y Volodya no?

—Lémbit procede del folclore.

—¿Qué es eso?

—El arte del pueblo.

—¿Y a mí qué me importa el arte del pueblo? Mi propio hijo se llamará Volodya. Lo del nombre también es un problema. A mí, por ejemplo, me pusieron Grisha y ¿en qué me he convertido? En una esponja. Debieron llamarme así desde el principio. Venga, hasta el fondo.

Ya no nos molestábamos en picar con la bebida.

—Podríamos ponerle Volodya —propuso Kuzin— y acabar oyendo sabe Dios qué. Claro que la educación también influye.

—Oiga —dije—: póngale Lémbit de momento. Nuestro redactor jefe ha prometido soltar algo de pasta. Ya le cambiará el nombre cuando vaya al registro civil dentro de un mes.

Esto interesó a Kuzin:

—¿Cuánto?

—Veinticinco rublos.

—Dos medias botellas y algo para picar. En un bar, claro.

—Como mínimo. Espéreme, voy a llamar.

Abajo encontré una cabina para llamar a la redacción. El redactor jefe estaba allí mismo:

—¡Guiénrig Fránzevich! ¡Todo está oquéi! Papá es ruso, mamá es estonia. Los dos trabajan en un astillero.

—Su voz me suena rara —dijo Turonok.

—Es la cabina. Guiénrig Fránzevich, envíe a Hubert con el dinero.

—¿Qué dinero? ¿De qué me habla?

—Del cebo. Para que le pongan Lémbit al niño. Lo he cerrado con el padre en veinticinco rublos. De lo contrario amenaza con llamarle Adolf.

—Dovlátov, ¡está borracho! —dijo Turonok.

—Nada de eso.

—En fin, ya nos ocuparemos de esto. El material debe estar listo para el miércoles. Hubert saldrá dentro de cinco minutos. Espérele en la plaza del Ayuntamiento. Él le dará la llave.

—¿La llave?

—Sí: una llave simbólica, la llave de la felicidad. Entréguesela al padre con la ceremonia propia de la ocasión. La llave cuesta tres con ochenta. Los descontaré de los veinticinco.

—Eso no es muy honrado —dije.

Turonok colgó.

Volví arriba. Kuzin se había quedado dormido con la cabeza sobre el mantel. Bajo su mejilla sobresalía un platillo de pan.

Le sacudí por el hombro.

—¡Hola! —dije—. ¡Despierte! Hubert nos espera.

—¿Quién? —dijo él, confuso—. ¿Hubert? ¿No era Lémbit?

—Lémbit es otra cosa. Lémbit es su hijo. Temporalmente.

—He tenido un hijo, sí.

—Y se llama Lémbit.

—Primero Lémbit, luego Volodya.

—Y Hubert va a traernos el dinero.

—Tengo dinero —dijo Kuzin—. Ocho rublos.

—Tenemos que pagar. ¿Dónde está el camarero?

—¡Eh! ¡Pescado ahumado! —gritaba Kuzin—. ¿Dónde estás? Apareció el camarero, con expresión sombría:

—Hay un plato roto —anunció.

—¡Ah! —dijo Kuzin, sacando dócilmente trocitos de porcelana del bolsillo de la chaqueta—. He sido yo, con la cabeza. Me quedé frito y ¡plaf!

—Y han dejado un urinario hecho un asco —siguió el camarero—. Hay que apuntar mejor.

—¡No me jodas! —gritó Kuzin de repente—. ¡Quítate de mi vista o te saco brillo a la calva!

—Yo en su lugar no lo intentaría mientras estoy de servicio. No sería el primero que acababa en el calabozo.

Le puse algo de dinero en la mano:

—Discúlpenos —dije—: mi amigo acaba de tener un hijo. Está un poco disgustado.

—Si tienen que beber tanto, al menos mantengan la compostura —cedió el camarero.

Pagamos y salimos de allí. Llovía. El coche de Hubert estaba aparcado junto al Ayuntamiento. Nos dio las luces y abrió la puerta. Trepamos a bordo.

—Toma el dinero —dijo Hubert—. Al jefe le preocupaba que empezaras a beber.

Le cogí algunos billetes y monedas en la oscuridad. Hubert me extendió una caja que parecía pesada.

—Y esto ¿qué es?

—Un recuerdo de Pskov.

Abrí la caja. Dentro había una llave plateada del tamaño de una balalaica pequeña.

—¡Ah! —dije—. ¡La llave de la felicidad!

Abrí la puerta y tiré la llave a una papelera. Luego le dije a Hubert:

—Vámonos a tomar unas copas.

—Tengo que conducir.

—Deja el coche y ven con nosotros.

—Tengo que llevar al jefe a casa.

—Que vaya andando, así adelgaza.

—Lo siento: me han prometido un piso. Si no fuera por eso...

—Venga a vivir conmigo —dijo Kuzin—. La parienta, que se vaya al campo. A Usoji, cerca de Pskov. Por allí no han visto la margarina desde el verano.

—Tengo que irme —dijo Hubert.

Volvimos a la lluvia. Las ventanas del restaurante Astoria nos llamaban con su brillo. Un farol alumbraba un charco arrebatando a la oscuridad una imagen difusa de la puerta.



¿Merece la pena contar lo que pasó después? ¿Cómo mi compañero se subió al escenario y gritó: «¡Han vendido a Rusia!»? ¿Y le sacudió al portero con tanta fuerza que le mandó el sombrero rodando hasta la bodega? ¿Y cómo acabamos en comisaría? ¿Y cómo nos soltaron, gracias a mi carné de periodista? ¿Y cómo perdí la libreta con todas mis notas? ¿Y cómo acabé perdiendo al propio Kuzin?

Desperté en el cuarto de Marina en medio de la noche. Una tenue luz llenaba el dormitorio. El segundero del despertador hacía un estruendo insoportable. Olía a amoníaco y a ropa mojada.

Me palpé un chichón sanguinolento en la sien.

Marina estaba sentada junto a mí, mirándome con ojos tristes y cansados. Me acariciaba el pelo. Siguió acariciándome mientras repetía: «Pobre niño, pobre niño, pobrecillo».

«¿Con quién habla?», pensé. ¿Con quién habla?

COMPROMISO SEXTO

Vespertino de Tallin. Programa radiofónico semanal.

Marzo. 1976. 13.30

ENCUENTROS CON GENTE INTERESANTE. Ilya Merkin. La economía del futuro.

El ensayo radiofónico de esta semana, a cargo de L. Agápova y S. Dovlátov, girará en torno a Ilya Merkin, doctor en Ciencias Económicas. Escuchen su animado y apasionante relato del progreso económico de la URSS y la irreversible crisis financiera de Occidente. En el intermedio podrán oír un noticiario y un entreacto musical.

Cuatro años más tarde el rostro de la periodista Lida Agápova quedaría marcado con una profunda cicatriz a resultas de haber sido agredida con una escuadra de acero. Un arquitecto autodidacto llamado Degtiarenko, de cuya obra supuestamente iba a hablarse en un programa sobre asuntos sociales que al final no llegó a emitirse, se había abalanzado sobre ella con un alarido de loco. Seis semanas antes de esta vergonzosa escena la prensa tuvo su primera noticia del proyecto *MóBILE kooperato* y su genial creador, que trabajaba como obrero no cualificado en una factoría de Tallin. Agápova escribiría un bosquejo sobre Degtiarenko para la serie de entrevistas semanales «Encuentros con gente interesante». El Departamento Técnico de la emisora de radio pidió los cianotipos. Un experto llamado Chubárov los examinó. Sosteniendo ambos pedazos, manchados y temblorosos, del papel de calco con unas bien cuidadas manos que delataban su buena crianza, había exclamado:

—¡Original! ¡Sumamente original!

—¡Y eso que sólo ha recibido cuatro años de educación! —repuso la periodista con alivio y orgullo entreverados.

—¿Y usted? —continuó el experto con impaciencia—. ¿Sabe qué es esto?

—El *MóBILE kooperato*. Una casa móvil. La vivienda del futuro.

—Esto es un remolque —interrumpió Chubárov—. Un remolque corriente y moliente. Y su Le Corbusier debería ser hospitalizado inmediatamente.

La emisión quedó condenada en ese preciso instante. Frustradas sus esperanzas, Degtiarenko golpeó a Lida en la cabeza con una escuadra de hierro. La carrera de Lida Agápova, colaboradora independiente con la emisora de radio de Tallin, se vería interrumpida durante mucho tiempo. Todo esto pasaría cuatro años después de la historia que contamos aquí. Por ahora la seguiremos de camino a la parada del tranvía.

Era una mañana nublada tras una noche glacial. Una paloma soñolienta vagando por el alero, rasguñando la hojalata. Luego, el despertador, las heladas zapatillas, la cola para usar el retrete comunitario; té, rebanadas curvas untadas de queso húmedo, el zumbido de la máquina de afeitar eléctrica (su marido que se apresura para ponerse a trabajar; y su hija: «¡Creí haberte pedido que no me cogieras el albornoz!»). Por fin la frescura de las calles indiferentes, el viento, los charcos coloreados de zinc, el jardín con sus perros falderos, el chirrido del tranvía que se aproxima.

Trataré de describirla, aunque el aspecto de Agápova no tenga ninguna importancia especial.

Botas de agua importadas. Una pesada falda marrón que no acentúa sus pasos. Una chaqueta sintética con cremallera que hace un rasgueo metálico. La gorra azul del uniforme del Politécnico de Tallin. Una cara decidida que siempre parece ajada por el frío. Ni rastro de cosméticos. Un diente ausente en la esquina de su sonrisa. Sólo los ojos expresan el asombro; las cejas están tan inmóviles como la cinta de una línea de meta.

Seguimos a nuestra heroína. La parada del tranvía...

«... Hay que ver lo bien que visten las chicas de hoy. Ese abrigo tan fino y elegante... es importado, eso no se hace aquí. En vez de botones tiene una especie de piñas piñoneras. Pero es agradable de mirar... O aquella muchacha con uniforme profesional. Lleva acianos estampados; y su orgullosa forma de caminar, como si fuera la Lollobrigida. Una vez, en verano, vi a una muchacha andar descalza. No estaba borracha, sólo deliberadamente descalza. En medio de la ciudad. Pasear, lucirse. En realidad toda mi ropa también es importada, pero de las democracias populares, así que nadie la mira dos veces. ¿Cómo conseguirán esas prendas? ¿Tonteando con extranjeros? ¡Vergonzoso! Pero agradable de mirar... »

Las puertas del tranvía se deslizan hasta abrirse. Un asalto breve y agónico. Una ancha espalda de uniforme militar le cierra el paso; el paño acolchado, sofocante, parece aplastarle la mejilla. Se aferra a la baranda. La vida que le rodea le ofrece un reflejo en miniatura sobre el tubo de níquel.

—Espere, no eche ese kopek a la máquina. Ya he pagado.

Lida trata de recuperar el equilibrio sobre el metal del mostrador.

—¡Vamos, muévase! No se quede ahí de pie como un pasmarote.

Lo principal es no ofenderse, tomarse las cosas con humor. Cosas de la hora punta. Lo importante ahora es localizar una fuente de emociones positivas. Mira, alguien cede su asiento a una vieja. Un estudiante estudia sus apuntes. Incluso aquel

soldado tiene cara de persona decente.

De nuevo la calle, los coches, la gente, la fascinante complacencia y neutralidad de la gente y de los coches. Luego el vestíbulo, una ancha escalera de mármol con la alfombra raída al borde de cada escalón. Un cartel reza: «Departamento de Propaganda».

Lida llama y entra. Todos están encantados de verla. Kuleshov sale con sus banalidades habituales. Verochka Kotova sonrío sin levantar los ojos. Zhenia Turín le ayuda con el abrigo. Moralévich pregunta:

—¿Te has enterado de lo del jueves? Hasta Yurna está encantado contigo.

—¿De veras?

Incluso Valeri Chmutov, el fracasado crónico, se une al cigarrillo colectivo. Chmutov era actor. Poseía un don innato, una hermosa voz baja de timbre asombroso. Había trabajado de locutor. Seis meses antes su carrera había sufrido un trágico revés. Su trabajo consistía en anunciar en vivo el principio de la programación matutina. Sólo tenía que decir: «Queridos radioyentes: escuchan su programa semanal “¡Salud, camaradas!”». Ya estaba. De ahí en adelante todo era música y cintas; y Chmutov cobraba sus once rublos.

Una mañana Chmutov entró en la cabina. Se sentó ante el micrófono. Se repitió mentalmente el texto. Se remangó para que los gemelos no le rozaran la mesa. Esperó a que se encendiera el piloto de «en antena». Su humor, después de la enorme cogorza que se había agarrado el día anterior, era mejorable. El chivato no se encendía.

—Queridos radioyentes —dijo Chmutov meditabundo.

Le costaba mover la lengua, acorchada por todo el oporto barato que se había trasegado. El chivato no se encendía.

—Queridos radioyentes —repitió Chmutov—: joder, qué asco... No debí beber tanto anoche...

El chivato no se encendía. Se había fundido. Ocurre una vez cada cien años.

—Escuchan su programa semanal, en vivo para todos ustedes —ensayaba Chmutov—. Joder, esto es inaguantable. Lo dejo. No puedo más.

En ese momento el rostro desencajado del productor apareció al otro lado del cristal. Chmutov se quedó helado. La puerta se abrió de golpe. Pese a oponer resistencia, el locutor rodó escaleras abajo. Sus conjuros resacosos se habían emitido en directo. Fue despedido. Pero la historia no termina aquí.

Chmutov se marchó a Pskov y encontró otro trabajo de locutor en otra radio. La programación local duraba aproximadamente una hora y media; lo demás se emitía desde Moscú y Leningrado. Chmutov se sentía dichoso. Allí lo consideraban el pez gordo de la capital.

Un día él hacía la emisión. De pronto la puerta chirrió y entró un perrazo de color marrón (¿de quién era? ¿De dónde había salido?). Cautelosamente, Chmutov lo acarició. El perro aplanó las orejas y apretó los párpados. Su hocico brillaba como un

diminuto guante de boxeador.

—Los trabajadores del campo informan... —dijo Chmutov.

—... ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —justo entonces el perro rompió a ladrar. Quizás de placer, como si nunca le hubieran tratado con bondad.

Volvieron a despedir a Chmutov, esta vez para siempre y de todas partes. Contó lo del perro, pero nadie le creyó. Estaban seguros de que había imitado los ladridos por culpa de otra resaca.

Chmutov se mudó a Leningrado. Se pasaba los días muertos en la emisora, esperando su oportunidad.

Todo el mundo evita a los fracasados. Lida le sonrió.

Ella había trabajado mucho tiempo para el Departamento de Propaganda. Caía bien a todo el mundo. La jefa de Departamento, Nina Ignatyevna, le hizo un gesto particularmente amistoso.

—Lídochka, venga a mi despacho.

En su oficina: silencio, una mesa pulida, innumerables bolígrafos. En las vitrinas del estante brillaban recuerdos de viajes y enciclopedias por tomos. En el cajón de Nina Ignatyevna se podía encontrar lápiz de labios, un espejito y sombra de ojos. Siempre es agradable ver a una joven atractiva en una oficina tan importante.

—Lídochka, quiero encargarle el guión de una nueva serie, un programa que llamaremos «Encuentros con gente interesante». No tienen que ser científicos o astronautas necesariamente. La gama de opciones es excepcionalmente amplia: alguien que cultive alguna afición admirable o que se ponga de moda repentinamente o cuya vida tenga un hilo conductor. Por ejemplo, un jefe de contabilidad vulgar, corriente y de provecho que en secreto... No sé, lo que a usted se le ocurra. Ahora mismo no me viene nada a la cabeza. Supongamos que este hombre hace alguna cosa en secreto como...

—... abusar de niños de corta edad —completó Lida.

—Yo tenía otra cosa en mente. Digamos que secretamente...

—... estudia sánscrito.

—Algo así. Pero más significativo para la sociedad. Digamos que un policía ayuda a alguien a encontrar a un amigo íntimo o a un pariente.

—Había una película así.

—No puedo darle nada concreto. Tendrá que pensarlo usted. Por ejemplo, en la factoría Kálev filmaron una película: *La mujer sola*. Se acuerda, ¿no? La protagonizaba la Dorónina. Bueno, el caso es que un niño que participó en los rodajes ahora dirige un Departamento de la empresa.

—Me gusta el tema —dijo Lida—. Me lo creo.

—Este tema ya lo ha usado Arvid Kiisk. Como le decía, haga algo en esa línea. La idea tendrá que ser suya. Supongamos que un anciano general ingresa en el hospital para que lo operen. Y descubre que el cirujano es su antiguo camillero.

—¿Cómo se llama? —preguntó Lida.

—¿Quién?

—El general. O el camillero.

—Hablo hipotéticamente. Independientemente del tema, lo principal es el misterio inesperado, la posibilidad. Una vida con muchos niveles. Una cosa por fuera y otra por dentro.

—Así es la mayoría de la gente —suspiró Lida.

—Resumiendo, póngase a ello —dijo Nina Ignatyevna, empezando a impacientarse.

Lídochka abandonó el despacho.

Ella se había criado entre gente interesante desde su niñez. Su padre conoció a Ehrenburg. De su profesor de dibujo en la escuela se decía que había sido un genio no reconocido. Más tarde un bandido le había hecho la corte y hasta le escribió unos versos. Los profesores del colegio universitario eran notables por sus excentricidades; uno de ellos siempre llevaba la bragueta abierta. Su marido era un hombre interesante, un eminente economista que sin embargo cometía errores gramaticales. Su hija era una persona muy misteriosa —casi nunca decía nada, pero últimamente había estado tan taciturna que Lida se preguntó si no estaría embarazada—. El electricista enviado por el comité de dirección del bloque de apartamentos para reparar la instalación había estado en la cárcel por un delito que al parecer bordeaba el asesinato. La verdad es que cualquiera puede ser interesante si se le llega a conocer.

Lida se había diplomado en higiene médica. Repasó mentalmente los nombres de sus compañeros de clase: Pavinski, Rozhin, Yankelevich, Feofánov... Tenía entendido que Mishchenko era deportista. Levin era científico. Levin, Borís Levin, catedrático, inteligente, doctor en Ciencias... Se decía que había estado en Francia.

Agápova sacó una libreta y escribió en una hoja limpia: «Levin».

Después comenzó a considerar también a los amigos de su marido, gente interesante desde luego. Economistas. Kalinin, por ejemplo, siempre insistía en que el paro era el principal motor del progreso. Tal como están las cosas, todo trabajador sabe que conservará su empleo. Pero aunque lo despidan, tampoco es un grave problema: no hay más que cruzar la calle y conseguir trabajo en la fábrica de enfrente. Esto significa que todo el mundo se siente muy libre de ausentarse del trabajo o abusar de su posición... No, Kalinin no es muy conveniente. Es demasiado progresista. Otro es Merkin. Si le preguntan qué haría crecer nuestra economía significativamente, contesta: «La guerra. La guerra y sólo la guerra. La guerra es disciplina, cultivo de la conciencia. La guerra amortiza cualquier defecto en absoluto». Me temo que Merkin tampoco sirve. Pero ¿y ése que nos visitó el otro día, el filólogo con su novia periodista? O tal vez era incluso traductor. Nos contó que en el Ejército había servido como guardián de presos, supervisando convoyes. Nos contó cosas terribles. Su nombre no era ruso: Alijánov. Sin duda un hombre interesante.

Así que junto a «Levin» escribió en la libreta: «Alijánov».

Estaría bien tener un tercer candidato. Aquí Lida recordó que sus vecinos tenían un pariente de visita. Alguien de Porjov. Quizá fuera un conocido. Mila Osínskaya había mencionado algo en el patio. Había algo misterioso sobre su pasado. Tal vez lo detuvieron, o tal vez fuera al revés... Un jerifalte de provincias; había algo de intriga al respecto. Podría darle un enfoque insólito: «el provincialismo es una cuestión espiritual, no geográfica».

Así que debajo de «Levin» y «Alijánov» apareció un signo de interrogación, seguido de la anotación «(pariente de Mila O.)».

También podría mantener en reserva al erudito superintendente del edificio, un gran admirador de Simenon. Aunque él y Lida siempre estaban discutiendo por cubos de basura a rebosar... Bueno. Ya era hora de ponerse en movimiento.

—¡Adiós! Vérochka, muchachos...

—Agápova, vuelva a visitarnos pronto. ¡No sea tan cara de ver!

Llamó a Borís Levin a la clínica. Él reconoció su voz y pareció contento de recibir su llamada. Quedaron en verse a la una.

Alijánov, el exvigilante de convoyes, resultó estar en casa.

—Venga —dijo—. Y si le es posible, compre tres botellas de cerveza. Se las pago cuando llegue.

Lida paró en una tienda de la calle Karya y compró la cerveza. Todos los edificios de la zona eran de nueva construcción: una entrada distaba al menos un kilómetro de la otra.

Alijánov la esperaba a la puerta. Era un enorme joven de frente baja, mentón poco pronunciado y ojos de falso napolitano. Comenzó una especie de perorata deslavazada y sin sentido, que no parecía capaz de terminar:

—¿A qué debo, Lídochka, qué buen viento la, cuál, cuál...? ¿Consiguió la cerveza? Es usted magnífica. Su abrigo. Este lugar está increíblemente desordenado.

Ciertamente el cuarto causaba una impresión deplorable. Un sofá enterrado bajo papeles y cenizas de cigarrillo. Una mesa invisible bajo un montón de libros. El negro caparazón de una máquina de escribir de antes de la guerra. Una especie de sable oxidado en la pared. Platos sin lavar, sedimentos de carmín en las copas de vino. Descoloridos restos de arenque sobre un pedazo de periódico.

—Venga aquí. Al menos está casi limpio —el vigilante abrió una cerveza.

—Sí, es una habitación abigarrada —dijo Lida—. Soy higienista titulada, ¿sabe usted?

—Recibí una citación del Tribunal de Camaradas por insalubridad.

—¿Qué pasó?

—Nada. Alegué espíritu rebelde. Soy un poeta, les dije; un yogui, un budista. Claro que vivo en la suciedad... ¿Quisiera usted una cerveza?

—No bebo.

—Aquí tiene el dinero. Un rublo con once.

—¡Tonterías! —dijo Lida.

—¡No, insisto! —protestó enérgicamente Alijánov.

Lida se guardó el puñado de calderilla en el bolsillo. El celador vació su botella a morro.

—Así está mejor —Alijánov se relajó un tanto. Realizó una nueva tentativa, esta vez tomando las palabras al asalto, de vencer su indócil oración inicial—. ¿A qué debo, por decirlo así, este placer inesperado que...?

—¿Es usted filólogo? —preguntó Agápova.

—Para ser más exactos, soy lingüista. Trabajo en el problema archifonémico de la letra shcha.

—¿Es un problema?

—Acuciante. Escuche, ¿qué pasó? ¿A qué debo el placer inesperado de contemplar con mis propios ojos...?

El celador vació la segunda botella.

—Estamos preparando un programa de radio, «Encuentros con gente interesante». Necesitamos un protagonista con una biografía fuera de lo común. Usted es filólogo. Para ser más exactos, lingüista. Y excelador de convoyes. Un hombre polifacético. Su vida tiene muchas facetas, ¿no?

—Últimamente sí —contestó con franqueza Alijánov.

—¿Por qué no me da detalles sobre su investigación filológica? Pero en lenguaje simple, que un profano pueda entender.

—Preferiría darle uno de mis trabajos para que lo lea. Por alguna razón ahora mismo no pienso con mucha claridad. Lo tengo aquí por algún sitio. Enseguida lo encuentro.

Alijánov se precipitó al montón estratificado de papeles.

—En otro momento —intentó calmarlo Lida—. Obviamente volveremos a vernos. Esto no es más que la entrevista preliminar. Me gustaría preguntarle algo: usted era vigilante de convoyes. ¿No es un trabajo muy peligroso y aventurado?

Alijánov pensó en ello de mala gana.

—Había algunos riesgos, desde luego. Bebíamos mucho vodka. Tampoco habríamos rechazado la loción para después del afeitado. Todo eso tiene que afectar al corazón.

—Me refería a los prisioneros. Después de todo son gente espantosa. Para ellos no hay nada sagrado.

—Son gente normal y corriente —dijo Alijánov, abriendo la tercera botella.

—He leído mucho sobre ello. Es un mundo especial. Con sus propias leyes... La hombría es una exigencia absoluta. ¿Es usted un hombre valiente?

Alijánov pareció completamente acobardado.

—Liuba —le dijo.

—Lida.

—¡Lida! —casi gritó él—. Iré a conseguir seis rublos. Tengo vecinos humanitarios. Vamos a comprar media botella y algún vino seco. Por alguna razón no

puedo pensar con suficiente claridad.

—No bebo. ¿Es usted un hombre valiente?

—No lo sé. Hubo un tiempo en que podía beber dos litros. Ahora me quedo atontado con setecientos gramos. Debe de serla edad...

—No me está entendiendo. Necesito a alguien original, una personalidad interesante. Usted es filólogo, una persona de emociones delicadas y depurada inteligencia. Pero antes fue celador de convoyes. Tuvo que arrostrar riesgos a diario. La delicadeza espiritual a menudo contrasta con la rudeza física.

—¿Cuándo he sido yo rudo con usted?

—Conmigo no. Pero usted guardaba prisioneros.

—Sería más correcto decir que nos guardábamos de ellos.

—¿Cómo se hizo esa cicatriz? No sea modesto.

—Esto no es una cicatriz —exclamó Alijánov—. Es un forúnculo. Me lo rasqué... Discúlpeme...

—En todo caso, quisiera que me contara lo que experimentó en el norte. Por decirlo en sentido figurado, ¿qué callaba la tundra?

—¿Qué?

—¿Qué callaba la tundra?

—¡Lida! —aulló Alijánov—. ¡No lo soporto más! ¡No soy apto para una emisión de radio! ¡Ayer me emborraché! ¡Tengo deudas y pensión de alimentos que pagar! ¡Mi nombre se ha mencionado en la radio alemana! ¡Soy una especie de disidente! La despedirán... No me haga esto.

Lida atornilló el capuchón de su estilográfica.

—Es una lástima —dijo—. El material era interesante. Cuídese. Le llamaré. Y mientras tanto busque ese trabajo suyo.

El celador se levantó, pálido y exhausto.

—Deme un minuto —dijo—. Iré con usted. Tengo vecinos humanitarios.

Se separaron en el descansillo. Lida bajó las escaleras. Alijánov corrió al cuarto piso...



Levin la abrazó y la contempló un buen rato.

—Sí —dijo—. Los años pasan, los años pasan...

—¿He envejecido?

—¿Cómo decirlo? Has tomado forma.

—Y tú estás fondón. Vergüenza debería darte. ¿Está Galina en casa?

—Está en una reunión de la escuela. Tenemos un gamberrete que crece. ¿Así que dices que estoy engordando? Mi mujer me dice: «Deberías ir a correr todas las mañanas». Y yo le digo: «Si echo a correr, no vuelvo». ¿Quieres un café? Desvístete.

—Después de usted, doctor —dijo Lida recordando una vieja broma.

Entraron en la sala de estar. Una gran lámpara de pie con la pantalla quemada. Diarios extranjeros sobre el alféizar.

—Bonito apartamento —dijo Lida—. Por lo general los apartamentos nuevos me resultan incómodos. Todo laqueado, cristal de Bohemia por todas partes...

—Yo también tengo cristal de Bohemia —se jactó Levin.

—¿Dónde?

—Empeñado.

—¿Todavía trabajas en cancerígenos?

—Como siempre.

—Cuéntame.

—Un momento. Pondré agua a calentar.

—Esperaré.

Lida sacó un cuaderno, la estilográfica y un paquete de cigarrillos «BT».

Levin regresó. Encendieron sendos cigarrillos.

—Tú has estado en Francia.

—Dos semanas.

—¿Qué tal?

—Normal.

—¿Podrías ser más específico?

—Un pueblo trabajador, una burguesía reaccionaria, crisis económica, empobrecimiento de las masas...

—Háblame como un ser humano. ¿Nosotros les caemos bien?

—¿Cómo coño saberlo? Todos están de buen humor.

—¿Y el alto nivel de vida? ¿Te gustaron las francesas?

—El nivel de vida es normal. La comida era muy buena. Yo tenía la mesa tres: vino, pollos jóvenes, café, nata. Las muchachas son maravillosas. Mejor dicho: la que no es feísima es una belleza. Supongo que es por los cosméticos. Los cosméticos recalcan los rasgos buenos y subrayan los malos. Su forma de ser es libre y directa. Todas llevaban esas batas blancas sintéticas, escotadas...

—¿Cómo que batas blancas? ¿Trabajaste en una clínica?

—Trabajar no. Enfermé de disentería en Niza. Paseé por las calles un día y luego fui hospitalizado.

—O sea, que prácticamente no viste Francia.

—¿Cómo que no? Teníamos un televisor en color en el hospital.

—Qué mala suerte, caer enfermo.

—Al menos pude descansar.

—¿Te trajiste algo interesante? ¿Algún recuerdo, alguna prenda?

—Escucha —dijo Levin, animándose—: traje a casa algo único. Pero si te lo muestro, no seas gazmoña. Después de todo has recibido formación médica. Iré a buscarlo. Tengo que ocultárselo a Tolya, mi hijo.

—¿De qué me estás hablando?

—Lida, me traje a casa un pene. Un pene de caucho con filigranas. Te lo juro. ¿Por dónde andaba? Al parecer Galina lo ha ocultado en algún sitio.

—¿Para qué necesitas eso?

—¿Cómo que para qué? Es una obra de arte. Te lo juro. A Galka también le gusta.

—¿Cómo lo pasaste por la aduana?

—Obviamente no lo llevaba en la mano. Lo oculté.

—¿Dónde? No es precisamente una aguja.

—Me lo pasó una mujer que trabaja en nuestro laboratorio. A las mujeres las registran menos. Además ellas tienen más posibilidades fisiológicas...

—Pareces un niño. Hablemos de lo que quería contarte.

—Un minuto. Voy por el café.

La mesa se pobló de chokolatinas, obleas de azúcar y un limón.

—¿Quieres leche condensada?

—No. Continúa, dime más sobre ti.

—No hay mucho que contar. Trabajo construyendo modelos de reacciones químicas. En cierta época llegué a investigar las propiedades cancerígenas del polvo de asbesto.

—Dime: ¿el cáncer tiene cura?

—El de piel, sí.

—¿Y el de estómago, por ejemplo?

—Lídochka, la opinión general sobre el asunto es completamente caótica. Un miligramo de un cancerígeno puede matar a un caballo. Cualquier adulto lleva en el dedo suficientes miligramos de ese mismo cancerígeno como para envenenar una manada. Aquí me ves, sentado, fumando; y aún vivo. El humo es otro de ellos... No te molestes en tomar apuntes. El cáncer es un asunto demasiado delicado. Te censurarán el programa.

—No lo creo.

—¿Crees que eres la primera periodista con la que he tratado? Será mejor que entrevistes a algún médico de cabecera. Ellos llevan una vida fácil firmando promesas sociales una vez al mes. Llama a tu oficina y compruébalo.

Agápova llamó a Nina Ignatyevna. Ésta se asustó:

—Lídochka: ¿cáncer? Demasiado triste. Engendra emociones negativas. Recuerda al título de cierta novela escandalosa y prohibida. Esperamos algo más alegre.

—Pero el cáncer es el problema número uno.

—Lídochka, no se obstine —cortó Ignatyevna—. Hay ciertas reglas tácitas.

—Bueno —suspiró Lida levantándose—. Es una pena.

—¿Adonde vas? —se sorprendió Levin—. Quédate un rato más.

—En realidad era una visita de trabajo.

—No nos hemos visto en siete años. Galka volverá pronto. Echaremos un trago.

—Te ruego que me disculpes. No tengo ganas de verla.

Levin guardó silencio.

—¿Eres feliz, Borya?

Levin se quitó las gafas. Ahora tenía el aire de un repetidor de curso.

—¡Para qué sirve hablar de la felicidad! Vivo, trabajo. Galina es una persona difícil, estoy de acuerdo. Hay algo muerto en ella. Y Tolya es un gañán, un gañán erudito, instruido. Después de todo soy doctor en Ciencias, podría sentar cátedra. Y ayer me suelta que tengo complejo de inferioridad.

—Pero de todos modos eres científico, sirves a la humanidad. Debes de sentirte orgulloso de ti mismo...

—Déjalo, Lida. Sólo le sirvo a Galina y al capullo de mi hijo.

—No estás en forma —Lida ya estaba de pie y había traspasado el umbral de la puerta.

—Pero ¿te acuerdas de aquella vez que fuimos a Nóvgorod? —preguntó Levin.

—No sigas por ahí, Borya. Lo pasado, pasado está. Bueno, me voy.

Bajó las escaleras y abrió el paraguas. Con un chasquido, una cúpula multicolor se formó sobre su cabeza.

—¿Y te acuerdas de la vez que estuvimos robando melones? —le había gritado él por el hueco de la escalera.



Ya era de noche. Los charcos dibujaban acuarelas de neón. Las caras pálidas de los transeúntes parecían distantes. Un tranvía tambaleante y profusamente encendido se detuvo a su paso. Lida plegó su paraguas. Compró un billete. Se sentó en un asiento de madera. El cristal de la ventanilla le devolvió el reflejo de su rostro fatigado. Hizo todo el trayecto a casa dormida y despertó con dolor de cabeza. Anduvo a casa despacio, pisando charcos. Se felicitó por su previsión al haberse calzado sus botas de agua checas.

Los Osinski vivían en el portal de al lado. Arkady era entrenador, siempre jovial. Bajo la chaqueta de ante, un cronómetro le brillaba en el pecho. Mila enseñaba química en alguna parte.

El hijo era un individuo misterioso. Se había pasado seis años evitando el servicio militar. Durante seis años había fingido padecer: neurosis, úlcera de estómago y artritis crónica. Excedía en sus dolencias al legendario revolucionario Kamo. Hacia el final de aquellos años estaba neurótico de verdad, había arruinado su sistema digestivo y contraído artritis crónica. En cuanto a conocimientos de medicina hacía tiempo que los de Ígor sobrepasaban los de todos los médicos del distrito. Además entendía de *jazz* y hablaba inglés con soltura.

En general una persona bastante interesante. Pero no trabajaba.

Lida subió las escaleras al tercer piso. De repente sintió el impulso incontrolable de irse a su casa. Ahuyentando el pensamiento, pulsó el timbre. Los sordos ladridos

de «Milord» se oían a través de la puerta.

—Pasa —se alegró Mila Osínskaya—. Ígor anda por ahí. Árik está de concentración en Matsesta. Ven a que te presente a Vladímir Ivánovich.

Cuando entró en la sala, un hombre rechoncho de unos sesenta años se levantó para saludarla. Le tendió la mano y se presentó. Con porte digno, sirvió el coñac. Mila encendió la televisión.

—¿Quieres un poco de borscht^[5]?

—No. Por extraño que pueda parecerme, me apetece una copa.

—A su salud, pues —brindó cordialmente Vladímir Ivánovich. Era un hombre saludable y ancho de espaldas que vestía un bonito suéter de calidad. Tenía cara de beber habitualmente pero con moderación. En las películas los tipos como él siempre interpretan al coronel en la reserva. Frente sólida, ojos azules, fundas de oro sobre los dientes.

Entrechocaron los vasos y bebieron.

—Bueno, os dejo que habléis —dijo la anfitriona—. Tengo que ausentarme diez minutos para visitar a los Vorobyovs. Rita me está tejiendo un suéter.

Y se marchó.

—En realidad es una visita de trabajo —dijo Lida.

—Estoy a su disposición.

—Estamos preparando un programa de radio llamado «Encuentros con gente interesante». Una vez Ludmila Sergueyevna me contó algo sobre usted. Y pensé... Me parece que usted es una persona interesante.

—Soy la persona más normal del mundo —dijo Vladímir Ivánovich—, aunque para ser sinceros, me gusta mi trabajo y tengo el respeto de mi colectivo.

—¿Dónde trabaja usted? —Lida sacó su cuaderno.

—En Porjov tenemos una sucursal de la empresa Amanecer Rojo. Construimos coordenadas clasificadas para telefonía automática. El taller de la fábrica es grande e importante. Según los datos del segundo trimestre hemos logrado éxitos significativos...

—¿No se aburre?

—No entiendo.

—¿No es aburrido vivir en una ciudad provinciana?

—Nuestra ciudad está creciendo, mejorando en servicios y prestaciones. Tenemos una nueva casa de cultura, un estadio, complejos de viviendas... ¿Ha anotado esto?

Vladímir Ivánovich la señaló con la botella. Lida negó con la cabeza. Él bebió, alanceando con el tenedor una seta adobada y resbaladiza.

Pasado un momento, Lida prosiguió.

—Pienso que es posible ser un provinciano en la capital y un sofisticado urbano en la tundra.

—Absolutamente correcto.

—Lo que quiero decir es que las provincias son un fenómeno espiritual, no

geográfico.

—Exactamente. Es más, esta ciudad está muy bien abastecida de carne, pescado, verduras...

—¿Y actuaciones en directo en gira desde la capital?

—Eso no hace falta ni decirlo. Hasta el mismo Magomáyev ha venido.

Vladímir Ivánovich se sirvió otro coñac.

—Supongo que lee usted mucho —preguntó Lida.

—¿Cómo pasar sin ello? Aprecio a Simónov, Anániev, las memorias de guerra; y los clásicos, naturalmente: Pushkin, Liérmontov, Tolstoy. Había tres escritores con este último nombre, como es sabido... En mi juventud escribí poesía.

—Esto es interesante.

—A ver si me acuerdo. Por ejemplo...

Vladímir Ivánovich se recostó sobre el sillón:

En ser héroes nos esforzamos
marchando en formación como hermanos;
en nombre de Stalin poblaremos la tierra,
obtendremos la dicha y la gracia en la guerra.

Lida reprimió cualquier muestra de decepción.

—¿Es difícil ser jefe de sección de un taller?

—Le seré franco: no es fácil. Hay ciertos factores de producción, pero también factores morales... El plan, las bajas y altas laborales, el microclima, quienes retardan la producción. Ahora bien, la cuestión principal es que la gente se ha vuelto exigente. Conocen sus derechos. Deme esto, deme aquello... Ninguna obligación en absoluto, pero eso sí: todos los derechos habidos y por haber. Si el viejo Stalin levantara la cabeza... Entonces había orden, ¡orden! Al que llegaba al trabajo con un minuto de retraso le detenían. Pero ahora... La gente se ha ablandado, es la decadencia. Estamos rodeados de escritores satíricos, usted ya me entiende... Con el Padre esto no pasaba...

—¿Quiere decir que aprueba el culto a la personalidad? —preguntó Agápova con voz queda.

—El culto, el culto... El culto ha existido siempre y siempre existirá... La personalidad es necesaria, ¿me entiende? ¡Personalidad!

Vladímir Ivánovich estaba acalorado y algo bebido. Empezó a gesticular. Inclinado sobre la mesa, agitaba el tenedor.

—Mi vida no ha sido fácil. Las he visto de todos los colores. He caído bajo, pero he remontado el vuelo... Después de todo era un hombre casado, dicho sea entre nosotros.

—¿Por qué entre nosotros? —se sorprendió Lida.

—Ella era sobrina de Yakir —añadió, susurrando, Vladímir Ivánovich.

—¿Qué Yakir? ¿El general Yakir^[6]?

—El mismo. Tuvimos un hijo, un niño...

—¿Y dónde están ahora?

—No lo sé: les perdí la pista... Fue en 1939...

Vladimir Ivánovich guardó silencio, sumergiéndose en sus propios pensamientos.

Lida esperó un largo tiempo. Después, atemorizada, ruborizada, preguntó:

—O sea... ¿Cómo que les perdió la pista? ¿Que le perdió la pista a su mujer? ¿Le perdió la pista a su propio hijo?

—Eran tiempos duros, Lídochka. Duros y tempestuosos. Las familias se rompían, los cimientos seculares se resquebrajaban...

—¿Qué tienen que ver los cimientos seculares? —explotó Lida—. No soy una niña; lo sé todo. Detuvieron a Yakir y usted abandonó a su mujer y a su hijo de la forma más ruin. Usted... Usted... ¡no es una persona interesante!

—Oiga —dijo Vladimir Ivánovich—: esos adjetivos... No debería hablar tan a la ligera —recuperando el tono amistoso, añadió—: le aconsejo que se conduzca con más modestia, Lídochka. Más modestia, eso es todo.

«Milord» levantó la cabeza.

Lida ya no le escuchaba. Levantándose de un salto, recogió su chaqueta del recibidor y salió de la casa dando un portazo.

En la escalera hacía un frío silencioso. Un gato no visto se le cruzó fugazmente como una sombra. El olor a fritanga de pescado le transmitió una profunda melancolía.

Lida bajó las escaleras y atravesó el patio. Una puesta de sol húmeda se escondía más allá de los garajes, alrededor de los cubos de basura. Las ramas de los descuidados arbustos municipales destacaban misteriosamente como raspas al viento. Había un caballo de juguete abandonado en la nieve.

Lida miró en su buzón y recogió *La gaceta económica*. Subió las escaleras y abrió la puerta. Oyó zumbir la televisión en el cuarto de su marido. El abrigo rojo de entretiempo de Tania colgaba del perchero. Lida se quitó el abrigo y lanzó los guantes sobre la mesilla bajo el espejo.

Sin emitir apenas signo alguno de saludo, un joven se le cruzó por delante de camino al cuarto de baño. Llevaba los sucios rizos atados en coleta con un cordón marrón. Arrastraba tras de sí un pantalón aterciopelado como la cola de un vestido.

—Tatiana, ¿quién es éste? —preguntó Lida.

—Digamos que es Zhenia. Estudiamos juntos.

—¿El qué?

—Digamos que alemán. ¿Tienes alguna objeción?

—Que se lave las manos —dijo Lida.

—¿Cómo te gusta vulgarizarlo todo! —repuso su hija con un susurro cargado de odio.



Lida me llamó. Su voz sonaba inquieta y queda.

—¿Te he despertado? —preguntó.

—Peor aún —dije.

—¿No estás solo?

—Solo. Con Marina.

—¿Puedes hablar en serio un momento?

—Desde luego.

—¿Conoces a alguna persona interesante dentro de tu círculo social?

—Pues sí. Te manda saludos.

—Serguey, esto es importante. Tengo que escribir un guión antes del jueves.

—¿Sobre qué?

—«Encuentros con gente interesante». ¿No se te ocurre ningún candidato que me pueda servir?

—Lida —rogué—, ya sabes qué tipo de gente son mis amigos. Una panda de vagabundos. Llama a Klienski; su suegro está inválido.

—Tengo una propuesta: escribamos el guión juntos. Te sacarás unos quince rublos.

—Ni siquiera sé usar un magnetófono.

—Yo me encargaré de eso. Lo que necesito es tu...

—¿... cinismo?

—Tu experiencia profesional —dijo Lida con delicadeza.

—Muy bien —dije, por terminar la conversación—. Te llamaré por la mañana. Mejor dicho, te llamaré más tarde.

—Por favor, prométeme que me llamarás.

—Acabo de hacerlo...

Aquí Marina no pudo soportarlo más y me mordió un dedo.

—Hasta mañana —dije, o grité, antes de colgar.



Lida abrió la puerta de la habitación de su marido, que estaba invadida por la luz azul de la pantalla. Vadim yacía sobre el sofá, con los zapatos puestos.

—¿O sea que por fin se cena en esta casa? —preguntó.

Su hija Tania apareció en el umbral.

—Nos vamos —tenía el rostro sombrío. Sus rasgos componían una mueca de rebelión perpetua.

—No tardéis.

—¿Por fin puedo tomar una taza de té, por favor? —preguntó Vadim.

—Yo también trabajo, por si no lo sabías —contestó Lida. Y sin dar tiempo a que se iniciara una discusión, continuó—: ¿Qué te parece? ¿Crees que Merkin es una persona interesante?

COMPROMISO SÉPTIMO

Estonia soviética. Abril. 1976

ATUENDO MARCIANO (Gentes y oficios).

¿Qué se espera de un buen sastre? Los trajes que corte deben estar a la moda de los tiempos que corren. ¿Qué pensaríamos de un sastre cuyas creaciones estuvieran a la moda de hace 200 años? Pues así son las de nuestro personaje de hoy, que sin embargo imponen gran respeto y merecen la más cálida alabanza. Nos referimos al modisto del Teatro Dramático Ruso de la república de Estonia, Voldemar Sild. Entre sus clientes habituales se cuentan grandes de España y mosqueteros franceses, zares rusos y samuráis japoneses. Más aún: zorras, gallos e incluso marcianos.

Un vestuario teatral nace de los esfuerzos conjuntos del director artístico y el sastre. Deberá corresponderse con el espíritu de la época sin traicionar la trama de la representación ni los atributos de cada personaje. ¿Se imaginan a Oneguín con pantalones holgados? ¿O a Sobakévich de frac? Cuando tuvo que crear un traje para el personaje del esclavo Esopo, Voldemar Sild estudió pintura antigua y drama griego.

La levita, el tafetán, la capa militar, la pelliza, la bata de trabajo... Cada una de estas prendas es absolutamente distinta, con sus propios accesorios y rasgos específicos: «Recuerdo a un actor joven», comenta Sild, «que me preguntó si de verdad había alguna diferencia entre un frac y un esmoquin. Para mí son tan diferentes como un televisor y un magnetófono».

Cuando asiste a representaciones en otros teatros, Voldemar Hendríkovich, con la severidad típica del profesional, presta gran atención al equipamiento de los personajes.

«Sólo en las funciones de mi querido Teatro Vajtangov consigo olvidarme de mi oficio y me dejo absorber por la acción de la obra. He aquí la prueba de que el modisto de ese teatro hace un trabajo impecable».

También Voldemar Sild hace un trabajo impecable, como sastre, artista y hombre del teatro.

En la reunión de la junta directiva editorial oficiosa mi artículo fue objeto de alguna alabanza.

—Dovlátov puede escribir vistosamente sobre cualquier tontería.

—Y su titular es eficaz.

—¡Y qué palabras se le ocurren! «Accesorios»...

Al día siguiente el redactor jefe Turonok me llamó.

—Siéntese.

Me senté.

—Esta conversación no va a ser agradable.

«Como todas las que tengo con este idiota», pensé.

—¿Cómo se titula la columna para la que escribió esto?

—«Gentes y oficios». Buscamos gente con profesiones raras; y también aspectos inesperados.

—¿Conoce usted la profesión de este señor Sild al que dedica su artículo?

—Desde luego: es sastre. Modisto de vestuario teatral. Ése es el ángulo inesperado.

—Sí, ahora es sastre. ¿Y antes?

—No sé a qué se dedicaba antes.

—Entonces debería saber que durante la guerra fue verdugo al servicio de los alemanes. Ahorcó a patriotas soviéticos, por lo cual cumplió doce años de condena.

—¡Dios mío! —dije.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho? ¡Ha honrado a un traidor a la madre Patria! ¡Ha manchado para siempre la reputación de una columna interesante!

—Pero me lo recomendó el director del teatro.

—El director del teatro era teniente de las SS. Además es un azul.

—¿Azul? ¿Qué significa eso?

—Así es como llamaban a los homosexuales. ¿No se le insinuó?

¿Insinuármeme? Y de qué manera. Hasta me dio la mano. Y eso que soy periodista. Resulta sorprendente.

Me vino a la cabeza una conversación mantenida con un francés. Hablábamos de la homosexualidad.

—En este país pueden procesarle por practicarla —me jacté.

—¿Y por tener hemorroides? ¿También le procesan a uno? —gruñó el francés.

—En realidad no le culpo —dijo Turonok—. Actuó correctamente. Quiero decir que siguió la recomendación del director. En todo caso, convendría ser más circunspecto. La elección de un héroe es un asunto extraordinariamente serio.

Durante unas dos semanas este incidente fue la comidilla de la oficina. Entonces mi colega Erik Bush se distinguió con una pifia aún mayor: escribió una entrevista con un capitán de navío de la marina mercante germano-occidental. Fue en vísperas del Aniversario de la Revolución de Octubre. El capitán elogiaba el régimen soviético. Hasta que alguien averiguó que en realidad era un desertor estonio. Había huido en canoa a Finlandia durante el verano de 1969; y de allí pasó a Suecia. Etcétera. Bush se había inventado la entrevista de principio a fin. Aquel incidente tuvo repercusiones y todo el mundo se olvidó de mí.

COMPROMISO OCTAVO

Estonia soviética. Agosto. 1976

ATUENDO MARCIANO (Gentes y oficios).

MOSCÚ. EL KREMLIN. L. I. BRÉZHNEV. TELEGRAMA: ¡Querido y estimado Leónidas Ilych! Quisiera compartir con Vd. feliz acontecimiento: año pasado logré estadística sin precedentes ordeñando cantidad récord leche de una sola vaca.

Otro acontecimiento feliz en mi vida: ¡en la granja me eligieron para pertenecer al Partido!

En adelante prometo, Leónidas Ilych, trabajar con más entusiasmo si cabe.

Linda Peips

RSS DE ESTONIA. REGIÓN DE PAIDA. LINDA PEIPS. TELEGRAMA: Querida Linda Peips: mis camaradas y yo le agradecemos de todo corazón los éxitos alcanzados. El trabajo abnegado en pro de la tierra natal ennoblece la vida humana al hacerla partícipe de la lucha por la consecución del ideal comunista.

Permítame también felicitarle de corazón con motivo de un acontecimiento inolvidable: su adhesión a las filas del Partido Comunista. Porque el Partido es la avanzadilla de la sociedad soviética, su gloriosa vanguardia.

Leónidas Brézhnev

Al redactor jefe Turonok se le descosió el trasero del pantalón. Ocurrió sin ruido ni tensión perceptible; simplemente la costura se descosió. Podría interpretarse como una desventaja de la franela fina de importación.

Hacia mediodía Turonok se acercó al mostrador del bar de la empresa. El azul luminiscente de su «línea editorial» se reveló a todos sus lacayos, que obsequiosamente le dejaron saltarse la cola.

El personal empezó a intercambiar miradas...

Entro en tal detalle por dos motivos. El primero es que cualquier vergüenza padecida por personas con autoridad me produce gran placer. Segundo, la hendidura en los pantalones de Turonok surtió cierto efecto en mi destino. Pero volvamos al episodio del mostrador.

... El personal empezó a intercambiar miradas; unas malévolas, otras compasivas. Las malévolas eran sinceras; las compasivas, hipócritas. Y aquí, como siempre, el

lacayo mayor destacó por su desinterés e inspiración. Este tipo de lacayo adora la autoridad hasta el punto de confundir al Jefe con la Madre Patria, con la época en que vive, con el Universo.

Resumiendo: entró Édik Vaguin.

En la plantilla de cualquier periódico siempre hay alguien que no quiere —ni sabe ni debería— escribir. Y que lleva años sin hacerlo. Todo el mundo se acostumbra y nadie se asombra. Pero lo más notable de los periodistas como Vaguin es que siempre están agotados y febrilmente preocupados. Nuestro ingenio local, Shablinski, ha bautizado esta dolencia como «vaguinismo».

Vaguin siempre tenía prisa, siempre saludaba de modo abrupto, nervioso. Al principio lo tomé ingenuamente por un alcohólico. Entre las infinitas formas que puede adquirir una resaca, tengo anotada esta variante: una especie de huida atormentada de la luz del día, la vibrátil agilidad de un fugitivo abrumado por remordimientos de conciencia.

Más tarde supe que Vaguin no bebía. Y cuando alguien no bebe ni trabaja, da que pensar.

—Un hombre misterioso —decía.

—Vaguin es un chivato —me dijo Bykóver—. ¿Qué tiene de misterioso?

Nuestras oficinas estaban en la calle Pikk, justo enfrente del número 1 de la calle Pagari, cuartel general del KGB. Vaguin se pasaba por ahí todos los días, o casi todos. Le veíamos cruzar la calle desde las ventanas.

—¡Vaguin hace horas extraordinarias! —solía gritar Shablinski.

Pero vuelvo a divagar.

... El personal empezó a intercambiar miradas. Vaguin rozó el hombro del redactor jefe:

—Jefe, hay un desbarajuste en su vestimenta.

Aquí el redactor jefe cometió una equivocación. Se precipitó con ambas manos a la bragueta para hacer lo que los castizos definen como «encerrar al pájaro». Habiendo comprobado que la jaula estaba cerrada, enrojeció y dijo:

—No comparto su sentido del humor.

Se giró e hizo mutis, inundando a sus subordinados con el resplandor neonizado de su ropa interior.

Entonces se produjo un diálogo breve y vagamente misterioso. Vaguin seguía allí con aire desanimado cuando Shablinski le espetó:

—¿Por qué le has avisado? Así es más cómodo.

—Más cómodo ¿para quién? —dijo Vaguin lanzándole una mirada oblicua.

—Para ti, naturalmente.

—¿Qué es lo que es cómodo?

—Pues... eso.

—No, no. ¿Qué es más cómodo?

—¿Te lo deletreo?

—¡Sí! ¡Deletréamelo! ¿Qué es más cómodo? ¿El qué? —gritaba Vaguin.

—Vete al carajo —dijo Shablinski después de una breve pausa.

—¿Qué pasa? ¿Que no te atreves? —exclamó el chivato triunfalmente.

Era un chivato ordinario, torpe y sin estilo.

Yo no tenía tiempo para compadecerle: tenía que presentarme ante el redactor jefe. Esto me inquietó, pues acababa de preparar el material para un reportaje de unas doscientas líneas titulado «Papá es tan alto como el sol», sobre una exposición de dibujos infantiles. ¿Qué querrán éste y sus pantalones rasgados? ¡No pensaré que tengo que ver con ello! Una vez ya pasó algo parecido: me encargaron una larga crónica de un concurso que fui a cubrir, de perros amaestrados. El redactor jefe, gran amante de los animales, se presentó en un coche oficial para echar un vistazo. En ese preciso instante estalló una tormenta. Turonok se ofendió y me dijo:

—Es imposible contar con usted.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Siempre surgen complicaciones imprevistas.

Ni que yo fuera Zeus y me dedicara a organizar tormentas personalmente.

Entré en su oficina. El redactor se paseaba entre un busto en yeso de Lenin y un equipo estéreo marca «Estonia».

La efigie de Lenin en cualquiera de sus presentaciones es un requisito absolutamente imprescindible en todo despacho ejecutivo. Sólo conozco una excepción y aun ésta es parcial: yo tenía un amigo, llamado Avdéyev, que dirigía un periódico juvenil. Su padre era un actor de provincias, de Lugansk, que durante años representó el papel de Lenin en su teatro. Así que Avdéyev encontró una forma ingeniosa de salir airoso de la situación: tras su escritorio colgaba una enorme fotografía de su padre en el papel de Vladímir Ilych. Nadie podría quejarse: ni Lenin ni papá.

Turonok no interrumpió sus paseos entre el busto y el estéreo. Comprobé que el rasgón seguía en su sitio. Por decirlo así. Si es que algo embarazoso puede tener su lugar apropiado.

Por fin el redactor comenzó:

—Dovlátov: ¡usted sabe usar la pluma!

No dije nada. No me ruborizo con las alabanzas.

—Es usted un observador perspicaz. Seamos francos: el nivel cultural de los periodistas rusos en Estonia deja mucho que desear. Los ritmos de crecimiento ideológico exceden, en no pequeña medida... digamos que van más rápido que el desarrollo cultural. Por ejemplo, la última reunión del colectivo de gerentes de fábrica. Klienski no sabía qué era un sinónimo. Y en su discurso inaugural Tólstikov declaró: «en unos pocos meses los comunistas de la fábrica deberán liquidar este inadmisibile *statu quo*». ¿Y Repetski? ¿Sabe qué titular se le ocurrió para el editorial de tema agropecuario? ¡«Huevos para exportar»! ¿Qué le parece?

—Un poco íntimo.

—En resumen: usted posee erudición, sentido del humor. Tiene un estilo original. Lo que le falta es cierta organización interior, algo de disciplina. Hay que ponerse las pilas, como se dice ahora, progresar hacia el Periodismo con mayúscula. Estoy tomando en consideración un curioso asunto: de la región de Paida nos informan de que una tal Peips ha producido una cantidad de leche que bate todos los récords.

—¿Peips? ¿Qué es? ¿Una vaca?

—Linda Peips es lechera. Además es delegada del soviet de la república. Las estadísticas que suministra baten todos los récords. No sé si son doscientos litros o dos mil. En todo caso, muchos. Podrá averiguar cuántos exactamente en el Comité Regional del Partido. Hemos diseñado el siguiente plan: la lechera enviará un informe al camarada Brézhnev. El camarada Brézhnev le contestará, según lo coordinado. Es preciso redactar la carta al camarada Brézhnev, asistir a las ceremonias pertinentes y asegurarse de que todo ello quede reflejado en la prensa.

—Esto es del Departamento de Agricultura.

—Irá usted como enviado especial. No podemos confiar esta clase de encargo a cualquiera. Los clichés periodísticos al uso serían inadecuados en este caso. Este asunto requiere un toque humano, ¿me entiende? En general, hay que ponerse las pilas. Consígase una requisitoria para viajar y vaya con Dios. Enviaremos un telegrama al Comité Regional del Partido. Además tenga presente que cuando se falle el premio de redacción, el jurado valorará el material con sentido social.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a los materiales que tienen significado social.

—Pero ¿no es eso común a todo lo que se publica en prensa? Turonok me miró con nerviosismo apenas perceptible.

—En cierto modo, sí, pero esto puede demostrarse en mayor o menor grado.

—Dicen que por interpretar a Lenin pagan más que por hacer de Oteló...

—Puede ser; y estoy convencido de que es justo, porque el actor asume una enorme responsabilidad.

Durante toda la conversación experimenté una sensación extraña. Había algo en el redactor jefe que se me antojaba inhabitual. Entonces caí en el asunto de los pantalones rasgados, que en cierto modo nos igualaba. Le despojaba de su eminencia ejecutiva, poniéndonos al mismo nivel: dos tipos de mediana edad e idéntica (aquí he de revelar un secretito) ropa interior azul. Por primera vez sentí compasión por Turonok. Dije:

—Guiénrig Fránzevich, se le ha rasgado el trasero de los pantalones.

Turonok se aproximó con calma a un enorme espejo, se inclinó, hizo su comprobación y dijo:

—Compadre, hágame un favor... Le daré aguja e hilo. Los tengo en la caja fuerte. Apelo a su amistad, no al deber. Sólo necesito unas puntadas. Después de todo no puedo pedírselo a Plyujina...

Galya Plyujina era la diva sexual del periódico. Tenía una voz de gracia

estudiada, como una cantante de ópera. Y esa estúpida costumbre de morder... Pero estoy divagando otra vez.

—... Después de todo no puedo pedírselo a Plyujina, ¿no le parece? —dijo el redactor jefe.

«Ay, el subconsciente», pensé.

—Hágalo, amigo mío —me instó Turonok.

—¿Quiere decir... que lo cosa?

—Como le dije, sólo unas puntadas.

—La cuestión es que no sé coser.

—Haga lo que pueda.

Resumiendo, le cosí los pantalones. Tampoco es el fin del mundo.

Pasé por el fotolaboratorio para ver a Zbáňkov.

—Prepárate —le dije—. Nos vamos.

—Un momento —dijo él, súbitamente animado—. Ahora voy. Pero sólo llevo cuarenta kopeks encima. Zhora me debe setenta.

—A beber no. A trabajar.

—¿Trabajar? —dijo Zbáňkov arrastrando las sílabas.

—Necesitas dinero, ¿no?

—Y tanto. Sólo me quedan cuatro rublos hasta que cobre.

—Turonok nos envía tres días de viaje.

—¿Adonde?

—A Paida.

—¡Bien! Compraremos pescado ahumado.

—Eso mismo pensé yo. Venga, en marcha.

Llamé al despacho de Turonok:

—¿Puedo llevarme a Zbáňkov conmigo?

El redactor jefe pensó en ello.

—Seamos francos: usted y Zbáňkov forman un binomio peligroso... —Entonces debió de recordar algo reciente, porque cedió—. Bajo su responsabilidad. Y recuerde que es un encargo serio.

Así fue como empecé a ascender. Antes de aquello yo era como el rublo soviético, que a todos gusta y no puede bajar. Con el dólar es diferente. Subió a alturas increíbles y ahora cae y cae.

El viaje comenzó de manera insólita: a saber, Zbáňkov llegó a la estación completamente sereno. Vestía traje y parecía triste. Al principio ni siquiera lo reconocí.

Encontramos nuestros asientos y comenzamos a fumar.

—Bueno, bueno —dije—. Estás en plena forma.

—Ya ves, he decidido echar el freno un poco. Si no, corro riesgo de derrumbe generalizado. Tengo que pensar en la familia, los niños. El mayor tiene ya cuatro años. Mi mujer fue al parvulario. La directora se deshizo en elogios. Dice que está

bien desarrollado mentalmente. Es sensible, enérgico; ya practica el onanismo. Clavadito a su padre. Todavía es un renacuajo, pero ya se entera de muchas cosas.

Sobre la cabeza de Zbáňkov, su maletín de corresponsal tintineaba. El tren había comenzado a moverse.

—¿Crees que el vagón restaurante estará abierto? —preguntó Zbáňkov.

—Llevas priva, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Me pareció oír un tintineo.

—Será el líquido de revelar.

—Confiesa.

—Por supuesto que llevo bebida, naturalmente. Pero piensa un poco. Llegamos a las seis de la mañana. ¿Y si tenemos que enfrentamos a una resaca? ¿Qué haremos entonces? Todo cerrado. El vacío. Un vacío en el páramo.

—No tanto. Nos recibirá el secretario regional del Partido.

—Ya. Con media botella, ¿no? No esperarás que adivine qué tipo de gente somos.

—¿Y quién hablaba de echar el freno un poco?

—Yo. Y lo hice, una temporada. Pero eso fue hace prácticamente veinticuatro horas. Hace una era.

—El vagón restaurante está abierto —dije.

Atravesamos varios vagones. Los de primera clase estaban tranquilos. Pisamos pardas moquetas que ponían sordina a nuestros pasos. En los coches de segunda clase hubimos de disculpamos constantemente por atravesar sacos y cestas de manzanas.

Algunas veces, sin especial maldad, la gente nos maldecía. Zbáňkov les contestaba:

—Exprésense libremente. A propósito, no es necesario.

Las plataformas zumbaban, sacudidas por un viento helador. En el paso entre vagones, cuando abríamos las pesadas puertas accionando aquellas manijas inferiores de aluminio, el rugido aumentaba.

En el vagón restaurante apenas había gente. Junto a la ventana se sentaban dos comandantes con el rostro enrojecido y las gorras sobre la mesa. Uno decía acaloradamente al otro:

—¿Dónde está tu calibre, Vitya? Necesitas uno. Porque sin calibre, como tú mismo comprenderás...

Su compañero discrepaba:

—¿Estás enunciando un hecho? Pues sí. Y los hechos son los hechos. Y como se suele decir, ante un hecho, un hecho que...

En la esquina se sentaba una familia judía. Una muchacha bonita, algo rechoncha, envolvía una cucharilla con la esquina del mantel. Un muchacho algo mayor no dejaba de mirar su reloj. La madre y el padre hablaban con voz apenas audible.

Nos sentamos frente al mostrador. Después de un corto silencio, Zbáňkov dijo:

—Serge, explícame una cosa: ¿por qué la gente odia tanto a los judíos?

Supongamos que crucificaran a Cristo. Desde luego no debieron hacerlo. Pero ya han pasado muchos años desde aquello; y aun así, mira... Los judíos, los judíos... Vaguin es ruso, Tólstikov es ruso; y éstos no se habrían conformado con crucificar a Cristo; se lo habrían comido vivo. Ahí es donde habría que volcar el antisemitismo, en Tólstikov y Vaguin. Contra la gente como ellos profeso un antisemitismo fabuloso. ¿Tú no?

—Naturalmente.

—¿Por qué no lanzan una campaña antisemita contra Tólstikov? ¡Y contra todos los prebostes del Partido!

—Sí —dije—, no sería mala idea. Pero no grites.

—Y hablando de todo un poco, mira: ¿ves a esos cuatro de allí? No te gires. Están ahí sentados con toda naturalidad, pero hay algo en ellos que me pone enfermo. La gente de nuestra clase ya estaría revolcándose en su propio vómito. ¡Oquéi! Esos dos chusqueros están ahí dale que te pego. ¡Es normal! Pero aquellos cuatro se sientan ahí tan tranquilos, y en cierto modo eso me cabrea. Tal vez porque viven bien. Si yo fuera uno de ellos, tampoco viviría mal; si no fuera por el maldito vodka. Y hablando de todo un poco, no veo al servicio por ninguna parte.

Un comandante decía al otro:

—Es absolutamente esencial tener una escala de valores, Vitya. Una verdadera escala de valores. Más un punto de referencia. Ya que, sin una escala de valores y un punto de referencia, como tú podrás juzgar por ti mismo...

La objección que opuso el otro fue como la anterior:

—¡Eso es un hecho, Kolya! Y un hecho es un hecho por muchas vueltas que le des. ¡Un hecho es una realidad, Kolya! Es decir, algo... verdadero.

La niña dejó caer la cucharilla, que hizo un sonido metálico. Sus padres la regañaron en voz baja. El muchacho miró su reloj.

Apareció la camarera: una mujer con rizos apretados color cera autobrillante. Detrás de ella salió un camarero con una bandeja, que sirvió a la familia judía.

—Naturalmente, los judíos primero —dijo Zbáńkov, molesto. Se encaramó al mostrador—. Una botellita, de vodka, naturalmente. Y algo más flojo para empezar.

Brindamos y bebimos. De vez en cuando el tren frenaba y Zbáńkov se agarraba a la botella. Después, a otra.

Al final estaba bastante alterado; se puso rosa y pelma:

—¿Sabes, viejo? —gritaba—. ¡Yo trabajo con un objetivo gran angular! Un objetivo gran angular, ¿entiendes? ¡Soy un artista por naturaleza! Y tengo que fotografiar todo tipo de sandeces: caretos que ni siquiera me caben en el objetivo. Le hice una foto a uno de éstos que llevan aproximadamente ocho kilos de medallas, todas brillantes y deslumbrando a la cámara como el sol. ¡Acabé del tío hasta la coronilla! ¡Ni te lo imaginas! ¿Y qué me saco? Seis rublos, la tarifa oficial. ¡Seis rublos! ¿Por qué no van donde Ayvasovski para que les pinte un barquero por seis rublos? Yo soy un artista...

Era pasada la medianoche. Fue una lucha arrastrar a Zbáňkov hasta nuestro compartimento, y lucha y media conseguir que se tumbara. Le di una aspirina.

—¿Qué es esto? ¿Veneno? —preguntó; y luego se echó a llorar. Me acosté mirando a la pared.

El revisor nos despertó diez minutos antes de nuestra estación.

—Siguen durmiendo, y ya hemos pasado la estación de Ijiu —dijo con desaprobación.

Zbáňkov mantuvo la mirada perdida durante mucho tiempo. Luego dijo:

—Cuando todos los revisores se reúnen, seguro que alguno dice a los demás: «puedo perdonar muchas cosas; pero si alguien duerme mientras pasamos Ijiu, siempre se lo tendré en cuenta».

—Levántate —dije—. Nos estarán esperando. Al menos vamos a echamos un poco de agua a la cara.

—Ahora mismo sería agradable tener algo caliente para comer —dijo Zbáňkov distraídamente.

Saqué una toalla, el cepillo de dientes, jabón y la navaja de afeitar.

—¿Adonde vas?

—A sacrificar una oveja —dije—. ¿No querías algo caliente?

Cuando volví, Zbáňkov se estaba poniendo los zapatos.

Intentó enzarzarme en una conversación filosófica que empezaba: «¿Cuánto crees que bebimos anoche?», pero la interrumpí.

Estábamos llegando. La ventanilla mostraba distintas viñetas de la estación: un edificio de antes de la guerra, austeras ventanas, un reloj iluminado.

Bajamos al andén. Todo estaba húmedo y oscuro.

—Por alguna razón no oigo trompetas —dijo Zbáňkov.

Pero alguien se apresuraba hacia nosotros: era un hombre alto con aspecto serio, que gesticulaba a guisa de bienvenida.

—¿Los camaradas del periódico? —preguntó con sonriente interés. Dimos nuestros nombres.

—Por aquí, hagan el favor.

Junto a los retretes (es curioso cómo en las estaciones la arquitectura de los retretes recuerda a las obras maestras de Rastrelli) aguardaba un coche oficial. A su lado un hombre corpulento cubierto con un impermeable se sostenía alternativamente con un pie y con el otro.

—Livak, secretario regional del Partido —se presentó.

El que nos había recibido resultó ser el chófer. Ambos hablaban ruso casi sin acento. Lo más probable era que fueran estonios rusificados de Volosovo.

—¡El primer punto del orden del día es el desayuno! —anunció Livak.

Zbáňkov resucitó perceptiblemente.

—Pero todo está cerrado —dijo con timidez.

—Algo se nos ocurrirá —contestó el secretario.

Las pequeñas ciudades estonias son acogedoras y hospitalarias. De madrugada, Paida parecía tan sin vida como un dibujo. Letras de neón azules parpadeaban en la penumbra.

—¿Tuvieron buen viaje? —preguntó Livak.

—Excelente.

—¿Están cansados?

—Nada.

—Estupendo. En cualquier caso podrán descansar y desayunar...

El coche atravesó el centro de la ciudad, pasando junto a un hospital para tuberculosos y junto al edificio del Partido. Después nos internamos en otro laberinto de callejones suburbanos. Tras dos o tres virajes bruscos volvimos a salir a la carretera. A la izquierda quedaba un bosque; y a la derecha, la plana orilla y la blandura brillante de un río.

—¿Adonde vamos? —susurró Zbáňkov—. ¿No nos llevarán a una clínica de desintoxicación?

—Ya casi estamos —dijo Livak. Y como si hubiera adivinado sus pensamientos, añadió—: Aquí tenemos algo parecido a un balneario. Para un círculo restringido de invitados. Para nuestros visitantes.

—¿Qué te decía? —dijo Zbáňkov, encantado.

El coche se detuvo junto a un edificio de una planta erigido a la orilla del río. Paredes de listones blancos, una azotea acanalada, un garaje. Animando el cuadro, el humo se elevaba perezosamente por la chimenea. Había escaleras de cemento que conducían de la puerta a un pequeño embarcadero; y junto al amarre destacaba la figura blanca, semejante a un cuchillo, de un yate.

—Hemos llegado —dijo Livak—. Permítame que les presente.

En el umbral esperaba una mujer de unos treinta años, con chaqueta de paño y vaqueros. Su rostro era vivaracho, afable, ligeramente simiesco, con ojos oscuros y dentadura regular y sana.

—Bella Tkachenko —se presentó—, vicesecretaria del Comité Regional del Komsomol^[7].

Di mi apellido.

—Reportero gráfico Zbáňkov, Mijaíl —dijo en voz baja Zbáňkov, juntando sus raídos tacones.

—Bella Konstantinovna será su anfitriona —dijo cariñosamente Livak—. Pueden relajarse aquí un rato. Hay dos dormitorios, un estudio, una sauna y una sala de estar. También disponen de equipamiento deportivo y una pequeña biblioteca. Todo está previsto. Ya lo verán.

Después dijo algo en estonio. Bella asintió antes de llamar:

—Evi! Tule sinne!

Inmediatamente apareció una muchacha muy joven, vestida con camiseta y pantalones cortos. Tenía el rostro sonrosado y las manos ennegrecidas de carbón.

—Evi Sakson —la presentó Livak—. Corresponsal del periódico juvenil regional. Evi escondió las manos tras la espalda.

—No les molestaré —sonrió Livak—. De momento, su agenda es descansar y desayunar. Les espero en la sede central del Partido a las tres. Les firmaré los vales de sus dietas. Conocerán a la heroína de la historia. El material tiene que estar listo mañana a primera hora. Y ahora discúlpenme, tengo asuntos que atender.

El secretario del comité bajó enérgicamente las escaleras al porche. Poco después oímos arrancar el vehículo.

Se produjo un silencio embarazoso.

—Entren. No se queden aquí de pie —dijo Bella cayendo en la cuenta.

Pasamos a la sala de estar. Frente a la ventana un fuego parpadeaba en la chimenea, decorada con azulejos verdes. Había dos butacones en una esquina.

Nos mostraron el dormitorio. Dos amplias camas cubiertas de mantas a cuadros de pelo de camello. Sobre la mesilla ardía un leño de sándalo que iluminaba el techo con su luz trémula y rosada.

—Sus aposentos —dijo Bella—. Vengan a desayunar dentro de veinte minutos.

Zbáňkov se sentó con cuidado sobre una cama y por alguna razón se quitó los zapatos. Comenzó a hablar con miedo.

—Serge, ¿en qué lío nos hemos metido?

—No tengas miedo. Simplemente nos han ascendido.

—¿En qué sentido?

—Nos han confiado un encargo serio.

—¿Te has fijado en esas tías? ¡Son fantásticas! ¡Nunca he visto chicas así, ni siquiera en Gum^[8]! ¿Cuál te gusta más?

—Las dos están bien.

—Pero ¿no nos estarán provocando? Quiero decir: imagínate que le tiras los tejos a una y ¡cataplum!, acabas en el cuartelillo.

—¿Por qué pasar al ¡cataplum!? Relájate, habla, conversa...

—¿Conversar?

—Significa hablar con alguien.

—Aah —dijo Zbáňkov.

De repente se arrodilló y miró bajo la cama. Durante un buen rato examinó el enchufe eléctrico con desconfianza.

—¿Qué haces?

—Busco un micrófono. Aquí, naturalmente, debe de haber un micrófono. Un dispositivo de audición. Me lo contó un amiguete borrachuzo que sabe de estas cosas.

—Ya lo buscarás más tarde. Ahora vamos a desayunar.

Nos aseamos a toda prisa. Zbáňkov se cambió de camisa.

—¿Qué te parece? —dijo—. ¿Saco la media botella?

—No tengas tanta prisa —dijo—. Seguro que aquí tienen. Además tenemos que presentarnos en el Comité Regional.

—No estaba sugiriendo que nos la agarráramos. Sólo un trago, para irnos conociendo.

—No tengas tanta prisa —dije.

—Una cosa —me rogó—: no te arranques con una de tus conversaciones para intelectuales. A veces te enganchas con Shablinski y no os oigo más que hablar de «hipóstasis» o como se diga. Piensa en algo más fácil, tipo Serguey Esenin o Radio Armenia.

—Muy bien —dije—. Vamos.

La mesa estaba puesta en la sala de estar, con el surtido habitual de los comités centrales: fiambre del caro, caviar, atún, melcochas bañadas en chocolate.

Las chicas se habían puesto blusas de colores brillantes y ahora calzaban zapatos a la moda.

—Por favor, tomen asiento —dijo Bella.

Evi tomó una bandeja.

—¿Desean beber algo?

—¿Cómo no? —dijo mi amigo—. Lo contrario no sería cristiano. Evi trajo varias botellas.

—Coñac, ginebra con tónica, vino —ofreció Bella.

De repente Zbáňkov se puso tenso y dijo:

—Disculpe, sé de un coñac. Se llama KVN, o NKVD^[9].

—KVVK —corrigió Bella.

—Da lo mismo. Cuesta dieciséis con veinte la botella. Para eso es mejor comprar tres botellas de vodka.

—No se preocupe por eso —dijo Bella.

Evi le preguntó:

—¿Es usted alcohólico?

—Sí —dijo claramente Zbáňkov—, pero dentro de un orden.

Serví coñac a todo el mundo.

—Por nuestro encuentro —dije.

—Por nuestro agradable encuentro —añadió Bella.

—¡Adentro! —dijo Zbáňkov.

Bebimos y guardamos silencio. Sólo se oían cuchillos y tenedores.

—Cuéntenos algo interesante —dijo Evi.

Zbáňkov encendió un cigarrillo y comenzó.

—Chicas, básicamente la vida se parece a un calidoscopio: hoy parece de una forma y mañana de otra; hoy te agarras una cogorza y el día menos pensado puedes diñarla. ¿Te acuerdas, Serge, del desastre que fue lo de aquel cadáver?

Bella se inclinó adelante.

—Cuéntenoslo.

—Cuando murió el administrador de la televisión... Se llamaba Ilves. Tal vez era el director, no recuerdo bien. Lo seguro es que la palmó. Sus motivos tendría.

Celebramos el funeral, como debe ser. Asistieron los cámaras, las estrellas de la tele. Hubo discursos, naturalmente. Entonces llega el momento de la última despedida. Me acerco al ataúd y echo un vistazo. ¡No es Ilves! ¿Cómo no reconocerlo? Debo de haberlo fotografiado cien veces. Pero el tipo del ataúd es otro.

—¿Estaba vivo? —preguntó Bella.

—¿Cómo que vivo? Muerto, claro, como debe ser. Pero no era Ilves. Al parecer había habido una confusión de cadáveres en el depósito.

—¿Cómo terminó esto? —preguntó Bella.

—Se lo voy a contar: enterraron al otro tipo. Después de todo no se puede interrumpir una emisión en directo. Pero de noche cambiaron los ataúdes. Y de todos modos ¿qué más da? Da lo mismo, aunque sea diferente; no sé cómo decirlo.

—Una unión hipostática —tercié.

Zbáňkov me amenazó con el puño.

—Qué pesadilla —dijo Bella.

—Eso no es nada —Zbáňkov se estaba animando—. Les contaré una historia sobre alguien que se ahorcó. Pero primero tomemos otra copa.

Repartí el resto del coñac. Evi tapó su copa con la mano:

—Ya estoy bebida.

—Eso no es excusa —dijo Zbáňkov.

Las muchachas también encendieron cigarrillos. Zbáňkov esperó a que se hiciera el silencio y prosiguió:

—Bueno: la forma que este tipo eligió para ahorcarse es de traca. Era uno que iba de borrachera guarra en borrachera aún más guarra. Naturalmente su mujer está todo el día incordiándole. Así que decide ahorcarse. Pero no de veras; *decide fallarse*. Ya me entienden, darle un susto de los gordos. Su mujer se marcha atrabajar. Justo a la hora en que ella suele volver a casa, él se engancha a la araña de lámparas por los tirantes y se cuelga allí. Entonces oye pasos y pone los ojos virolos. Para montarle el numerito a la mujer, claro. Pero resulta que no es su mujer. Es una vecina, una señora de unos ochenta, de visita. Total, que la señora entra y se lo encuentra allí, colgado.

—Qué horror —dijo Bella.

—Bueno, resulta que la vieja es dura como el pedernal: no sólo no se desmaya, sino que se le acerca y ¡empieza a registrarle los bolsillos! A él, que tiene muchas cosquillas, le entra la risa floja; y ahora sí que a la buena señora le da el telele y ¡se queda tiesa! Y a todo esto él sigue ahí colgado y sin poder descolgarse. Hasta que llega la mujer y ve el panorama: la vecina muerta y el marido ahorcado. Entonces va al teléfono y el marido oye: «Vasya, ha pasado algo como de *Las mil y una noches*. Pero el caso es que ¡soy libre! Ven enseguida». Aquí el marido revive y dice: «Ya te daré yo “ven enseguida”. ¡Voy a sacarle los ojos a ese maricón!». Y aquí a la mujer también le da un patatús; y también la palma, pero de verdad.

—¡Qué horror! —dijo Bella.

—Hay cosas peores —dijo Zbáňkov—. Pero ¡bebamos!

—La sauna está lista —dijo Evi.

—¿Cómo? ¿Tenemos que desnudarnos? —preguntó Zbáňkov con inquietud, ajustándose la corbata.

—Desde luego —dijo Bella.

—Puedes desabrocharte la pierna —le dije a Zbáňkov.

—¿Qué pierna?

—La de madera, claro.

—¡Qué! —gritó Zbáňkov.

Agachándose, se remangó ambas perneras dejando ver las anticuadas ligas de colores que le sujetaban los calcetines y le ceñían las abultadas pantorrillas.

—Todavía juego al fútbol —insistía Zbáňkov—. Echamos partidos en un solar abandonado contra unos críos que entrenan allí. A veces vamos a curarnos el resacón.

—La sauna está lista —dijo Evi.

Pasamos a un vestidor. Carteles exóticos colgaban de la pared. Las chicas desaparecieron tras un biombo.

—Bien, Serge, nuestras almas están ascendiendo al Paraíso —musitó Zbáňkov.

Rápidamente, como un soldado, se quitó toda la ropa excepto sus calzonazos de satén. En el pecho tenía un tatuaje azul: una botella, un chupito, una silueta femenina y un as de corazones. Y en el centro, una inscripción en escritura ornamental eslava: «¡Así me busqué la ruina!».

—Vamos —dije.

En la atestada sauna, que simulaba una cabaña, hacía un calor insoportable. El termómetro marcaba noventa grados centígrados. Tuvimos que echar un jarro de agua fría para poder sentarnos sobre los tablones.

Las chicas llevaban bañadores de colores brillantes, modernos, divididos en dos tiras estrechas e inquietantes.

—¿Conocen las reglas? —dijo Bella, sonriendo—. Tienen que quitarse los objetos de metal. Podrían causar una quemadura.

—¿Como qué? —preguntó Zbáňkov.

—Como horquillas, imperdibles, pasadores...

—¿Y los dientes?

—Los dientes pueden dejárselos puestos —sonrió Bella—. Cuéntenos otra historia.

—Enseguida. Les contaré cómo alguien inundó una boda en mierda.

Las chicas se alarmaron en silencio.

—Un amigo mío era pocero: conducía un camión de saneamiento del alcantarillado. Su novia era una chica muy fina. «Qué mal hueles», solía decirle. «¿Y qué quieres que haga?», contestaba él. «Al menos me pagan bien». «¿Por qué no te haces taxista?», decía ella. «¿Qué? ¿Sabes lo que ganan? Ni para llenar el hueco de la muela». Al año ella se buscó otro tipo, uno sin olor. Así que le dije a mi amigo: «Se acabó. Ya no te quiero. Hemos terminado». Él se quedó destrozado, claro. Ella

organiza la boda con su novio. Alquilan un comedor público para el banquete; y están allí bebiendo y festejando... Se hace de noche. En ese momento aparece mi amigo con su camión de mierda, con perdón. Abre la espita, conecta la manguera y le da a la bomba. Lleva como cuatro toneladas de mercancía en el tanque. A los invitados les llega a las rodillas. Escándalo, gritos. ¡Toma regalo de bodas! Llega la policía. El comedor hay que reformarlo por completo. Y a mi amigo le caen siete años. Fin de la historia.

Las chicas estaban en silencio y algo descorazonadas. Yo sufría lo indecible por el calor. Zbáňkov no cabía en sí de gozo.

Comenzaba a hartarme. El alcohol se iba evaporando. Noté que Evi me miraba fijamente, no sé si con miedo o con respeto. Zbáňkov le susurraba acaloradamente algo a Bella Konstantinovna.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en el periódico? —le pregunté a Evi.

—Mucho tiempo —dijo Evi—. Cuatro meses.

—¿Te gusta?

—Sí, muchísimo.

—¿Dónde trabajabas antes?

—No trabajaba. Iba a escuela.

Tenía la boca infantil y el flequillo mullido. Hablaba con rapidez, seriedad y algún jadeo. Tenía un fuerte acento estonio y a veces destrozaba la gramática rusa.

—¿Qué te atrajo del trabajo en un periódico?

—¿Por qué no?

—¡Hay que mentir tanto!

—No, yo corrijo galeradas. Aún no soy redactora. Escribí un artículo y me dijeron que no era bueno.

—¿Sobre?

—Sexo.

—¡Qué!

—Sexo. Es importante. Debería haber revistas y libros especiales. Todo el mundo practica sexo, pero muchas veces incorrecto.

—¿Y tú sabes cómo hacerlo correctamente?

—Sí. Me casé.

—¿Y dónde está tu marido?

—Se ahogó. Bebió un algo de coñac y se ahogó. Estudiaba química a Tartu.

—Lo siento —dije.

—He leído mucho de tus artículos. Hay mucho de gracioso. Y mucho de puntos suspensivos... nada más que puntos. Me gustaría trabajar en Tallin. El periódico de aquí es muy pequeño.

—Tienes toda la vida por delante.

—Entiendo lo que dices sobre periódico. Muchas personas escriben no lo que realmente es. No me gusta así.

—¿Y qué te gusta?

—Me gusta poesía, Beatles... ¿Si digo qué más?

—Continúa.

—También me gusta tú.

Pensé que la había oído mal. Era sumamente inesperado. No sabía que fuera tan fácil acobardarme.

—¡Eres muy guapo!

—¿En qué sentido?

—Te pareces a Omar Sharif.

—¿Quién es Omar Sharif?

—¡Sharif es lo más!

Zbáňkov se levantó de improviso. Abrió la puerta. Torpemente bajó las escaleras de cemento y se metió en el río. Permaneció inmóvil un segundo. Luego agitó los brazos. Después lanzó un inverosímil aullido de animal mientras se zambullía salpicando cantidades anormales de agua. Del alterado fondo emergieron todo tipo de envases, maderamen y porquería flotante.

Durante aproximadamente tres segundos Zbáňkov desapareció. Entonces surgió una cabeza negra y desordenada, con los ojos frenéticos de un cachorro de meses. Tambaleante, Zbáňkov se encaramó a la orilla. Sus húmedos calzonazos militares se le ciñeron a los delgados lomos como a una escultura.

Después de rodear dos veces la cabaña al trote mientras entonaba la banda sonora de una película de moda, Zbáňkov se sentó sobre un anaquel de la sauna y encendió un cigarrillo.

—¿Qué tal? —preguntó Bella.

—Normal —contestó el fotógrafo haciendo chasquear ruidosamente la goma de sus calzones contra su vientre.

—¿Y usted? —dijo Bella dirigiéndose a mí.

—Prefiero una ducha.

Había duchas en el cuarto de al lado. Me duché y me vestí.

—No es más que una cría tonta y provinciana —me repetía a mí mismo—. Se toma tres copas de coñac y no sabe lo que dice.

Entré en la sala de estar y me serví un gintónico. Se oían salpicaduras de agua y bullicio de gritos.

De pronto apareció Evi, sonrosada. Tenía el bañador mojado.

—¿Estás enfadado con mí?

—En absoluto.

—Ya veo... Déjame darte un beso.

Al oír esto, me invadió la confusión. A mí, con toda mi experiencia.

—¿A qué estás jugando? —dije.

—No te engaño.

—Pero nos marchamos mañana.

—Irás aquí otra vez.

Avancé hacia ella. Es difícil conservar la sensatez ante una muchacha de diecisiete años recién surgida del mar. O, para ser más precisos, del río.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué te pasa? —dije.

—Esto era un beso a lo Judy Garland —dijo Evi—. Y también hace así...

¡Es asombroso cómo funcionan los hombres! ¿O soy el único? Uno sabe que todo es falso, una burda impostura del Partido con una pátina de Hollywood encima. Uno se da cuenta de todo pero es feliz como un niño.

Evi tenía los omóplatos puntiagudos y la espalda sembrada de fríos guijarros marinos. Gemía y temblaba. Una frágil mariposa multicolor en un puño a medio apretar.

Entonces se oyó un ensordecedor «¡Perdón!». Zbáňkov merodeaba en el umbral. Solté a Evi.

Él puso una botella de vodka sobre la mesa. Estaba claro que había decidido echar mano de sus reservas.

—Ya es mediodía —dije—. Nos estarán esperando en la sede central del Partido.

—Qué formal —sonrió abiertamente Zbáňkov.

Evi fue a vestirse. Bella Konstantinovna también se cambió de ropa. Ahora vestía un conjunto austero, monótono, de oficinista.

Yo pensaba: «si no hubiera sede central del Partido, ni vacas enloquecidas de leche; si pudiera vivir aquí sin ningún encargo serio». El yate, el río, las señoritas. Seguir adelante, dejarles mentir, coquetear, imitar a estrellas hollywoodienses de baratillo. ¡Qué cosa tan encantadora, las afectaciones femeninas! ¿Y si fueran el motivo por el que vine al mundo? Tengo treinta y cuatro años y nunca he vivido un solo día de despreocupación. No me importaría pasar uno sin preocupaciones, insatisfacciones ni deseos. Pero no, disponte a acudir a la sede central del Partido, donde hay relojes, retratos, pasillos, y por todas partes una infinita pretensión de seriedad.

—¡Eh, gente! ¡Ha llegado la segunda remesa! —anunció Zbáňkov.

Serví el vodka, llenando mi vaso casi hasta el borde. Evi me agarró de la manga.

—No bebas ahora. Más tarde.

—Bah, no pasa nada.

—Livak os espera.

—Todo irá bien.

—¿Cómo que irá? —dijo Zbáňkov con beligerancia—. ¡Todo ya va de maravilla! ¡Me ha venido el segundo aire! ¡Venga, adentro con ello!

Bella encendió la radio. Un barítono bajo declamaba unos versos dolorosamente adecuados al momento:

Nada es verdad en el mundo tonante,
pues nadie puede atrapar el instante.
Entre pasado y futuro, un destello:

lo que llamamos la vida es aquello.

Bebimos una y otra vez. Evi se sentó en el suelo al lado de mi butaca. Zbáňkov peroraba sin sentido, abandonándonos de vez en cuando para ir al lavabo. Al levantarse, decía con afectación:

—¿Tendrían inconveniente en que me familiarice con las instalaciones? —e invariablemente añadía—: Tengo que cambiarle el agua al canario.

De repente comprendí que había rebasado la línea ante la que hubiera debido detenerme. Sentía una ligereza engañosa y un falso coraje. La sensación de poder e impunidad creció.

—¡Que le den a la sede central del Partido! ¡Mishka, escancia!

Aquí Bella Konstantinovna tomó la iniciativa:

—Muchachos, vayamos allá y acabemos con este asunto. Después... Voy a llamar a un coche.

Y se dirigió al teléfono.

Metí la cabeza bajo el grifo. Evi sacó la polvera y dijo:

—No me veas.

Veinte minutos más tarde nuestro taxi se detenía frente al edificio del Comité. Durante todo el viaje Zbáňkov había cantado la siguiente copla:

¡Que no quiero, no quiero ir!
¡No digas chorradas, Manya!
Prefiero beber con mis amigos
hasta agarrarla y agarrarla.

Seguramente la tal Manya encarnaba al Comité Central en sus diversas esferas.

Evi seguía acariciándome la mano y susurrándome inquietantes indecencias. Bella Konstantinovna tenía aspecto severo.

Nos condujo por los amplios pasillos. Todo el mundo la saludaba.

En la primera planta nos recibió una gran estatua de Lenin en bronce. En la segunda, otro Lenin de bronce, aunque más pequeño. En la tercera, Karl Marx con una barba como una corona funeraria.

—Interesante. Me pregunto quién será el bedel del cuarto piso —dijo Zbáňkov, sonriendo con satisfacción.

Resultó ser otro Lenin, esta vez de escayola.

—Esperen aquí un momento —dijo Bella Konstantinovna.

Nos sentamos. Zbáňkov se hundió en un butacón. Sus raídos zapatos de saldo alcanzaban el centro de la sala de espera. Evi moderó ligeramente su pasión. Sus reclamos amorosos desentonaban demasiado con la propaganda circundante.

Bella nos abrió la puerta.

—Entren.

Livak hablaba por teléfono. Con la mano libre nos dio la bienvenida de modo alentador.

Finalmente colgó.

—¿Han descansado?

—Personalmente, yo sí —dijo beodamente Zbáňkov—. Me ha venido el segundo aire.

—Excelente. A continuación serán conducidos a la granja.

—¿Para qué? —exclamó Zbáňkov—. Ah, sí.

—Aquí están los datos sobre Linda Peips: sus estadísticas de producción, una breve biografía, menciones honoríficas. ¿Han traído los vales de sus dietas? Se los sellarán abajo. Si tienen la tarde libre, podemos ir a algún sitio. Las funciones teatrales son en estonio, es verdad. Pero está el Parque de Esparcimiento y Recreo. El bar del Intourist está abierto hasta la una de la madrugada. Bella Konstantinovna, organice una pequeña excursión para los camaradas.

—¿Puedo hablar libremente? —Zbáňkov levantó la mano.

—Por favor —asintió Livak.

—Estamos entre amigos, ¿correcto?

—Desde luego.

—Entonces lo soltaré sin más, como en la Marina.

—Le escucho.

Zbáňkov dio un paso al frente y adoptó un tono de complicidad:

—¿Y si traducimos todo esto al chupito?

—¿Cómo dice? —se asombró Livak.

—Quiero decir que beberíamos, digo deberíamos...

Livak me miró estupefacto. Yo le tiré de la manga a Zbáňkov. Echándose a un lado, prosiguió:

—¡Me refiero al grado enésimo del vodkeo en vez del teatro del drama! Por descontado le ruego locamente que me disculpe...

Atónito, Livak se volvió a Bella. Ella articuló bruscamente:

—El camarada Zbáňkov y el camarada Dowlátov han sido atendidos como corresponde.

—Mucho vino —añadió ingenuamente Evi.

—¿Qué significa «mucho»? —objetó Zbáňkov— «Mucho» es un concepto relativo.

—Bella Konstantinovna, ocúpese de todo —ordenó el secretario.

—Como en la Marina —aplaudió Zbáňkov—. Así se hace.

Decidí intervenir:

—Todo en orden —dije—. Tengo los datos. El camarada Zbáňkov tomará las fotos. El material estará listo a las diez de la mañana.

—Recuerde, la carta debe ser personal.

Asentí.

—Pero al mismo tiempo, el país entero la leerá.

Asentí nuevamente.

—Debe ser informativa...

Asentí por tercera vez.

—... sin dejar por ello de ser entrañable y cercana.

Volví a asentir. Tenía a Livak muy cerca. Temí exhalarle mis vapores alcohólicos. De todas formas creo que lo hice.

—Y no pierdan los papeles, camaradas —advirtió—. No se pasen de la raya. Éste es un asunto muy serio. Moderación.

—¿Quiere que les inmortalice a usted y a Dowlátov? —propuso Zbáňkov de repente—. Los dos son tipos vistosos.

—Otro día, a ser posible —contestó Livak con impaciencia—. Después de todo volveremos a vernos mañana.

—Muy bien —dijo Zbáňkov—. Así podré trabajar en un entorno más decente.

Livak guardó silencio.

Abajo esperaba un coche con el mismo conductor de la mañana.

—Haremos una visita a la granja y asunto terminado —dijo Bella.

—¿Está lejos?

—A unos diez minutos —contestó el conductor—. Aquí todo está cerca.

—Sería agradable conseguir algunos refrescos por el camino —me susurró Zbáňkov—. El depósito de combustible está casi vacío. ¡Jefe! —añadió dirigiéndose al conductor—: pare en la primera tienda. No nos delatará, ¿verdad?

—¿Por qué iba a importarme? —el conductor pareció ofenderse—. Yo tampoco soy un santo.

—¿Quiere usted sumarse?

—Estoy de servicio. Y ya tengo suficiente en casa.

—Muy bien, como usted prefiera. ¿Tiene usted un abridor?

—¿A usted qué le parece?

El coche se detuvo junto a una tienda de ultramarinos. La gente se agolpaba frente al mostrador. Zbáňkov, sosteniendo seis rublos en la mano, se abrió camino enérgicamente.

—Se me escapa el avión, tíos. Tengo un taxi esperando, ¿no? Mi hijo está enfermo... La perra de mi mujer está de parto.

Un minuto más tarde apareció con dos botellas de poción local.

El conductor le tendió un vaso algo turbio.

—Bueno, ¡que todo siga oquéi!

—Echa un poco —dijo—. De perdidos al río.

—¿Y quién hará las fotografías? —preguntó Evi.

—No te preocupes por Mishka. Es un profesional.

Muy cierto: el trabajo de Zbáňkov era excelente, por mucho que hubiera bebido. Y eso que tenía el equipo más obsoleto. Por lo general a los reporteros gráficos les

daban cámaras japonesas que podían costar hasta cinco mil rublos. A Zbáńkov, no. «Seguro que la vende para comprar alcohol», había decidido el redactor jefe. Así que Zbáńkov hacía sus fotos con una cámara soviética normal y corriente que valía nueve rublos. La llevaba en el bolsillo (había perdido la funda). Usaba el mismo revelador durante semanas. Siempre había colillas flotando en ese líquido. Y sin embargo las fotografías quedaban nítidas, naturales, con los agudos contrastes necesarios para publicarse en el periódico. Obviamente tenía un talento especial.

Finalmente tiramos para un edificio administrativo trufado de tablones de anuncios. Sobre la puerta había una pancarta roja con el lema «El hueso es una valiosa materia prima industrial». Había gente de pie sobre el pórtico. El conductor les preguntó algo en estonio y ellos nos mostraron el camino.

El establo era un edificio bajo bastante deprimente. Por encima de la entrada lucía una lámpara polvorienta que iluminaba las sucias escaleras.

Bella Konstantinovna, Zbáńkov y yo salimos del coche. El conductor fumaba. Evi dormitaba en el asiento de atrás.

De repente apareció un cojo que llevaba un bolso de cuero.

—Savkin, agrónomo jefe —se presentó—. Adelante.

Entramos. Al otro lado de los tabiques de tablones, se oían las pezuñas de las vacas. También, el tañido de cencerros, pesados suspiros y el crujido del heno. Los letárgicos animales nos inspeccionaron lánguidamente.

Las vacas tienen algo patético, algo abyecto y repulsivo que tiene que ver con su incapacidad de rehusar, su glotonería y su indiferencia. Ello a pesar de su tamaño y su cornamenta. Una vulgar gallina parece más independiente. Pero una vaca es como una maleta embutida de carne y pienso (en realidad no sé nada de ellas).

—Entren, entren.

Pasamos a un cuartucho atestado que olía a leche agria y a abono. La mesa estaba cubierta de hule azul. Una lámpara colgaba de un cable retorcido. A lo largo de las paredes amarilleaban las cajas de contrachapado para guardar ropa. En una esquina brillaba débilmente una ordeñadora automática.

Una mujer de mediana edad con un suéter verde se incorporó para saludarnos. Las medallas e insignias conmemorativas le brillaban sobre el caído pecho.

—Linda Peips —anunció Savkin.

Nos dimos la mano.

—Me voy —dijo el agrónomo jefe—. Si necesita algo, marque dos, dos, seis en el teléfono.

Con alguna dificultad encontramos un sitio donde sentamos. Zbáńkov sacó la cámara del bolsillo.

Linda Peips parecía un poco nerviosa.

—Sólo habla estonio —dijo Bella.

—No importa.

—Yo traduciré.

—Pregúntale cualquier cosa para hacemos una idea —me susurró Zbáňkov.

—Pregúntale tú —dije.

Zbáňkov se giró a Linda Peips y le preguntó lúgubre:

—¿Qué hora es?

—No traduzcas eso —le dije a Bella—. ¿Cómo obtuvo Linda tan altos resultados?

Bella tradujo. La lechera susurró algo en tono amedrentado.

—Anote esto —dijo Bella—: gracias al Partido Comunista y a su Comité Central leninista.

—Anotado —dije—. ¿Podría averiguar si pertenece al Partido?

—Sí pertenece —contestó Bella.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—Un momento —dijo Zbáňkov, apuntando con su cámara.

Linda se congeló, con los ojos fijos en algún punto imaginario.

—Ya está —dijo Zbáňkov—. Seis rublos al bote.

—¿Y la vaca? —preguntó Bella con sorpresa.

—¿Qué vaca?

—En mi opinión deberían fotografiarse juntas.

—Aquí no cabe una vaca —explicó Zbáňkov—. Y allí la iluminación es pésima.

—¿Y qué vamos a hacer?

Zbáňkov se metió la cámara en el bolsillo.

—Hay una tonelada de vacas en la oficina —dijo.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Bella.

—Que en los archivos tengo vacas para parar un tren. Recortaré a su Linda y la pegaré al lado de una.

Toqué la manga de Bella:

—¿Podría averiguar si es de familia numerosa?

Linda dijo algo en estonio. Enseguida Bella tradujo:

—Su familia es numerosa. Ella tiene tres hijos. La mayor está terminando el instituto; y el más pequeño sólo tiene cuatro años.

—¿Y su marido? —pregunté.

Bella bajó la voz.

—No ponga esto. El marido los ha abandonado.

—¡Uno de los nuestros! —se alegró Zbáňkov por alguna razón.

—Bueno —dije—, vámonos.

Nos despedimos. Linda nos miró marchar con expresión ligeramente decepcionada. Su trabajoso peinado le brillaba debido a la laca.

Salimos al camino. El conductor había logrado dar media vuelta. Evi, que vestía una chaqueta de ante, estaba apoyada sobre el morro del coche.

De pronto Zbáňkov se volvió un poco loco:

—Kiik! —gritó en estonio—. ¡Ya está! ¡Hemos terminado! ¡Adelante, camaradas! ¡En busca de nuevas fronteras! ¡De nuevos desafíos!

A la media hora estábamos sentados a la orilla del río. El conductor se despidió sobriamente y se marchó. Bella Konstantinovna le firmó los vales.

La tarde era cálida y clara. Más allá del río, el horizonte se puso carmesí. El agua reverberaba con tonos rosados.

Nadie quería ir adentro. Caminamos por el embarcadero. Durante un rato todos guardamos silencio. Entonces Evi me preguntó:

—¿Por qué viniste en Estonia?

¿Qué podía contestarle? ¿Le explicaba que no tenía casa ni patria ni refugio? ¿Que siempre había buscado este muelle apacible? ¿O que sólo le pedía una cosa a la vida: sentarme así, en silencio y sin pensar?

—Los abastos son buenos —dije—. Los bares cierran tarde...

—¿Y usted? —Bella se volvió a Zbáňkov.

—Luché aquí —dijo Zbáňkov— y terminé por quedarme. En una palabra, soy de las fuerzas de ocupación.

—Pero ¿cuántos años tiene?

—No tantos: cuarenta y cinco. Me pilló el final de la guerra cuando todavía era un niño. Serví de correo para el coronel Ader; y luego me hirieron.

—Cuéntenos —pidió Bella—. Cuenta muy bien las historias.

—No hay nada que contar. Me alcanzó algo de metralla. Fin de la historia de amor. ¿Qué, entramos?

Dentro de la casa el teléfono comenzó a sonar.

—Un minuto —exclamó Bella, sacando las llaves mientras corría.

Volvió enseguida.

—Yujan Oscaróvich quiere hablar con usted.

—¿Quién? —pregunté.

—Livak.

Entramos en la casa. El interruptor chasqueó y las ventanas se oscurecieron. Levanté el receptor.

—Hemos recibido una respuesta —dijo Livak.

—¿De quién? —No entendía.

—Del camarada Brézhnev.

—Eh... ¿cómo es posible? Aún no le hemos escrito.

—¿Y bien? Lo único que eso significa es que el personal de Brézhnev es un poco más eficiente que ustedes... que nosotros —se corrigió Livak educadamente.

—¿Y qué escribe el camarada Brézhnev?

—Envía sus felicitaciones, su agradecimiento por los éxitos logrados, sus deseos de felicidad personal...

—¿Entonces? —pregunté—. ¿Escribo el informe o no?

—Obligatoriamente. Es un documento. Espero que la oficina del camarada

Brézhnev retrase la fecha.

—Todo estará listo mañana a primera hora.

—Les estaré esperando.

Las chicas resucitaban las sobras de la comida. Zbáňkov y yo esperamos en el dormitorio.

—Misha —dije—: ¿no tienes la sensación de que todo esto les está ocurriendo a otros? ¿Que no somos tú y yo? ¿Que esto es una especie de juego idiota y nosotros somos meros espectadores?

—¿Sabes qué te digo? —dijo Zbáňkov—: no pienses. Simplemente no pienses; eso es todo. Yo llevo aproximadamente quince años sin pensar. Si piensas, se te quitan las ganas de vivir. Todo el que piensa es infeliz.

—¿Y tú? ¿Eres feliz?

—¿Yo? ¡En este momento estoy listo para poner el cuello en la soga! Lo único que me da miedo es sentir dolor en el último momento. Si uno pudiera dormirse y no volver a despertar...

—Y entonces ¿qué podemos hacer?

—Es como un dolor insufrible.

—¿Y qué podemos hacer?

—No pienses. Bebe vodka.

Zbáňkov sacó una botella.

—Parece que me voy a emborrachar —dije.

—¿Por qué no? —Zbáňkov me guiñó el ojo—. ¿Quieres beber a morro?

—Aquí hay un vaso.

—El placer no es el mismo.

Echamos un trago cada uno. No teníamos nada de comida para acompañar. El alcohol me produjo un placer similar al del estramonio. Los contornos de la vida se difuminaron.



El recuento de los acontecimientos que siguieron exige cierto grado de concentración.

Recuerdo la rehabilitación de los escasos artículos de lujo cortesía del Partido. Además un «caviar» de verduras también hizo acto de presencia, marcando el inicio de la decadencia. También la bebida decayó en calidad, de las reservas de Mishka a la vodka local más barato, pasando por cierto *slivovitz* yugoslavo.

Después de la décima ronda, Zbáňkov se irguió de manera amenazante y comenzó a gritar:

—¡Soy un artista! ¿Entiendes? ¡Un artista! ¡He fotografiado a la esposa de Jrushchev! ¡Incluso a Giscard d'Estaing, joder! ¡He expuesto en los Inválidos! ¡Y tú me hablas de una vaca!

—Vamos, tontín —le engatusó Bella—. Vamos, minino, te llevaré a la cama...

—Estás muy triste —me dijo Evi—. ¿Algo va mal?

—¡Todo —dije— es fabuloso! ¡Una vida de perros normal!

—Hay que pensar menos. Disfrutar a lo bueno.

—Eso mismo dijo Mishka: ¡bebe!

—Beber ya vale. Yo voy a hacer gustarte.

—No será difícil.

—Eres muy guapo.

—Es una vieja canción, pero ¡qué bien suena!

Me serví un vaso hasta el borde. Después de todo este estúpido día tenía que terminar de alguna forma. ¿Y cuántos más quedaban por delante?

Evi se sentó en el suelo al lado de mi sillón.

—Tú no te pareces como los otros —dijo ella—. Tienes carrera buena, eres guapo. Sólo tú estás a menudo triste. ¿Por qué?

—Porque sólo hay esta vida y no habrá otra.

—No pienses. A veces es mejor ser estúpido.

—Es un poco tarde para eso —dije—. Mejor beber.

—Sólo no estés triste.

—Eso se acabó. Me van a ascender. He recibido un encargo serio. Progreso hacia el Periodismo con mayúscula.

—¿Tienes coche?

—Mejor pregúntame si poseo un par de calcetines sin agujeros.

—Quiero un coche tanto.

—Lo tendrás. Seré rico y compraremos uno.

Bebí y me serví otro vaso. Bella arrastraba a Zbáňkov al dormitorio. Sus piernas colgaban como dos gladiolos marchitos.

—Nosotros también vamos —dijo Evi—. Tú ya te duermes.

—Enseguida —bebí y me serví otra vez.

—Vamos.

—Mira, me voy mañana. Y luego tú encontrarás a alguien con coche.

Evi quedó pensativa. Me apoyó la cabeza en la rodilla.

—Cuando yo me caso otra vez, sólo será con un judío —anunció—. ¿Por qué? ¿Crees que todos los judíos son ricos?

—Te explicaré: los judíos son circuncisos.

—Vaya.

—Los otros no.

—¡Qué canallas!

—No rías. Esto es un problema importante. Cuando no hay una circuncisión, puedes tener esmegma.

—¿Qué?

—Esmegma. Esto es una sustancia mala, un cancerígeno. Allí abajo. ¿Quieres que

yo te muestro?

—No, no. Será mejor que te limites a contármelo.

—Con circuncisión no tienes esmegma. Entonces no tienes cáncer de cuello de útero. ¿Sabes dónde está?

—Bien, digamos que tengo una idea general.

—La estadística dice, sin circuncisión hay más cáncer de útero. Y en Israel no existe.

—¿El qué?

—Cuello de útero... el cáncer de esto. Existe cáncer de la garganta, cáncer del estómago...

—No es mucho mejor —dije.

—Por supuesto —convino Evi.

Guardamos silencio.

—Vamos —dijo ella—. Tú te duermes.

—Espera. Tengo que amputarme el prepucio.

Bebí un vaso lleno y lo volví a llenar.

—Eres muy bebido. Vamos.

—Tengo que circuncidarme. O mejor, ¡cortar el cuello ese y la madre que lo parió!

—Eres muy bebido. Y enfadado con mí.

—No estoy enfadado. Pertenece a dos generaciones diferentes. Mi generación es una mierda y la tuya es fantástica.

—¿Por qué tú estás enfadado?

—Porque sólo hay esta vida. El momento pasa y se ha terminado y no volverá.

—Ya es la una por la mañana —dijo Evi.

Bebí y me serví otra vez. Y en aquel preciso instante sentí como si resbalara a través de algo. De repente me sentí como en el fondo de un acuario. Todo fluía, nadaba lejos de mí dejando una estela de luz que luego se desvanecía.

... Desperté al oír unos nudillos golpear en la puerta. Era Zbáňkov. Llevaba una bata deportiva.

Yo yacía en diagonal sobre la cama. Zbáňkov se sentó a mi lado.

—¿Qué tal? —preguntó.

—No preguntes.

—Cuando sea viejo —dijo Zbáňkov—, escribiré un testamento a mis nietos y bisnietos. Sólo tendrá una frase. Una sola. ¿Quieres oírla?

—Bueno.

—Una sola frase: no intentéis hacer el amor de resaca. Con tres signos de exclamación.

—Me siento horrible. Completamente horrible.

—Pues no has dejado nada para hacer una cura. Te lo metiste todo.

—¿Y dónde están nuestras damas?

—Haciendo el desayuno. Tienes que levantarte. Nos espera Livak.

Zbáňkov fue a vestirse. Metí la cabeza bajo el grifo. Después me senté a la máquina de escribir. En cinco minutos el texto estaba listo:

¡Estimado, respetadísimo Leónidas Ilych! Quisiera compartir con Vd. feliz acontecimiento: año pasado logré estadística sin precedentes ordeñando cantidad récord leche de una sola vaca.

«De una sola vaca», escribí intencionadamente. Me pareció la viva imagen de la verosimilitud y de la más conmovedora ingenuidad campesina.

Había que rematar la faena como fuera:

Otro acontecimiento feliz en mi vida: ¡en la granja me eligieron para pertenecer al Partido!

El estilo ya cojeaba visiblemente, pero no tenía fuerzas para revisarlo.

—El desayuno —llamó Bella.

Evi cortaba el pan. Le di los buenos días con aire culpable. En respuesta obtuve una sonrisa como un arco iris y una pregunta sincera:

—¿Cómo te sientes?

—Peor imposible —dije.

Zbáňkov investigaba a conciencia todas las botellas vacías.

—Ni un gramo —declaró.

—Tomaos el café —instó Bella—. El taxi está al llegar.

Me tomé el café y no me sentí mejor. Los sólidos estaban descartados.

—Aquí todavía queda algo que hace ruido —dijo Zbáňkov, vaciándose el bolsillo. Entonces miró a Bella Konstantinovna—. Mamá, ¿puedes echarme un rublo y medio?

Ella sacó el monedero.

—Te lo giraré de Tallin —dijo Zbáňkov.

—No importa, te lo has ganado —sonrió Bella cínicamente.

Se oyó una bocina.

Recogimos nuestros maletines y subimos al taxi. Al poco, estrechábamos la mano de Livak. Aprobó mi texto sin revisarlo. Es más, hizo un pequeño discurso:

—Estoy contento, camaradas. Han trabajado bien y se han relajado de forma civilizada. Me alegro de haberlos conocido. Espero que esta amistad se convierta en tradición. Porque un trabajador del Partido y un periodista son, en cierto modo, colegas, yo diría. Les deseo éxito en el arduo frente ideológico. ¿Alguna pregunta?

—¿Dónde está el bar? —preguntó Zbáňkov—. Estamos necesitados de una pequeña cura.

Livak frunció el ceño.

—Disculpe que use una expresión ordinaria de la lengua rusa —dijo antes de hacer una pausa a modo de reproche—, pero ¡se comportan ustedes como niños!

—¿Ni siquiera una cerveza? —preguntó Zbáňkov.

—Podrían verle —Livak bajó la voz—. Por aquí pasan todo tipo de personas. Ya

puede imaginarse lo que es la sede central del Partido.

—Bonito trabajo te has buscado —dijo Zbáňkov con un punto de compasión.

—De hecho, estudié ingeniería —dijo Livak de improviso. Todos permanecemos en silencio un momento. Entonces comenzaron las despedidas. Livak empezó a revolver papeles.

—El coche espera —dijo—. Llamaré a la estación. Vayan a la ventanilla cuatro y digan que van de mi parte.

—¡Chao! —dijo Zbáňkov agitando la mano.

Bajamos y subimos al coche. El Lenin de bronce nos miró marchar. Las chicas nos acompañaron para despedirse.

En el andén, Zbáňkov y Bella se apartaron.

—¿Irás aquí otra vez? —preguntó Evi.

—Desde luego.

—Y yo iré a Tallin. Llamaré a la redacción. Así tu esposa no estará enfadada.

—No tengo esposa —dije—. ¡Adiós, Evi! Por favor, no te enfades.

—No bebas tanto —dijo Evi.

Asentí.

—Porque entonces no puedes hacer sexo.

La abracé y la besé. Bella y Zbáňkov se acercaron. Por los gestos que él hacía era obvio que mentía como un bellaco.

Subimos a nuestro compartimento. Las chicas caminaban de vuelta al coche, charlando animadamente. No miraron atrás.

—En Tallin nos desharemos de nuestras resacas —dijo Zbáňkov—. Todavía me quedan casi seis rublos. Y ¿quieres oír algo realmente agradable? —Me guiñó un ojo. Una sonrisa jovial, triunfante, se le encendió en la cara—. ¿Te lo digo? ¡Zhora todavía me debe setenta kopeks!

COMPROMISO NOVENO

Estonia soviética. Julio. 1976

LA DISTANCIA MÁS DIFÍCIL. Tina Karu proviene de una familia muy unida; se graduó con medalla de oro; sirvió como secretaria del Komsomol; y siempre le gustaron los deportes. Aquí debe subrayarse un detalle característico de su persona: de entre varias especialidades deportivas «ligeras», eligió hacerse velocista del 400; y esta distancia, según los especialistas, es la que más energía consume, al exigir una combinación de velocidad, resistencia, fuerza explosiva e intensa voluntad de victoria. Una determinación obstinada, constancia y rigor, un estilo de vida ascético: he aquí los factores que han determinado el curso de la peripecia vital de Tina y el camino al objetivo fijado. Cuando dejó el instituto, Tina ingresó en la Facultad de Químicas de la Universidad de Tallin. Participó en las actividades de la Sociedad Científica de Estudiantes y cumplió entusiastamente sus deberes como komsomol. En su último año allí se incorporó al Partido Comunista. Aspirante al doctorado en Químicas, Tina está interesada en el mecanismo por el que las sustancias cancerígenas actúan en el organismo humano. Su tesis doctoral casi está terminada.

Tina Karu se fija altos objetivos, que para ella son realistas. Se puede confiar en que sus esfuerzos se verán coronados por el éxito, en que recorrerá la distancia más difícil.

Conocí a Tina Karu a través de amigos comunes. Una mujer interesante, bastante inteligente: una joven científica. Escribí una pequeña semblanza personal sobre ella para el periódico. De vez en cuando me topaba con ella en algún acto científico. Un día me llamó:

—¿Estás libre? Necesito hablar contigo.

Quedamos en el café Raya. Pedí ginebra. Ella dijo:

—Llevo cuatro años casada. Hasta ahora, todo había ido bien. Pero el verano pasado Rudi se fue a Moscú. Cuando volvió, empezó todo esto.

—¿?

—Algo extraño está ocurriendo. Él quiere... ¿Cómo explicarlo? De repente somos como extraños el uno para el otro...

Me puse tenso.

—¿Quieres decir sexualmente? —le pregunté sin rodeos.

—Eso mismo.

—¿De qué modo, entonces, puedo ayudar?

—¿Quieres decir que por qué recurro a ti? Eres el único hombre amoral que conozco. Así pues, quiero hacerte una consulta.

—No entiendo.

—Para hablar de la situación.

—La verdad es que no acostumbro a hablar de estos asuntos, ni siquiera con hombres. Pero un amigo mío tiene un libro titulado *Tecnología sexual*. Puedo tomarlo prestado, si quieres. Pero no por mucho tiempo. Es su libro de cabecera. ¿Tú lees el ruso sin problemas?

—Desde luego.

Le llevé la *Tecnología*. Es un libro maravilloso. Uno abre la primera página, titulada «Introducción», y ya es gracioso. Una de las secciones comienza así: «Para amantes con estómagos demasiado grandes, recomendamos la Posición n.º 7». El autor es tan compasivo que incluso presta atención a unos seres tan despreciados como los amantes panzudos.

Le conseguí el libro. Me lo devolvió una semana más tarde.

—¿Entendiste todo?

—Todo excepto una palabra: «lánguidamente».

Le expliqué lo que quería decir.

—Ahora me gustaría probar su uso práctico.

—¡Tienes mi bendición, hija mía!

—Pero no con mi marido. Necesito entrenamiento previo.

He de subrayar que no lo dijo coqueteando, sino a la estonia: con sentido práctico y semblante serio.

—¿Eres un amoral? —preguntó.

—No del todo.

—¿Significa esto que rehúsas?

—¡Tina! —rogué—. ¡Estas cosas no se hacen así! Tenemos una buena relación de camaradería... que con el tiempo quizás podría dar lugar a otros sentimientos...

—¿Cuánto?

—¡¿Cómo que cuánto?!

—¿Cuánto tiempo?

—¡Ay, Dios! No sé... Un mes, dos meses...

—Negativo. Tengo exámenes finales en abril. Preséntame a alguien. Preferentemente de cabellos morenos. ¿Tienes amistades de vida disipada?

—Casi exclusivamente —dije.



Me senté y pensé. Shablinski, desde luego, es un as, pero demasiado cínico.

Rosenshtein se está construyendo una *dacha* que no le deja fuerzas para nada más. Gulyayev... es rubio. Mitya Klienski tiene blenorragia. ¿Oska Chérnov? Tal vez sirva. Tímido y moreno pasión. Es un poco tacaño, pero servirá perfectamente. Para una vez, esas cosas no importan.

Hablé con Chérnov:

—¿Te has acostado con muchas mujeres?

—Con treinta y seis, incluidas cuatro que eran dudosas.

—¿Qué significa dudosas?

Oska bajó la vista.

—Cierta clase de desviaciones.

«Servirá», pensé. Le puse al corriente del asunto en pocas palabras. Oska estaba perplejo.

—Resulta que la conozco de vista. Y sí que me pareció atractiva. Pero reconocerás que hacerlo así, sin más, por puro utilitarismo...

—¿Qué te cuesta?

—Aunque no lo parezca, soy un caballero.

—Pues socorre a una dama.

Compré una botella de ron de mi bolsillo e invité a Tina y a Oska a mi apartamento. Tina me susurró:

—Lo he arreglado con una amiga. Puedo usar su apartamento durante tres horas.

Bebimos, fumamos y escuchamos la BBC. Oska trató de iniciar una conversación filosófica:

—Pues sí, las organizaciones perseguidas son las que más se aferran a la vida ante cualquier circunstancia y...

Tina le interrumpió:

—Tenemos que irnos. Si no, mi amiga podría regresar.

Se fueron. Por la mañana Tina me telefoneó.

—¿Qué tal ha ido? —pregunté.

—Me acompañó a la puerta y se marchó.

Llamé a Chérnov:

—¿Qué te ocurre? ¿No tienes conciencia?

—Mira, viejo: lo creas o no, no puedo. Por alguna razón no me sale.

—¿Qué clase de hombre eres, después de esto?

Oska se indignó.

—Me he comido más roscos que tú filetes rebozados. Pero nunca había conocido a una tía así. Lo más sorprendente es que me siento atraído por ella.

Volví a invitarlos. Serví el ron que no se bebieron la primera vez. Se fueron. Tina me llamó.

—¡Este amigo tuyo me tiene frita!

—No me digas que ha desertado otra vez —dije.

—Bueno, cogimos un taxi. Oska pagó en la oscuridad. Y resulta que le dio al

taxista un billete de diez rublos en vez de uno. Menudo disgusto se llevó al enterarse. Volvió a casa a pie. Yo le había visto darle los diez rublos al conductor, pero pensé que era una costumbre del Cáucaso, que quería impresionarme. Porque Oska es georgiano, ¿no?

—No, Oska es judío. Su verdadero nombre es Malkiel.

Le llamé una vez más.

—¡Venga, Oska, pórtate como un hombre!

—Verás: tenía un billete de diez rublos, otro de uno y algo de calderilla...

Por tercera vez los invité a mi apartamento.

—Escuchad —dije—. Esta noche duermo en la oficina. Y vosotros os quedáis aquí. Hay algo de aguardiente alemán en el frigorífico. Si suena el teléfono, no hagáis caso. ¿Cierro la puerta para que Oska no se escape?

—No te preocupes, que no voy a escaparme.

Me fui al periódico. Tenía turno de noche. Más tarde, Tina me llamó allí.

—Ven abajo un momento.

Bajé al vestíbulo. Ella sacó una tableta de chocolate y una botella de *whisky* Long John del bolso.

—Ven aquí —dijo—. Te voy a dar un beso. No tengas miedo: es un beso entre buenos camaradas.

Me besó.

—¡Si supieras qué agradecida te estoy!

—Agradéceselo a Oska.

—Le devolví los diez rublos que le dio al taxista.

—¡Qué vergüenza!

—No. Los ganó honradamente.

Me metí la botella en el bolsillo y volví arriba para terminar un artículo de tema ético.

COMPROMISO DÉCIMO

Vespertino de Tallin. Julio. 1976

CONDUCTA ASOCIAL. Esta mañana ingresó en el centro de desintoxicación n.º 4 el ciudadano E. L. Bush, que intentaba pasar por representante de la prensa de la república. E. L. Bush demostró su desobediencia a los empleados del centro, manifestándola en forma de mordiscos. Se decidió informar sobre este hecho en su lugar de trabajo, el cual hasta ahora no se ha podido determinar ni siquiera por aproximación.

Como es habitual se agotó el alcohol y como de costumbre yo ya suponía que esto iba a pasar. Pero con los entremeses no había ningún problema. No podía haberlo. ¿Qué problemas podía haber si Sebastiánov era capaz de dividir una manzana normal y corriente en sesenta y cuatro lóbulos?

Recuerdo que un par de veces salieron a comprar vodka «Streletskaia». Luego aparecieron unas chicas del *ballet* sobre hielo. Shablinski miraba a las mozas repitiendo:

—Nosotros derretiremos ese hielo... Nosotros derretiremos ese hielo...

Por fin me llegó el turno de ir a por vodka. Shablinski se ofreció a acompañarme. A la vuelta nos encontramos con que las chicas ya no estaban.

Shablinski dijo:

—Estas tías son más listas de lo que yo pensaba. Bebieron, comieron y se retiraron.

—Mejor —dijo Sebastiánov—. ¿Qué os parece si pongo a cocer unas patatas?

—¡Lo que faltaba! ¿Y por qué no una papilla?

Bebimos y nos pusimos a fumar. El alcohol hacía poco efecto. Hay que reconocer que emborracharse como es debido también es un arte...

Llamar a las chicas en estas circunstancias era tarea inútil. Si la borrachera fue un fiasco, entonces se acabó. Significa que te esperan continuas humillaciones. Hay que cambiar de entorno. El entorno, eso es lo que importa.

Recuerdo que Tofik Aliev solía contar:

—En casa tengo un piano, una alcoba, cucharas de plata... Cuadros casi de la época renacentista... Pero de sexo, cero. Sin embargo en el garaje: trastos, hule viejo, lona impermeable... Pues bien: en esa lona me lo hice con media academia de *ballet*. Muchas literalmente me suplicaban: «¡Vamos al garaje!». Dicen que allí el ambiente es más apropiado...

Shablinski se levantó y dijo:

—Vámonos a Tallin.

—Vamos —le digo.

Después de que las chicas hubieran desaparecido, todo me daba igual.

Shablinski trabajaba en el diario *Estonia soviética*. Estaba de visita en Leningrado una semana. Y ahora aprovechaba la ocasión para volver a casa.

Sebastiánov nos ofreció con indolencia que nos quedáramos. Nos despedimos y salimos a la calle. Pasamos por una tienda. Las botellas nos dilataban los bolsillos. Yo llevaba una camisa de manga corta y unas zapatillas deportivas. Incluso carecía de pasaporte.

A los diez minutos llegó el coche, un «Volga». Al volante estaba sentado un hombre taciturno a quien Shablinski llamaba Grishanya.

Durante todo el trayecto Grishanya mantuvo absoluto silencio. Se negó a beber vodka. Incluso me pareció que era la primera vez que Shablinski lo veía.

Enseguida dejamos atrás los deprimentes suburbios al noroeste de Leningrado. Después se sucedían los pueblecitos uniformados, la pálida hierba y el lento discurrir de los riachuelos.

Grishanya detuvo el Volga en la cuneta, abrió la puerta y se dirigió hacia unos arbustos. Mientras caminaba se desabrochó la bragueta con diligencia, como quien menosprecia todo convencionalismo.

—¿Por qué está tan tenebroso? —voy y le pregunto a Shablinski.

—No está tenebroso. Está procesado. Por soborno, si no me equivoco.

—¿Es que sobornó a alguien?

—No idealices a Grisha. Éste no da si no recibe. En cantidades ilimitadas, además. Y ahora está procesado. Ya le han prohibido abandonar la ciudad.

—Entonces ¿cómo ha salido?

—¿De dónde?

—De Leningrado.

—No: le prohibieron salir de Tallin.

—¿Y cómo ha salido de Tallin?

—Muy fácil. Coges el coche y te vas. Grisha ya no tiene nada que perder. Es cuestión de tiempo que lo detengan.

—¿Cuándo? —hice una pregunta de más.

—No antes de que nos lleve a Tallin...

En aquel momento Grisha regresó de entre los arbustos. Muy concentrado, se

abrochaba el pantalón mientras caminaba. Algo brillaba en sus fuertes muñecas.

«¿Las esposas?», pensé.

Luego discerní un par de relojes con pulsera metálica.

Seguimos nuestro viaje.

A partir de Narva el paisaje cambió. La naturaleza ahora parecía menos caótica; y las casas, más cuidadas y severas.

Shablinski bebió y se adormeció. Yo pensaba: «¿Adonde voy y para qué? ¿Qué es lo que me espera? ¡De qué manera tan tonta se me presenta la vida!».

Por fin estábamos acercándonos a Tallin. Atravesamos los impersonales arrabales de ladrillo. Algún edificio gótico pasó volando a nuestro lado. Y ya estamos en la plaza del Ayuntamiento.

La botella tintineó bajo el asiento. El coche se detuvo. Shablinski despertó.

—Ya estamos en casa —dijo.

Salí del automóvil. La calzada reflejaba difusas letras de neón. Planas fachadas se alzaban severamente entre la oscuridad. El paisaje recordaba las ilustraciones de los cuentos de Andersen. Shablinski me tendió la mano.

—Llama.

Yo no comprendía.

Entonces él dijo:

—Nellka está preocupada.

Aquí me quedé realmente perplejo. Llevado por la desesperación, llegué a preguntar:

—¿Qué Nellka?

—Mi mujer —dijo Shablinski—. ¿Lo has olvidado? Tú fuiste el primero que desconectó en la boda...

Hacía tiempo que Shablinski trabajaba en el periódico del Partido. El estatus de funcionario no le resultaba demasiado agobiante. Incluso conservaba cierto encanto.

Según mis observaciones, generalmente el encanto personal es difícil de destruir. Bastante más difícil que la razón, los principios o las convicciones. Ni siquiera décadas de trabajo en el Partido lo consiguen. El honor se pierde totalmente, pero el encanto se conserva. Yo incluso conocí (imagínense) a un encantador alcaide de una prisión mordova...

Resumiendo, Shablinski era una persona normal. Si incurría en alguna infamia, lo hacía sin poner en ella ahínco innecesario. Casi éramos amigos. Y ahora:

—Llama —repitió...

No era la primera vez que iba a Tallin, pero fueron viajes de trabajo. Es decir, fui provisto de los necesarios papeles, dinero y hoteles. Y lo más importante: con la sensación de tener un objetivo razonable aunque fuera trivial.

Pero ¿a qué había venido ahora? Acababan de despedirme de la redacción. Dinero en el bolsillo: dieciséis rublos. Mi único conocido tiene prisa por volver adonde su mujer. Queda Grishanya, en vísperas de detención.

En este momento Shablinski se queda pensativo y dice:

—Tengo una idea. Vete adonde Bush. Dile que vienes de mi parte. Estará encantado de darte cobijo.

—¿Quién es Bush?

—Bush es un tipo fantástico. Ya lo verás. Creo que te caerá bien. Teléfono: cuatro, dos ceros, once.

Nos despedimos. Grishanya estaba dentro del coche. Shablinski le saludó con la mano y dobló la esquina con rapidez. Y así me dejó tirado en una ciudad desconocida. Lo asombroso es que en una semana íbamos a trabajar en el mismo periódico y a mantener algo aproximado a una amistad.

En este momento la ventanilla del automóvil se bajó lentamente y se asomó Grishanya.

—¿Necesitas dinero? —preguntó.

El dinero hacía falta. Es más, era imprescindible. Sin embargo contesté:

—Gracias. Tengo dinero.

Por primera vez pude estudiar la cara de Grishanya. Se parecía a un buceador. Igual de solitario e impenetrable.

Tuve ganas de decirle algo agradable. Me asombró su nobleza, prestar dinero antes de que lo encarcelaran. ¿Cabe comportamiento más refinado ante tan categórico revés del destino...?

—Le deseo suerte —dije.

—Chao —contestó Grishanya sucintamente.



Del trabajo me despidieron a principios de octubre. No existía motivo concreto. Era una objeción contra el conjunto, por así decir. Probablemente me permití algún lujo de más.

Con los periodistas sólo se transige en una cosa, sólo les es dado violar algún principio de la moral socialista. Por ejemplo, a uno se le permite beber. A otro, hacer gamberradas. Al tercero, contar chistes políticos. Al cuarto, ser judío. Al quinto, no pertenecer al Partido. Al sexto, llevar una vida disoluta. Etcétera. Pero a cada uno, ya digo, una sola cosa. No se puede compaginar ser judío con emborracharse a diario. O ser gamberro con no pertenecer al Partido...

Yo era universalmente pernicioso. Es decir, me permitía un poco de todo.

Bebía, montaba escándalos, demostraba miopía ideológica. Además no pertenecía al Partido e incluso era medio judío. Por último, mi vida familiar se complicaba cada vez más.

Y me despidieron. Me citaron a la asamblea del Comité del Partido y dijeron:

—¡Basta! No olvide que el periodismo está a la vanguardia del frente ideológico. Y en el frente lo importante es la disciplina. Que es exactamente lo que le falta a

usted. ¿Está claro?

—Más o menos.

—Le damos una oportunidad de cambiar. Váyase a la fábrica. Distíngase en el duro trabajo físico. Hágase corresponsal obrero. Refleje en sus crónicas la auténtica vida...

Era demasiado.

—Pero si en nombre de la auténtica vida —les dije— ¡me vais a fusilar sumariamente!

Los miembros del consejo intercambiaron miradas de indignación. Me despidieron «a petición propia».

Después de aquello oficialmente no trabajaba. Redacté las memorias de un general. Hacía chapuzas para la radio. Escribí un panfleto titulado: «Los comunistas conquistaron la tundra». Pero incluso aquí cometí un grave error político. En el panfleto se hablaba de la construcción de Monchegorsk. Los hechos tuvieron lugar a principios de los años treinta. Entre los capataces había muchos judíos. Recuerdo algunos como Shimcus, Feldman, Rapoport... En el Comité Central de la localidad se enteraron y dijeron:

—¿Qué es este panfleto sionista? ¿Qué hacen estos judíos míticos en la tundra? ¡Destruyan toda la tirada inmediatamente!

Al menos me había dado tiempo a cobrar mis honorarios. Después escribí reseñas internas para las revistas. Colaboraba con la televisión anónimamente. En definitiva me había convertido en un creador libre. Y al final acabé en Tallin.

Cerca de la tienda de *souvenirs* había una cabina telefónica. Recordé los números: cuatro, dos ceros, once.

Llamo. Contesta una voz femenina.

—Hoda, cariño.

Pregunté por Erik Bush. La respuesta fue:

—Ha sadido. Estoy readmente preocupada. Me dio su padabra de que no se retrasaría. ¿Por qué no viene a casa? Habdaremos un rato.

Juiciosamente la mujer me dictó la dirección. Me explicó cómo llegar.

El pequeño tranvía estonio se balanceaba en las curvas. A los veinte minutos ya estaba en el Kadriorg. Encontré con facilidad la casa de madera, que amenazaba derrumbe. Me abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años, delgada y de pelo color azul macilento. Los volantes de su salto de cama lila le llegaban hasta las doradas babuchas. Llevaba mucho maquillaje. Sus mejillas ardían de rubor químico. Parecía una heroína de opereta.

—Érik está en casa —dijo—. Pase.

Se produjo un atasco en el recibidor. Al entrar en la habitación, me quedé paralizado. Nunca había visto un caos tan monstruoso.

La mesa del comedor estaba llena de vajilla sucia. Jirones verdosos de empapelado colgaban hasta el suelo. Sobre la rasgada alfombra se amontonaba una

gruesa capa de periódicos. Una gata siamesa revoloteaba de un rincón a otro. Junto a la puerta se alineaban botellas vacías.

Un hombre de unos treinta años se incorporó de un sofá abombado por el uso. Tenía la tez morena y un rostro varonil, de película de Hollywood. Un clavel decoraba la solapa de su chaqueta de importación. Sus botines brillaban. Con aquella vivienda de fondo. Érik Bush parecía llegado del cosmos.

Nos saludamos. Torpe y atropelladamente, le expliqué el caso.

Bush sonrió y de repente empezó a hablar en verso libre pero melodioso:

—¡Pasa, visitante de medianoche! Dispon de nuestro trastero. La cafetera está al fuego. En el armario hay queso holandés. Te convertirás en mi hermano. Para Galina, serás un amigo. Quiérela como a una madre. Ámala como un hijo. Da igual que nos rodee una leonera...

—Tenemos bollitos dudosos —intervino Galina.

Bush la interrumpió con un gesto suave pero enérgico:

—¡Da igual que nos rodee una leonera...! ¡Hay desastres más horribles! No importa que el viento entre por la ventana. No importa que el retrete esté sucio... Lo importante, y esto es un hecho, es que aquí no existe el poder soviético. ¡La libertad es mi divisa, mi fetiche, mi ídolo!

Yo me comportaba como si todo esto fuera normal. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Marcharme cuando ya era la una de la mañana? ¿Ir al dispensario?

Además la locura humana no es lo peor. Con los años se va acercando a la norma. Y la norma se vuelve antinatural.

Un hombre normal me dejó plantado en completa soledad. Y el subnormal me ofrece café, amistad y el trastero...

Algo turbado, dije:

—Ser su invitado es muy halagador. De todo corazón, gracias por su hospitalidad. Además, como es sabido desde hace tiempo, todo el mundo pasa de mí...

Luego tomamos café y bollos con mermelada. La gata siamesa saltó sobre mi cabeza. Galina puso un disco de Offenbach.

Nos retiramos cerca de las dos de la mañana.



Viví unas tres semanas en casa de Bush y Galina. Cada día me caían mejor. Sin embargo ambos eran perfectos esquizofrénicos.

Érik Bush provenía de una familia bastante respetable. Su padre era doctor en Ciencias y catedrático de Matemáticas en Riga. La madre dirigía un sector en el Instituto Textil de la república. A los siete años Bush llegó a odiar a ambos. Por alguna milagrosa circunstancia, era antisoviético e inconformista de nacimiento. Llamaba arribistas a sus padres.

Al acabar el colegio, Bush abandonó Riga. Durante más de un año navegó en una

chalupa. Luego se ganó la vida haciendo fotos en la playa. Estudió en la Facultad a distancia del Instituto de Cultura de Leningrado. Cuando acabó, se hizo periodista.

Se supone que esta profesión estaba vedada a alguien de su mentalidad. Bush no se limitaba a criticar el orden vigente. Bush negaba la propia realidad histórica. En particular, la Victoria sobre la Alemania fascista.

Aseguraba que no había sanidad gratuita. Exponía sus dudas sobre nuestra hegemonía en la carrera espacial. A la tercera copa, gritaba:

—¡Gagarin no fue al cosmos! ¡Y Titov tampoco! Y todos los cohetes soviéticos son enormes latas de conservas llenas de barro...

Supuestamente, una persona así no tenía sitio en el periodismo soviético. Sin embargo Bush eligió precisamente esta profesión. El decidido inconformismo convivía en él con la absoluta falta de escrúpulos. Son cosas que pasan.

En las maneras artísticas de Bush se notaba su formación expresionista alemana. Una de sus crónicas empezaba así: «Llegó la hora del estrellato para el ganado cornúpeta. Los participantes en el Congreso de Veterinaria iniciaron sus trabajos. Los oradores se turnan oliendo a leche y a boñiga...».

Al principio Bush trabajaba en un periódico de provincia. Pero la remota provincia le aburrió rápidamente. Tenía demasiada personalidad para una pequeña ciudad del norte.

Hace dos años que Bush llegó a Tallin. Se instaló con una mujer mayor.

En Bush había algo que influía en las mujeres mayores como un sino. A saber: pobreza, belleza, humor sarcástico; y lo más importante: absoluta ausencia de carácter.

En dos años Bush había seducido a cuatro mujeres mayores. Galina Arkádyevna era la quinta y la más querida. Las demás habían conservado un sentimiento de gratitud y adoración hacia Bush.

Las malas lenguas llamaban a Bush gigoló. Eso era injusto. Su amor por las mujeres mayores estaba guiado por motivos de orden altruista. Benévolamente, Bush les permitía volcar sobre él cataratas de emociones amargas y atrasadas.

Poco a poco empezaron a forjarse leyendas sobre Bush. Protagonizaba historias continuamente.

Una noche, muy tarde, Bush atravesaba el Kadriorg. Se le acercaron tres tipos. Uno de ellos, especialmente tenebroso, articuló:

—Dame tabaco.

En una situación así, ¿cómo se comporta una persona normal? Hay tres opciones dentro de un comportamiento relativamente razonable:

- 1) tender sin inmutarse el paquete de cigarrillos,
- 2) pasar de largo con rapidez, o mejor dicho, salir corriendo; y por último,
- 3) noquear al más cercano y huir urgentemente.

Bush eligió la opción más funesta, la más heterodoxa. En respuesta a tan desabrido requerimiento, dijo con mucho estilo:

—¿Cómo que dame? No recuerdo que hayamos brindado en *Brudershaft*.

Más le hubiera valido hablar en verso. Podrían haberlo tomado por un loco. Pero casi lo matan de la paliza. Probablemente a los gamberros les sacó de quicio el enigmático término *Brudershaft*^[10].

Perdiendo el conocimiento, Bush susurraba:

—¡Alborozaos, gañanes! ¡Contemplo en vuestros rostros el rudo triunfo de la carne...!

Se pasó una semana en el hospital. Tenía varias costillas rotas y un dedo dislocado. Su frente quedó decorada con una romántica cicatriz...

Bush trabajaba en *Estonia soviética*. Durante cerca de año y medio ejerció como corresponsal fuera de nómina. Se rumoreaba que querían hacerlo fijo. Sonriendo, el redactor jefe le miraba de reojo de vez en cuando. Los compañeros le trataban bien. Especialmente las mujeres mayores. Al verlo, empezaban a cuchichear y se ruborizaban.

Estar en nómina significaba mucho. Y más en el diario de la república. En primer lugar, un sueldo fijo. Además, ayudas sociales de diversa índole. Por último, cierto grado de impunidad. Resumiendo, era la principal dádiva con que el régimen premiaba a su *nomenklatura*.

Bush aguardaba con inquietud su incorporación a la plantilla. Ya he dicho que tenía doble personalidad. En él la rebeldía cohabitaba armónicamente con una completa ausencia de principios. Solía decir:

—Para derribar el régimen, tengo que convertirme en uno de sus pilares. Entonces todo el edificio empezará a tambalearse.

Se acercaba el 7 de noviembre, Fiesta Nacional. El redactor jefe llamó a Bush y le dijo:

—Ernst Leopóldovich: se ha decidido encomendarle una tarea de suma importancia. Recogerá un salvoconducto en Secretariado. Acudirá al puerto marítimo, sección mercantil. Hablará con varios capitanes de navíos occidentales. Elija uno, el que más simpatice con el ideario socialista. Formule algunas preguntas. Recabe respuestas más o menos correctas. En definitiva, hágale una entrevista. Sería conveniente que el marino le felicitara por el sexagésimo tercero Aniversario de la Revolución de Octubre. Esto no significa que tenga que gritar eslóganes políticos. En absoluto. Basta con que sea una felicitación respetuosa y comedida. Es todo cuanto necesitamos. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Bush.

—Necesitamos específicamente un marino occidental: sueco, inglés, noruego, un típico representante del sistema capitalista. Pero simpatizante del Estado soviético.

—Lo encontraré —le aseguró Bush—. De vez en cuando tropieza uno con gente así. Recuerdo que en Jabarovsk hablé con un oficial de la Marina Real Suiza. Era nuestro hombre. Citaba constantemente a Lenin.

El redactor jefe enarcó las cejas y quedó meditabundo. Con un tono de reproche,

dijo:

—En Suiza, camarada Bush, no tienen mar ni Rey. Y en consecuencia, no tienen Marina Real. Creo que se equivoca en algo.

—¿No hay mar? —se asombró Bush—. ¿Y qué es lo que tienen, según usted?

—Tierra —contestó el redactor jefe.

—Así que tierra —Bush no daba su brazo a torcer—. Interesante. Muy interesante. ¿Y tampoco tienen lagos? Los famosos lagos de Suiza.

—Lagos tienen —accedió el redactor jefe a regañadientes—. Pero Marina Real, no... ¡A trabajar! Y por favor, condúzcase con más seriedad. Como es sabido, estamos pensando en ofrecerle un contrato. Este encargo es decisivo en muchos aspectos. Le deseo suerte.



El puerto de Tallin se encuentra a veinte minutos en coche del centro de la ciudad.

Bush se dirigió hacia su encargo en taxi. Entró en la redacción de un diario portuario de gran tirada. Estaban celebrando el 40.º cumpleaños del fotógrafo Liev Baránov. A Bush le ofrecieron un vaso de licor. Bush se lo bebió con entusiasmo y dijo:

—No, gracias. Estoy trabajando.

Bebió un poco más. Llamó al práctico del puerto. Éste le recomendó un buque de mercancías de Alemania occidental llamado «Edelweiss».

Después de tomarse otra copa, Bush se dirigió al muelle de carga número 4.

El capitán salió a la escala a recibir a Bush. Era el típico lobo de mar: delgado, colorado y de perfil aguileño. Se llamaba Paul Rudi. El práctico le había avisado de la visita de un periodista soviético. Invitó a Bush al camarote.

Entablaron conversación. El capitán hablaba un ruso aceptable. Prefería el coñac francés.

—Esto es Cordon Bleu —decía—. Se lo recomiendo. Doscientos marcos la botella.

Consciente de estar emborrachándose, Bush se tomó el tiempo de hacer una pregunta:

—¿Cuándo soltáis amarras?

—Mañana a las once y media.

Ya no era necesario hablar del asunto. Justo antes de zarpar, el capitán podía decir lo que se le antojase. ¿Quién iba a comprobarlo?

La conversación era sencilla y franca.

—¿Te gustan las mujeres? —preguntó el capitán.

—Sí, las quiero —dijo Bush—. ¿Y tú?

—¡Cómo no! —dijo el capitán—. Aunque mi Louiza no se da cuenta de ello. Me gustan las mujeres, la bebida y el dinero. ¿A ti te gusta el dinero?

—He olvidado qué aspecto tenía. Eran unos papelitos de distintos colores, ¿no?

—También viene en círculos metálicos.

—Ay, ¡lo amo más que al fútbol! Incluso más que a las mujeres. Pero sólo platónicamente...

Bush bebía y el capitán no se quedaba atrás. En el camarote flotaba el humo de cigarrillos americanos. Desde algún invisible punto radiofónico sonaba música hawaiana. La conversación iba ganando en sinceridad.

—¡Si supieras —decía el periodista— cuán asqueado estoy de todo! ¡Hay que salir de este maldito país!

—Lo entiendo —asentía el capitán.

—¡Tú no puedes entenderlo! ¡Para ti, Paul, la libertad es como el aire! No la percibes. Simplemente la respiras. Un pez arrojado a la orilla sí podría entenderme.

—Comprendo —decía el capitán—. Pero hay salida. Tú eres alemán. Puedes emigrar a la Alemania libre.

—En teoría es posible, pero en la práctica está descartado. Sí, mi padre es un alemán rusificado, de Kurlandia. Mi madre es polaca. Los dos militan en el Partido desde el año 36. Los dos son unos arribistas, esbirros del régimen. No firmarán los papeles necesarios.

—Comprendo —repitió el capitán—. Pero hay otra salida. Enrólate en la marina mercante. Consigue un visado y, en cuanto atraques en un puerto occidental, corre a pedir asilo.

—Eso es pura ficción. Estoy en la lista negra. Nadie me dará un visado. Ya lo he intentado... Por desgracia, estoy predestinado a una muerte lenta.

—Comprendo... Podría esconderte en el «Edelweiss», pero es muy arriesgado. Si te descubren, te acusarán de traición.

Las deliberaciones del capitán eran razonables. Demasiado razonables. Hay que admitir que para ser extranjero era bastante competente. A una persona serena esto le habría despertado alguna sospecha, pero para entonces Bush estaba completamente borracho. Se puso a perorar:

—Libre no es aquel que lucha contra el régimen. Tampoco el que supera el miedo. Sino aquel que no lo padece. ¡La libertad, Paul, es una función corporal! ¡Tú no puedes entenderlo! ¡Porque tú naciste libre como un pájaro!

—Comprendo —contestó el capitán...

Hacia la medianoche, Bush bajó la escala. Sus pasos se hacían cada vez más lentos. Levantando el puño, invocaba al *Rotfront* mientras hacía el signo de la victoria.

—¡Victoria...!

Comprensivo, el capitán le miraba alejarse...

Al día siguiente Bush se presentó en la redacción. Estaba irritado pero sereno. Sus cigarrillos desprendían un aroma agradable. La «Parker» le asomaba por el bolsillo.

Bush entregó su artículo a las mecanógrafas. Tenía un título largo y hermoso:

«¡Volver a probar el pan de centeno!». Empezaba así:

Me encontré con el capitán Paul Rudi en la sala de máquinas. El navío mercantil «Edelweiss» se disponía a zarpar. La gastada maquinaria exigía una revisión a fondo.

—Al patrón sólo le interesa el beneficio —se queja el capitán—. Veinte veces le he aconsejado sustituir las bielas. En cualquier momento pueden explotar en mar abierto. Pero claro, el patrón viaja en yate. Y nosotros aquí, a pleno sol, como diablos en la caldera...

El final decía así:

El capitán se limpió las encallecidas manos con un paño. La barba le brillaba como el azabache. Su pipa de barro le colgaba de la comisura, resaltando su cuadrada mandíbula. Guiñándome el ojo, me dijo:

—¡Recuérdalo, muchacho! La libertad es como el aire. Uno la respira sin darse cuenta... Los soviéticos no pueden entenderlo. Porque ellos han nacido libres como pájaros. A mí sólo me puede entender un pez arrojado a la orilla... ¡Por eso volveré! ¡Volveré otra vez a probar de nuevo el pan de centeno! ¡El fragante pan de la libertad, igualdad y fraternidad...!

—No está mal —dijo el redactor jefe—. Vivo y convincente. Lo único que me hace dudar es... ¿de veras dijo algo semejante?

Bush se asombró:

—Y ¿qué otra cosa podía decir?

—De todas formas... sí, tiene razón —dijo, sin insistir más...

El artículo se publicó. Al día siguiente llamaron a Bush al despacho del redactor jefe. Allí se encontró con un desconocido de unos cincuenta años. Su cara expresaba total indiferencia y, a la vez, total concentración.

El redactor jefe parecía haberse apartado a un segundo plano. En cambio, estaba claro, pese a su inexpresividad, que el visitante se había adueñado del despacho. Lo llenaba. Incluso el busto de yeso de Lenin pareció reducirse sobre su pedestal acolchado con tela roja.

El hombre miró a Bush y dijo con voz apenas audible:

—Cuéntanos.

Hecho un flan, Bush articuló:

—¿El qué? ¿A quién? Y sobre todo, discúlpeme: ¿con quién tengo el honor...?

La respuesta fue breve, como si estuviera escrita sobre la línea de puntos de un formulario:

—Sobre la entrevista... A mí... Sorokin... Coronel Sorokin...

Tras mencionar su graduación, el coronel guardó silencio, como si hubiera agotado sus energías.

Algo obligó a Bush a obedecer. Empezó a narrar su artículo sobre el capitán Rudi.

El coronel escuchaba sin atención. Mejor dicho, casi estaba adormecido. Recordaba a un profesor que hiciera una pregunta de respuesta obvia a un estudiante muy poco aplicado.

Bush seguía narrando de acuerdo con lo expuesto en el artículo. El final de su discurso no estuvo exento de patetismo:

—¿Dónde estás, Paul? ¿Adonde te lleva el viento de los viajes lejanos? ¿Dónde

estarás ahora, amigo extranjero?

—En la cárcel —contestó de improviso el coronel. Y golpeando la mesa con el periódico como si estuviera matando una mosca, agregó inequívocamente—: Paul Rudi ha sido arrestado por traición a la Patria. Su verdadero apellido es Ryutti. Es un fugitivo estonio. En el año 70 huyó en una lancha a través de Suecia. Se estableció en Hamburgo. Se casó con Louiza Reischvitz. Llevaba cuatro años en la marina mercante de Alemania occidental. Por fin realizó una travesía a Estonia. Hacía tiempo que le esperábamos...

El coronel se volvió hacia el redactor jefe:

—Déjenos solos.

El redactor jefe se sintió incómodo al verse expulsado de su propio despacho.

—Claro. Precisamente me disponía a examinar unas ilustraciones —rezongó al salir.

El coronel se dirigió a Bush:

—¿Qué puede decirme al respecto?

—Estoy asombrado. ¡No tengo palabras!

—Como se suele decir, falta de coordinación.

Bush todavía se aferraba a su versión de los hechos:

—Le he descrito todo tal como sucedió. Nunca sospeché del pasado del capitán Rudi. Lo percibí como un extranjero de talante progresista.

—Muy bien —dijo el coronel—. Admitámoslo. Aun así, su situación es desairada. Bastante desairada. Una mancha en su reputación periodística. Incluso diría un baldón ideológico. Ha bajado usted la guardia. Hay que hacer algo...

—Exactamente ¿qué?

—Tenemos una idea. ¿Quiere ayudarnos? Lógicamente, le recomendaremos para una plaza fija.

—¿En el KGB? —preguntó Bush.

—¿Por qué en el KGB? En el diario *Estonia soviética*. Hace tiempo que sueña con ella. Está en nuestras manos acelerar esta decisión. Los plazos dependen de usted.

Bush se sobresaltó. El coronel Sorokin prosiguió:

—Su testimonio podría ser de interés.

—¿Es decir?

—A propósito del capitán Rudi... Declare que él quería aprovecharse... Abusar en el sentido de una perversión sexual...

—¿Cómo?! —Bush dio un respingo.

—¡Tranquilo!

—Pero ¿por quién me toma? ¡Nunca pensé que el KGB utilizara semejantes métodos!

Los ojos del coronel brillaban como una cuchilla de afeitar. Su rostro estaba congestionado de ira. Se incorporó del sillón:

—Por favor, sin palabras altisonantes. Le aconsejo que se lo piense. Su futuro está en el aire.

Pero aquí Bush también sacó pecho. Lentamente, extrajo su cajetilla de rubio americano. Encendió un pitillo con su «Ronson». Con tranquilidad, dijo:

—Su oferta es amoral. Va totalmente en contra de mis principios morales. Lo que me faltaba, gustarle a un homosexual. En definitiva, me niego. Las perversiones sexuales no son lo mío. Si quiere, escribiré que él intentó emborracharme. Pero ni siquiera esto me parece completamente honrado...

—Bien —dijo el coronel—. Está todo muy claro. Me temo que usted saldrá perdiendo.

—Contra el KGB se pierde siempre —rió Bush.

No había más que hablar. El coronel abandonó el despacho. Ya en la puerta, dijo inopinadamente:

—Es usted mejor de lo que yo pensaba.

—¡Coronel, no pierda el estilo! —contestó Bush.



Bush perdió su trabajo de colaborador con el periódico. Puede que fuera por Sorokin. Pero seguramente el redactor jefe puso de su parte. Bush volvió a dejarse mantener por las mujeres mayores. Tampoco es que antes fuera diferente.

Justo entonces Bush conoció a Galina. Antes de eso se dejaba querer por Marianna Vikéntievna, una comercial de importancia. Ella le compraba camisas y corbatas. Pagaba en los restaurantes. Le alimentaba bien. Pero a Bush no le correspondía ninguna paga. De lo contrario habría empezado inmediatamente a seducir a otras mujeres.

Cada vez que cobraba, Bush desaparecía. Volvía a casa muy tarde, oliendo a cebolla y cosméticos. Una vez Marianna, perdida la paciencia, gritó:

—¿Dónde estabas? ¡Canalla! ¿Por qué vuelves de noche?

Culpablemente, Bush contestó:

—Volvería de mañana, pero se me acabó el dinero...

Finalmente Marianna se revolvió. Se fue a la playa con un veterano del Comité Central. A su lado ella parecía una joven despreocupada. Pero por supuesto no quería dejar solo a Bush en un piso vacío.

Entonces apareció, como de la nada, Galina Arkádyevna. Puede ser que bajo la influencia de la ley de conservación de la materia.

El caso es que ella no tenía estatus social. Era viuda de un famoso revolucionario estonio, casi el mismísimo Kingisepp. Recibía algo parecido a una pensión.

Bush la conoció en circunstancias románticas. Concretamente a orillas de un estanque.

En pleno centro del Kadriorg hay un sombrío estanque. Está rodeado de amplias

avenidas flanqueadas por hileras de tilos. Las mansas ardillas saltan por la hierba.

Cerca de la orilla nadan cisnes negros. Cómo han acabado aquí, es un misterio. Pero todo el mundo sabe que los estonios aman a los animales. Alguien les ha construido un cobertizo de contrachapado. Los visitantes del parque les lanzan pan...

Una tarde de mayo Bush estaba sentado sobre la hierba, cerca del estanque. Se le había terminado el tabaco. Llevaba cuarenta y ocho horas sin dinero. La noche anterior la había pasado en un quiosco abandonado de la prensa soviética. Afortunadamente quedaban periódicos por el suelo.

Bush masticaba una brizna de hierba seca y amarga. En su cabeza los pensamientos se sucedían breves y separados como telegramas: «... comida ...tabaco ...vivienda ...Marianna de vacaciones ...no hay trabajo ...recurrir a los padres sería una vergüenza y, lo que es más importante, no tiene sentido».

Se pregunta cuándo y dónde comió por última vez. Recordaba dos mendrugos de pan de un autoservicio. Luego, aquellas manzanas agrias que sobresalían de la valla. Un panecillo de vainilla en una cuneta. Un tomate verde descubierto en el quiosco de la prensa soviética...

Los cisnes se deslizaban por el agua como dos enormes ramos de flores negras. Conseguían alimento sin esfuerzo visible. A cada minuto sumergían bruscamente sus pequeñas cabezas afiladas de grácil cuello...

Bush pensaba en la comida. Sus pensamientos se volvían cada vez más breves: «... el cisne ...un ave ...caza menor». Bush se estremeció al oír la llamada de sus antepasados. En sus ojos brillaba el reflejo de las hogueras ancestrales. Se detuvo haciendo muestra, como un *setter* que hubiera escapado al cautiverio de la ciudad, asilvestrado en aguas pantanosas...

Hacia las diez oscurecerá. Cazar un pájaro presuntuoso será cosa de un minuto. Una vez desplumado, el cisne puede pasar por ganso. Con un ganso en su poder, Bush no perecería. Cualquiera de sus semejantes le dispensaría un buen recibimiento.

Bush se transformó. Cuernos de caza bramaban en lo más profundo de su alma. Notaba la aspereza de su barbilla sin afeitar. Una fuerza prehistórica se despertó en Bush...

De repente se produjo un milagro. En la orilla apareció una mujer mayor, o sea, la presa que Bush olfateaba a enorme distancia.

Esos cisnes negros jamás sabrían quién les había salvado la vida. La mujer era hermosa y esbelta. Sobre su cabeza volaban las mariposas. Su etéreo vestido azul acariciaba la hierba. En sus manos sostenía un libro. Lo apretaba contra el pecho como un misal.

El prósbita Bush leyó el título: «Ajmátova: *Versos*».

Escupió la brizna de hierba. Con un barítono fuerte pero amortiguado, declamó:

Liberan mi alma, levantan el vuelo
palabras de amor, aún de camino;
invade mi cuerpo un miedo divino;

mis labios están más fríos que el hielo.

La mujer redujo el paso. Se tapó las sienes con las manos. Murmurando con sus páginas, el libro cayó sobre la hierba. Bush insistía:

Lejos, la luz, insoportablemente
generosa cual el vino caliente,
me arrasa la conciencia dulce y dura
como una incandescente calentura.

La mujer no decía nada. Su rostro reflejaba confusión y espanto (si el espanto puede ser un sentimiento fogoso y gozoso a la vez).

Después, bajando la mirada, la mujer recitó en voz baja:

Pero pronto, allí donde dos abedudes díquidos
pegados a das ventanas susurran secamente,
como guirnada roja das rosas se entredazan
y das voces se pronuncian invisiblemente.

Bush se incorpora.

—¿Le gusta Ajmátova?

—Me sé todos sus poemas de memoria —contestó la mujer.

—¿Qué coincidencia! Yo también... ¿Y las flores? ¿También le gustan?

—Son mi debidad... ¿Y dos pájaros? ¿Qué me dice de dos pájaros?

Bush lanzó una mirada a los cisnes negros. Esperó un poco antes de decir:

¡Ay, gaviota que vuela tras la nube!
¿O es petirrojo y revolotea?
¡Oh, desconocida! Yo quiero ser el pájaro
que tome la semilla de tu mano diestra.

—¿Es usted poeta?

—Bueno, escribo algo entre líneas —contestó Bush tímidamente.

La tarde refrescaba. Las sombras de los tilos se alargaban. El agua perdía su brillo. Entre los arbustos vagaba el crepúsculo.

—¿Quiere un café? —ofreció la mujer—. Mi casa está muy cerca.

—Perdone —se interesó Bush—: ¿no tendrá mortadela?

Le contestaron:

—Yo tengo de todo, todo lo que necesita un corazón solitario...



Ya he dicho que viví unas tres semanas en casa de Bush y Galina. Fueron días extraños, llenos de locura.

La mañana empezaba con un canto trémulo y quedo. Galina, con tenor de chico,

canturreaba:

¡Ay, qué cansado agotamiento!
Noche y día sodo en ed pienso...

Y su amante contestaba con un barítono acatarrado:

¡Ay!, puede que me ahogue en el Duina
o que me desvanezca en la nada...
El país no llorará por mí
pero llorarán mis camaradas.

Algunas mañanas bailaban en la cocina. Cantaban canciones distintas al unísono.

A la hora del té Galina informaba:

—Hoy llámenme Viérotchka. Y a partir de mañana, Pájaro de Fuego...

A mediodía solía llamar por teléfono marcando números al azar. Cuando le contestaban, decía muy cariñosamente:

—Hoy de esperan unas inesperadas noticias agradabdes.

O por ejemplo:

—Guárdate de da mujer con cerezas en ed sombrero...

Además Galina podía estar horas adiestrando a un transparente y muy veloz pez espada. Le susurraba, inclinándose encima del acuario:

—No te pongas caprichoso, Jim. Saduda a mamá con da manita...

Por último, Galina predecía el futuro. Por ejemplo, a mí me predijo leyendo unos abalorios de colorines:

—Tú acabarás tus días en adgún dugar ded Brasid.

(Entonces, en el 75, me reí; pero ahora estoy convencido de que esto se cumplirá).

Todos los días Bush se paseaba con una bata verde que Galina le había hecho con unas cortinas. Ensayaba el discurso que pensaba pronunciar al recoger el premio Nobel. Empezaba así:

Ladies and gentlemen! Les agradezco este honor que me hacen. Como se suele decir, mejor tarde que nunca.

Así vivíamos. Mis dieciséis rublos se acabaron muy pronto. La pensión de Galina duró ocho días. Era preciso encontrar un trabajo.

De repente un anuncio se presentó ante mis ojos: «Se necesitan urgentemente caldereros».

Le conté esto a Bush. No dudaba que él se negaría, pero para mi sorpresa se mostró dispuesto; incluso se iluminó.

—Genial —dijo—. ¡Es lo que necesitamos! Hace tiempo que era necesario exponerse al poso de la vida del pueblo. Bajar a las raíces, como se suele decir. ¡Acercarse a la naturaleza, viejo! ¡Más cerca de las sencillas alegrías humanas! ¡Más cerca de las naturalezas integrales dotadas de sentido! ¡Abajo la metafísica y demás

trascendencias! ¡Vivan el martillo y el yunque!

Galina protestaba en voz baja:

—Erinka, ¡tú eres un hombre débid!

Bush la acalló con un gesto de desaprobación...

La sala de calderas era una pequeña edificación sombría al pie de una inmensa chimenea. Junto a la puerta había una inmensa pila de carbón. Allí mismo estaban tiradas las palas y dos carretillas boca abajo.

En el interior del edificio zumbaban tres calderas de sección. Cerca de una de ellas había un joven fornido. Tenía en la mano un pesado atizador. A través de la rejilla de hierro colado salían llamaradas de fuego rosa. El joven fruncía el ceño y apartaba la cara.

—Hola —le dijo Bush.

—Hola —contestó el fogonero—. Son los nuevos, ¿no?

—Venimos por el anuncio.

—Encantado. Me llamo Oleg.

Le dijimos nuestros nombres.

—Pasen por la oficina del encargado —dijo Oleg— y preséntense a Zúrikov.

En la garita con puerta de hierro el zumbido de las calderas se atenuaba. Sobre la vetusta mesa se amontonaban gráficos y listas. Por encima colgaba un aparato de radio. En un estrecho catre, la cara cubierta con un periódico, dormitaba un hombre de uniforme militar. El periódico se movía casi imperceptiblemente. Al otro lado de la mesa trabajaba un hombre con una gorra de *jockey*. Al vernos, levantó la cabeza:

—¿Son nuevos?

Se puso de pie y nos tendió la mano:

—Zúrikov, el encargado. Siéntense.

Observé que el exsoldado se desperezaba. El periódico susurró al desprenderse.

—Jud —se presentó.

—Necesitamos gente —dijo el encargado—. El trabajo es fácil. Acompañenme.

Bajamos por una escalera inestable. Jud iba detrás. Oleg nos saludó con la mano como a viejos conocidos.

Nos detuvimos ante la caldera izquierda. Tan cerca, que noté el fuerte calor.

—El mecanismo —dijo Zúrikov— es muy primitivo: pala, rejilla, fuelle... La temperatura saliente no debe superar los 70.º; y la entrante no debe superar los 45.º. Al empezar el turno preparan el carbón. No les aconsejo llenar las carretillas demasiado: pueden volcar... Antes de salir, limpian las rejillas y sacan la escoria... Creo que es todo... El horario es muy sencillo: trabajan 24 horas y libran 72. El pago es por horas. Es muy fácil sacarse unos 150...

Zúrikov nos acercó a donde los chicos y dijo:

—Espero que os llevéis bien. Aunque aquí tenemos un personal peculiar:

Oleshka, por ejemplo, es budista. Seguidor de la escuela zen. Busca la paz en el monasterio de su propio espíritu... Judes pintor, el ala izquierda de la vanguardia internacional. Trabaja con arreglo a las tradiciones de la síntesis metafísica. Sobre todo pinta embalajes: cajas, latas, fundas...

—El ciclo se titula «Las verdades muertas» —musitó Jud raborizándose.

Zúrikov seguía:

—En cuanto a mí, soy una persona sencilla. En mi tiempo libre, me dedico a estudiar teoría musical. ¿Qué opinan de los politonos superpuestos de Britten?

Hasta ahora Bush había permanecido en silencio. Pero en este momento hizo una mueca. Breve y con seguridad, dijo:

—¡Vámonos de aquí!

Perplejos, Zúrikov y sus compañeros nos miraron salir de allí. Una vez fuera, Bush dio rienda suelta a su indignación con un furioso monólogo:

—¡Esto no es una caldera! Perdona, pero ¡esto parece la Sorbona! Y yo que soñaba con sumergirme en el poso del pueblo, endurecerme moral y físicamente, abreviar en el vivificante manantial... ¿Y con qué me encuentro? ¡Con budistas zen, con metafísicos! ¡Joder, con los putos politonos superpuestos! En definitiva, ¡vámonos a casa!

¿Qué podía hacer?

Galina nos recibió con gritos de júbilo.

—No hacía más que llorar —dijo—. Lloraba tanto, me dabais tanta pena...

Pasaron otros tres días. Galina vendió algunos volúmenes a una librería de viejo. Yo recorría todas las redacciones de Tallin. Llegué a un acuerdo de colaboración. Entrevisté a un ajustador. Escribí un reportaje sobre una feria de muestras. Shablinski me prestó veinte rublos a cuenta de mis futuros honorarios. Conjuré el fantasma de la inanición.

Se puede decir más, incluso que medré. Si en Leningrado me consideraban un periodista cualquiera, aquí casi era un corifeo. Cada vez recibía encargos de más responsabilidad. Escribía sobre las novedades teatrales y editoriales. Tenía una columna diaria titulada: «Otra opinión». Pergeñaba artículos satíricos; y ya se sabe que la sátira es un género deficitario en la prensa. Resumiendo, empezaba a escalar la montaña.

Comenzaron a invitarme a las reuniones; y al mes, también a las celebraciones. Mis colaboraciones se comentaban en el Comité Central estonio. Para entonces, pude dejar a Bush con Galina. La redacción me dio una habitación en la calle Tompa, privilegio sin precedentes para un colaborador. Significaba que estaban dispuestos a contratarme. Así fue: al cabo de un mes entré en plantilla.

El redactor jefe me decía:

—Usted tiene un increíble sentido del humor. Me sé de memoria muchos de sus aforismos. Por ejemplo: «Los valientes callan, los cobardes no se van de la lengua». Algunos de sus artículos satíricos los comento con mi asistenta. He de añadir que fue

al liceo alemán.

—Ah —digo—, ahora lo entiendo. Ahora ya sé por qué tiene unos modales impecables.

El redactor jefe no se ofendía. Era un intelectual librepensador. Comparativamente el ambiente entonces era bastante liberal. Sobre todo en las repúblicas bálticas.

Además mis impertinencias eran deliberadamente astutas. Un conocido mío se refería a este estilo como «cortesía grosera».

Ganaba no menos de 250 rublos. Incluso conseguía pasar la pensión de alimentos.

Tenía amistades acordes a mi estilo de vida: jóvenes escritores, pintores, científicos, médicos. Personas cabales y bien remuneradas. Íbamos al teatro, cenábamos en restaurantes, viajábamos a las islas. En definitiva, vivíamos como la *intelligentsia* del arte.

En todos estos meses no me olvidé de Bush, pues Tallin es muy pequeña e íntima. Siempre te encontrarás con algún conocido, al menos una vez a la semana.

Bush no envidiaba mi éxito. Al contrario, repetía jovialmente:

—¡Adelante, viejo! ¡Nuestra gente debe ocupar los puestos clave del Estado!

Yo le prestaba dinero. Veinte veces le pagué copas en el bar Mundi. Es decir, me comportaba como es debido. Más no podía hacer, como no fuera cederle el puesto.

Palabra de honor que no evitaba a Bush. Simplemente ahora pertenecíamos a círculos sociales diferentes. Además insistí en que lo readmitiesen como colaborador; y para ser sinceros, tuve que superar muchas resistencias. La historia del capitán Rudi aún coleaba.

Ni que decir tiene que ya no le confiaban encargos relacionados con la política. Escribía crónicas de sucesos, culturales y deportivas. Yo elogiaba cada intervención suya en las reuniones improvisadas. Bush aparecía por los pasillos de la redacción cada vez con más frecuencia.

Por entonces presentaba un aspecto algo apagado. Las rodillas de sus pantalones estaban gastadas. Su chaqueta pedía a gritos una limpieza. Sin embargo las mujeres mayores (y en toda redacción hay suficientes) seguían ruborizándose al verle, lo que demostraba que sus encantos no eran exteriores.

En la redacción Bush se conducía con corrección y humildad. Inclina la cabeza ante los jefes. Intercambiaba noticias con los demás periodistas. Piropeaba a las mujeres.

Recuerdo que en la redacción celebrábamos el 60.º cumpleaños de la jefa del Departamento de Mecnografía: Loreida Filippovna Kóshich. Bush le dedicó un pareado muy gentil:

Cuando veo a Loreida, siempre suspiro.
¡Espero que Freud le encuentre algún sentido!

Durante toda la semana siguiente, Loreida Filippovna resplandeció en su

palidez...

Los trabajadores de la *nomenklatura* tienen un atractivo característico. No son rencorosos de puro vagos. Les faltan las fuerzas para el ardor vengativo. Carecen de ese entusiasmo puro que exige la verdadera maldad. Tras muchos años de bienestar sus sentidos se embotan hasta la indulgencia. Sus romos pensamientos a veces recuerdan la bondad.

El redactor jefe de *Estonia soviética* era bondadoso... hasta el momento, claro está, en que recibía orden de ponerse furioso hasta la crueldad. Se conoce que una persona honrada es aquella que actúa de forma inmunda sin disfrutarlo...

Por fin dejaron publicar a Bush. Al principio redactaba meticulosamente sus breves. Pero luego se evidenció que Bush había cambiado, había madurado. Sus colaboraciones se hacían cada vez más largas y adquirirían un ángulo mucho más significativo. Tres o cuatro artículos de Bush causaron cierta sensación. Destacaba entre los periodistas locales.

En diciembre el redactor empezó a hablar de nuevo sobre la plaza de Bush. Además todas las mujeres mayores del comité local fomentaban su candidatura. También Shablinski y yo le apoyábamos activamente. En una de las reuniones dije:

—Es necesario aprovechar más las capacidades de Bush. De otro modo, le empujaremos a un resbaladizo camino de disidencia.

Dar trabajo a Bush adquirió tintes de acto ideológico. El redactor jefe le sonreía al pasar. Su destino podía resolverse en un futuro cercano.

Se acercaba Nochevieja. En la redacción se planeaba una fiesta al uso tradicional. Como suele ocurrir en estas situaciones, los vagos se volvieron especialmente activos. Dos maquetistas alcohólicos corrieron a comprar vodka. Unas jóvenes gordas del Departamento de Correo preparaban Buterbrod^[11]. Los enviados especiales Rushkis y Bogdánov ponían las mesas.

Ese día el trabajo terminó antes. A los colaboradores les pidieron que se quedaran. El redactor jefe llamó a Bush y le dijo:

—Espero que nos veamos esta noche. Quiero comunicarle una noticia agradable.

Los compañeros vagaban por los pasillos. Los más impacientes se encerraron en el Departamento de Abastos. De ahí se oía el sonido de vasos entrechocados. Algunos se fueron a casa para cambiarse. Volvieron hacia las seis. Hecho un figurín, Bush vestía un traje importado de color tabaco. Sus zapatos de charol brillaban. La camisa le hacía frufnú.

—Tienes muy buen aspecto —le dije.

Confuso, Bush sonrió:

—Ayer Galina vendió los dientes. Le llevó al joyero dos de platino y me compró todos estos arreos. ¡Cómo dejarla después de esto!

Nos acomodamos en una amplia habitación de Secretariado. Terminaban los últimos preparativos. Todos hablaban en voz alta, fumaban y reían.

En general estas celebraciones en la redacción suelen degenerar en una bacanal

democrática. En ellas era posible gastar bromas al redactor jefe. Contestar a la pregunta «¿Quién es el genio periodístico del momento?». Expresar quejas. Dedicar elogios desmesurados. Por ejemplo, se pueden oír las siguientes conversaciones:

—Escucha, viejo: ¡eres un gigante! ¡Eres el Paganini de los reporteros gráficos!

—Y tú, ¡el Shakespeare del editorial económico!

También suelen resolverse conflictos amorosos en curso. Se entrelazan las intrigas. Secretamente se proponen candidaturas al Cuadro de Honor.

En otras palabras, el caótico día a día de la redacción se convierte en la norma. Decididamente se establece una atmósfera típica de la redacción, con su tensa y febril esterilidad...

Bush se mostraba sorprendentemente severo y campanudo. Se sentó en un sillón junto a la ventana. Tomó un libro de la estantería. Se sumergió en su lectura. El libro se titulaba *Dificultades de ortografía y puntuación*.

Por fin todos fuimos invitados a las mesas. El redactor jefe esperó a que se hiciera el silencio antes de decir:

—¡Queridos amigos! Pasó otro año lleno de trabajo. Tenemos algo que conmemorar. Hemos tenido tristezas y alegrías, logros y fracasos. Pero en conjunto quiero decir que el periódico consiguió bastantes éxitos. Nuestras publicaciones van ganando en seriedad, profundidad e intensidad. Cada vez cometemos menos errores y omisiones. Estoy convencido de que este año trabajaremos aún más unidos y con mayor compañerismo... Hoy me llamaron del Comité Central. Iván Gustávovich Kebin les envía sus felicitaciones. Permítanme sumarme de todo corazón. ¡Feliz Año Nuevo, queridos amigos!

Después de esto hubo muchos brindis. Bebimos a la salud del redactor jefe y del secretario general. A la de los modestos trabajadores, los correctores y las mecanógrafas. A la de los corresponsales colaboradores y los activos corresponsales obreros. Alguien hablaba de la vigilancia política. Otro proponía formar un equipo de fútbol. El chivato de la redacción Igor Gaspall hizo un llamamiento a trabajar codo con codo. Mishka Shablinski propuso un brindis por las adorables mujeres.

La habitación se llenó de humo. La gente se repartió con sus vasos por las esquinas. La comida estaba desapareciendo rápidamente. Tórshina, del Departamento de Abastos, nos rogaba a todos que cantáramos a coro. Fima Bykóver devolvía préstamos. El administrador, Meleshko, se afligía:

—Probablemente nunca llegaré a saber quién nos ha robado el reflector.

Pronto apareció la señora de la limpieza, Hilda. Teníamos que despejar el lugar.

—Unos diez minutos más —dijo el redactor jefe, ofreciendo a Hilda una copa de champán.

Luego apareció en la entrada la mujer del redactor jefe, Zoya Simeónovna. En las manos llevaba una enorme bandeja de cuproníquel. En la bandeja tintineaban tacitas de café. Hasta ese momento Bush había permanecido inmóvil. Había puesto su copa sobre la tapa del tocadiscos. En las rodillas sujetaba el manual que había estado

hojeando.

Luego se levantó. Con una sonrisa abierta, se acercó a Zoya Simeónovna. De repente hizo un fugaz movimiento futbolístico. A continuación, dio una gran patada a la bandeja con su zapato de charol. Ésta cayó al suelo con gran estrépito de cristales ante la estupefacta mujer del redactor jefe. Algunos trabajadores abrasados de café recién hecho chillaban de forma estridente. Liuba Tórshina lanzó un gemido antes de perder el conocimiento... Cuatro colaboradores agarraron a Bush de los brazos. No opuso resistencia. En su rostro se había esculpido una sonrisa de felicidad. Alguien ya estaba llamando a la policía. Otros, a una ambulancia.

Al cabo de tres días, Bush fue examinado por una comisión psiquiátrica. La comisión dictaminó que estaba completamente cuerdo. Finalmente lo juzgaron por gamberrismo. Le cayeron dos años de condicional.

Menos mal que el redactor no exigió un castigo más severo. Bush salió bastante bien parado. Pero a partir de entonces pensar en el periodismo era completamente ridículo.

Durante un mes le perdí de vista. Me fui a Leningrado a organizar mis asuntos familiares. A mi vuelta le llamé. Su teléfono no funcionaba.

No me olvidé de Bush. Confiaba en tropezármelo en el centro de la ciudad. Así ocurrió.

Bush contemplaba a unos monstruos sonrientes en el escaparate de una tienda de fotógrafo. En su mano sujetaba medio bollo francés. Todo en él proclamaba su absoluta ociosidad.

Le propuse ir al bar Kungla. Estaba cerca. Bush dijo:

—Debo dinero allí.

—¿Mucho?

—No, unos seis rublos.

—Muy bien —digo—. De paso haremos cuentas.

Nos quitamos los abrigos y subimos al segundo piso. Nos sentamos cerca de la ventana.

Yo quería saber qué le había pasado a Bush, qué le llevó a cometer ese acto tan salvaje. ¿Un ramalazo incontrolable? ¿Enajenación transitoria?

No tuve que preguntarle:

—¡Entiéndeme, viejo! En la redacción no hay más que hienas... —se corrigió—. Aparte de ti, de Shablinski y cuatro pobres viejas... En definitiva, allí prevalecen los cerdos. Y luego, esa estúpida fiesta. Se entablan todas esas conversaciones obscenas. Y yo allí sentado esperando a que el gordo culo del redactor me colme de dones. Y luego aparece esa Zoya de piernas arqueadas con su bandeja. Y todo el mundo quiere una sola cosa: patear esa puta bandeja. Comprendí que era un momento de máxima responsabilidad. Ahora se decide quién soy yo: un caballero, como cree Galka, o un mierda como aseguran todos los demás. Así que me levante, me acerqué...

Estuvimos en el bar cerca de una hora. Yo tenía que ir a la redacción. Tenía que

entrevistar a un francés progresista. Pregunté:

—¿Qué tal Galina?

—Tirando. La operaron. Cosas de mujeres...

Bajamos al recibidor. El guardarropa inválido tomaba té del termo detrás del mostrador. Bush le tendió su ficha de aluminio.

De repente el guardarropa se enojó:

—¡Qué descaro tan típico! ¡Dar la ficha con el número hacia abajo!

Bush le escuchó y dijo:

—Cada cual tiene sus problemas.

Después de aquello nos veíamos muy poco. Yo estaba muy ocupado en la redacción. Además preparaba un volumen de cuentos para publicarlo.

Una vez me encontré con Bush en el hipódromo. Tenía el aspecto de alguien venido a menos. Tuve que prestarle algo de dinero. Bush me lo agradeció e inmediatamente se dirigió al bar. Me fui sin esperarle.

Después nos cruzamos un par de veces en la calle y en el tranvía. Bush había caído a lo más bajo. No teníamos de qué hablar.

En verano me enviaron al festival de cine de Bulgaria. Fue mi primera encomienda en el extranjero. Una señal de confianza política hacia mí y un claro testimonio de mi lealtad. Al volver, oí una historia asombrosa:

En Tallin se celebraba el 7 de noviembre. Los participantes en las manifestaciones se dirigían en filas al centro de la ciudad. Se instaló la tribuna de autoridades junto al edificio del Comité Central. Sonaba la música. Multitud de globos sobrevolaban la plaza. Por megafonía se oían incesantes felicitaciones.

La gente llevaba pancartas y retratos de los dirigentes. La policía mantenía el orden. Todo el mundo estaba de buen humor. Digan lo que digan, sigue siendo una fiesta.

Entre los manifestantes se encontraba Bush. Llevaba un panel con un mango de madera. Recordaba una pala quitanieves. En el panel había escrito ampulosamente con pintura verde al *guasch*: «¡Resistamos implacablemente a los enemigos del imperialismo mundial!».

Bush había portado esta pancarta desde el Kadriorg hasta la fábrica de pianos. Hasta que los policías cayeron en la cuenta: ¿quiénes eran estos «enemigos del imperialismo mundial»? ¿Contra quién había que «resistir implacablemente»?

Bush no opuso resistencia cuando lo metieron en un coche negro y lo llevaron a la calle Pagari. A los tres minutos le interrogaba el mismísimo general Pork.

Bush contestaba a las preguntas tranquila y sucintamente. De ninguna manera admitía su culpabilidad. Decía que todo lo ocurrido era un malentendido, un equívoco provocado por una distracción suya.

El general interrogó a Bush durante hora y media. A veces era correcto; otras, levantaba la voz de repente. Tan pronto le llamaba Emst Leopóldovich como le amenazaba: «¡Te mato, perro!».

Al final Bush se hartó de dar explicaciones. Pidió lápiz y papel. El general suspiró de alivio y le dio un bolígrafo:

—Una confesión sincera puede mitigar su destino...

Bush miró por la ventana un minuto. Luego sonrió y escribió con hermosa caligrafía:

Declaración:

1. Deseo expresar mi honda preocupación por las vidas de los cristianos baptistas de los países bálticos y la Transcaucasia.
 2. Hago un llamamiento a la inteligencia estadounidense para que reaccione con mayor sensibilidad ante la conculcación de las libertades civiles por parte del Kremlin.
 3. Reclamo mi derecho a emigrar sin cortapisas a mi Patria histórica: la República Federal Alemana.
- Fdo.: Emst Bush, preso de conciencia

El general leyó la declaración y la arrojó a la papelera. Decidió utilizar un viejo método de eficacia demostrada: simplemente se marchó sin decir palabra.

Generalmente este método funcionaba a la perfección. Al quedarse solos en un despacho vacío, los interrogados se ponían muy nerviosos. La incertidumbre les asustaba más que cualquier amenaza. Empezaban a analizar su comportamiento. Buscaban frenéticamente una salida. Se enredaban en una maraña de subterfugios sin sentido. La dolorosa espera los reducía a bestias amedrentadas. O eso pretendía el general.

Regresó a los cuarenta minutos. Lo que vio le dejó asombrado: Bush dormía plácidamente, reposando la cabeza sobre una pila de actas.

Más tarde el general contaba:

—¡Qué no habrá ocurrido en mi despacho! Se han cortado las venas, han quemado sus agendas en los ceniceros; algunos intentaban tirarse por la ventana. ¡Pero dormirse! Primera vez.

A Bush lo ingresaron en un psiquiátrico. El general interpretó lo sucedido como un síntoma evidente de enfermedad mental. Seguramente no andaba desencaminado.

Lo soltaron a los seis meses. Para entonces se habían producido algunos cambios en mi vida. Es difícil recordar cómo empezaron. Un par de veces dije algo que estaba de más. Me enemisté con Gasplen, un miembro del aparato. Una vez comparecí borracho ante el Comité Central. En el congreso de escritores estonios osé polemizar con el camarada Lippo...

Para hacer carrera en un periódico es necesario realizar constantes y crecientes esfuerzos. Detenerse significa capitular. Era probable que no hubiera nacido para esto. Frené. A veces me dejé remolcar. Y se acabó.

Recordaron que trabajaba sin estar empadronado en Tallin. Averiguaron mi ascendencia medio judía. Mi relación con Bushno mejoró mi reputación. Además en Estonia se produjeron desórdenes políticos. Un grupo de disidentes dirigió una petición a Waldheim^[12]. Exigían democratización y autodeterminación. A los tres días su memorando fue retransmitido por las radios occidentales. A la semana llegó

una directriz de Moscú: aumentar las tareas educativas. Significaba: apiadarse de éstos, echar a éstos y degradar a aquéllos. Todo ello, claro está, aparte de la investigación sobre los autores del memorando.

El administrador Meleshko decía en la redacción:

—Podían haberse dirigido a sus propios jefes, en vez de inventarse a este Baljain o como se llame.

Yo era una persona apta para las represiones. Me echaron. A la vez, en la imprenta liquidaron mi volumen de cuentos, que casi estaba listo para salir. Todo para poder informar a los jefes del Kremlin de que se habían adoptado las medidas.

Claro que no fui la única víctima. Esos mismos días cerraron el hipódromo, un foco infeccioso de virus burgueses. En el bufé del Sindicato de Periodistas dejaron de despacharse bebidas alcohólicas. Desapareció el jamón cocido de las tiendas. Aunque éste es tema aparte...

En resumen, fue el fin del liberalismo estonio. Lo mejor del pueblo pasó a la clandestinidad.

Me eliminaron de la plantilla. Me recomendaban que me fuera «por mi propia voluntad». Volvieron a aconsejarme que me hiciera corresponsal de factoría. Me negué.

Ya era hora de volver a Leningrado. Además mi vida familiar parecía estar arreglándose. Con la distancia, las personas se vuelven más juiciosas.

Estaba recogiendo mis cosas en la calle Tompa. De repente sonó el teléfono. Reconocí la voz de Bush:

—¡Viejo, espérame! ¡Voy volando! Mejor dicho, andando. Dinero, ni un céntimo. Sin embargo te llevo un valioso regalo...

Bajé a por vino. En unos cuarenta minutos apareció Bush. Su aspecto era mejor que hacía medio año. Le pregunté:

—¿Cómo va eso?

—Bastante bien.

Bush me contó que estaba fichado en el psiquiátrico. Encima lo conducían regularmente ante el KGB. Luego se animó un poco y bajó la voz:

—Aquí tienes mi regalo como recuerdo.

Se desabrochó la chaqueta. De su seno sacó un papel doblado en cuatro. Me lo extendió radiante.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—El periódico mural.

—¿Qué periódico mural?

—El de la oficina local del KGB. ¿Sabes cómo se llama? *El sable y el escudo*. Aquí hay un montón de cosas interesantes. Amonestan a un sargento por beber. También hay un artículo sobre los estafadores. Y aquí hay unos versos sobre los gamberros:

Un *dandy* dio un botellazo
a un viejo héroe del frente.
De entre sus canas la sangre
manó como de una fuente.

—¿Qué? —dijo Bush.

—No está mal.

Luego empezó a contarme de dónde había sacado el periódico mural:

—Me llama este loco, Sorokin. Empieza con sus conversaciones idiotas. Yo refuto todos sus argumentos con citas de Marx. Sorokin se marcha. Me deja solo en su puto despacho. Yo pienso: «¿qué podría llevarle a Serguey de recuerdo?». Sobre el armario, veo el periódico mural. Lo robé y me lo escondí bajo la camisa. Te lo regalo en calidad de *souvenir*...

—Mejor —digo— vamos a quemarlo. Al diablo. Líbranos del mal, Señor.

—De acuerdo —convino Bush.

Rompimos el periódico en pedacitos y lo quemamos en el lavabo. Empezaba a retrasarme. Llamé a un taxi. Bush me acompañó a la estación.

En el andén me agarró de la mano:

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Todo está bien —le digo.

Bush se quedó pensativo un segundo, como adoptando una decisión dolorosa.

—¿Quieres casarte con Galina? Te la cedo como amigo. Ella puede pintar flores para vender. Dentro de una semana nacerán los gatitos siameses. Cásate. ¡No lo lamentarás!

Yo le digo:

—En realidad estoy casado.

—Como quieras —dijo Bush.

Le di un abrazo y subí al tren.

Bush se quedó solo en el andén. Creo que no he mencionado que era de baja estatura. Le saludé con la mano. En respuesta, Bush levantó el puño: «Rotfront!». Luego separó los dedos: «Victory!».

El tren se puso en marcha.



Hace seis años que vivo en América. Conmigo, mi mujer y mi hija Katya. Cada vez que se compra unos vaqueros, Katya los pisotea durante cuarenta minutos. Luego les hace agujeros en las rodillas...

Hace poco, en Brooklyn, me llamaron por mi nombre. Escudriñando, reconocí a Grishanya, el mismo que me llevó de Leningrado a Tallin.

Entramos en el restaurante más cercano. Grishanya me contó que sólo cumplió medio año de condena. Luego consiguió sobornar a alguien y lo soltaron.

—Si sabes recibir, debes saber dar —comentó Grishanya filosóficamente.

—¿Qué tal Bush? —le pregunté.

—No tengo ni idea. A Shablinski le han dado un puesto de secretario general...
Quedamos en llamarnos. Yo no le llamé. Él tampoco...

Hace un mes leí en los periódicos sobre el capitán Rudi. Estuvo cuatro años en Mordovia. Después le defendieron algunas organizaciones. Lo soltaron antes de tiempo. Ahora vive en Hamburgo.

Preguntaba por Bush a todo el que podía. Según algunas informaciones, estaba en la cárcel. Otros decían que se había casado con la viuda del ministro de Pesca. Las dos versiones eran verosímiles. Y las dos me producen una sensación amarga.

¿Dónde estará ahora el disidente, el guapo, el esquizofrénico, el poeta, el héroe, el escandaloso Ernst Leopóldovich Bush?

COMPROMISO UNDÉCIMO

Estonia soviética. Agosto. 1976

TALLIN DESPIDE A HUBERT ILVES. Ayer en el cementerio de Linnamets se dio sepultura a un auténtico hijo de la república de Estonia, insustituible director de la televisión y héroe trabajador socialista: Hubert Voldemárovich Ilves.

Su vida entera fue un modelo de devoción desinteresada a la causa del comunismo.

Hubert Ilves siempre se distinguió por su firme sentido de la responsabilidad, su consideración para con sus compañeros de trabajo y una extraordinaria modestia personal.

A los acordes de la marcha fúnebre, los principales representantes de la comunidad portaron el ataúd, cubierto por numerosas coronas, que contenía el cadáver del finado.

En el funeral de cuerpo presente resonaron solemnes palabras de despedida.

A las honras fúnebres asistieron eminentes miembros del Partido y activistas soviéticos, colegas del difunto y profesionales de la radio, la televisión y los principales periódicos estonios.

El recuerdo de Hubert Ilves pervivirá por siempre en nuestros corazones.

—Camarada Dovlátov: ¿tiene usted un traje negro?

Turonok frunció el ceño con desagrado. Le incomodaba formular una pregunta tan personal a un empleado en el periódico del Partido. Al contemplar su rostro *beige* e infantil y su ancha cintura, me di cuenta de que su nombre siempre me recordaba al de un cachorro.

—No —dije—. Tengo un suéter.

—No quería decir aquí, sino en casa.

—En realidad no poseo traje alguno —dije.

También podría haber explicado que no tengo casa ni refugio ni aun una dirección. Que alquilo un cuarto, Dios sabe dónde...

—Entonces ¿cómo asiste usted al teatro?

Podría haber explicado que no asisto el teatro. Pero el periódico acababa de publicar mi reseña de una representación de *La sin dote*^[13]. Me había basado en la descripción de Dima Sher. Mi reseña había sido objeto de elogio por su naturaleza

polémica.

—En fin, vayamos al grano —dijo el redactor fatigosamente—: Ilves ha fallecido.

Llevado por mi repugnante costumbre de mentir, adopté una expresión compungida.

—¿Lo conocía usted? —preguntó el redactor.

—No —dije.

—Ilves dirigía los estudios de televisión. Su entierro es un asunto grave. Supongo que me explico.

—Sí.

—Una persona de nuestra redacción tiene que estar presente. Queríamos enviar a Shablinski.

—Sabia decisión —dije—. Mishka siempre está haciendo de escritorzuelo para ellos.

Turonok frunció el ceño.

—Mijaíl Borísovich está ocupado. Irá de enviado especial a la isla Saaremaa. Klienski está descartado. Necesitamos a un hombre de aspecto imponente. Bush está de borrachera, etcétera. Finalmente nos hemos decidido por usted. Le pido que no nos defraude. Se encargará de pronunciar un discurso breve pero sentido. Esto es crucial... En general, compórtese como si fuera íntimo del difunto.

—¿De veras cree usted que tengo un aspecto imponente?

—Es alto —dijo Turonok con condescendencia—. Lo he hablado con Plyujina.

Ah, pensé, Gálochka. Pero no importa.

—Guiénrig Fránzevich —dije—: esto no me gusta. Me huele a mistificación. Yo no conocía a Ilves. Rechazo la idea de fingir luto. Mejor envíe a Shablinski. Y, si es necesario, iré yo a Saaremaa.

—Descartado. Usted no escribe artículos tópicos.

—Porque nunca me los encargan.

—Le encargamos un reportaje sobre los alemanes que viven en Estonia y usted lo rechazó.

—Pienso que debería permitirseles marchar.

—Es usted un ingenuo. Por no decir algo peor.

—¿Por qué? En la Unión hay más alemanes que armenios. Pero aún no se les ha concedido su propia autonomía.

—Pero ¿qué tipo de alemanes son? Colonos de tercera generación. Hace mucho que se convirtieron en estonios por lengua, cultura, modo de pensar. Son estonios típicos. Sus padres y abuelos vivieron en Estonia...

—El abuelo de Borís Roiblat también vivió en Estonia. Y su padre. Pero Borya sigue siendo un judío de todas formas. Y sigue en paro.

—¿Sabe, Dovlátov? Es imposible hablar con usted. Su discurso adolece de cierta demagogia. Le dimos el trabajo, transigimos con usted. Pensamos que maduraría, que se conduciría de modo más respetable.

—Bueno, yo trabajo. Escribo.

—Y no lo hace mal. Hasta Yurna le citó hace poco: «Una idea constructiva se ha perdido en el caos de un experimento irresponsable». Pero hablo de otra cosa. Su postura apolítica, su infantilismo... Siempre se puede contar con que sacará los pies del tiesto. Gana doscientos cincuenta rublos al mes. Goza de consideración y aprecio por su humor y su buen estilo. La cuestión es: ¿qué devuelve usted a cambio? Y ¿por qué tengo que desperdiciar mi tiempo con conversaciones estériles como ésta? Le pido que sustituya urgentemente a Shablinski. Él le prestará su chaqueta. Pruébesela. Está ahí, en el perchero.

Me la probé.

—Vaya solapas —dije—. No les vendría mal una Orden de la Bandera Roja.

—Es todo —interrumpió el redactor—. Váyase.

Odio los oficios fúnebres. No porque alguien haya muerto, pues en realidad no he tenido que enterrar a ningún allegado. Y los no allegados me son indiferentes. De todos modos odio los entierros. En el contexto de la muerte de alguien, cualquier acción parece inmoral. Odio los entierros por su tono de dolor hermoso, convincente. Por las lágrimas de gente que en realidad son extraños, dolientes ajenos. Por la sensación de alegría reprimida: «No es mi muerte, sino la de otro». Por el secreto entusiasmo por la bebida que vendrá. Por los elogios exagerados dirigidos al difunto (siempre siento deseos de gritar: «¡A él ya le da igual! Sean más tolerantes con los vivos. Conmigo, por ejemplo»).

Y ahora, sustituyendo a Shablinski, se suponía que debía participar en las solemnidades del entierro, fingir pena como una hipócrita plañidera. Llamé a la televisión.

—¿Quién es responsable del entierro?

—El propio Ilves.

Casi me caigo de la silla.

—Rando Ilves, el hijo del difunto. Y la comisión organizadora.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con ellos? Un momento, que lo apunte...

Gracias.

Llamé. Contestó alguien con un fuerte acento báltico.

—¿Es usted pariente del difunto?

—Colega.

—¿Trabaja para la televisión?

—Sí.

—Su nombre es Shablinski, ¿correcto?

Casi digo que sí.

—Shablinski está de enviado especial. Me han pedido que le sustituya.

—Le esperamos. Tercer piso, sala 12.

—Estoy de camino.

La sala 12 estaba atestada de gente con brazaletes negros. Yo no conocía a nadie

allí. La chaqueta de Shablinski, fiel a los contornos de su cuerpo, me apretaba el mío, constriñéndolo. Me sentía torpe: una ballena muerta en la piscina. Un caballo en la caseta del perro (he reducido la marcha, tratando de encontrar la metáfora adecuada).

Una mujer sentada tras un escritorio se dirigió a mí:

—¿Es usted Shablinski?

—No.

—Se suponía que *Estonia soviética* iba a enviar a un tal Shablinski.

—Está de enviado especial. Me han encargado que le sustituya.

—Ya veo. ¿Está listo el texto de su discurso?

—¿Qué texto? Pensé que sería... una improvisación emotiva.

—Hay normativas que exigen estrictamente la aprobación previa del texto.

—¿Puedo dárselo mañana?

—Ahórrese la molestia. Aquí tiene el texto de Shablinski.

—Estupendo —dije—. Gracias.

Me entregaron dos hojas de papel cebolla. Leí:

¡Camaradas! ¡Cómo envidio a Ilves! Sí, sí, no os sorprenda que me embargue un sentimiento de pura envidia. ¡Qué vida tan rica tuvo! ¡Cuán impresionantes son sus logros! ¡Qué gloria envidiable la alcanzada por este soñador y luchador!

Después venía la lista de sus méritos y servicios prestados. El texto concluía así:

¡Descansa, Hubert Ilves! En vida tuviste más desvelos que ocasiones para dormir. Ahora ¡descansa!

Esta lectura era absolutamente inasumible. En papel puedo decir lo que sea. Pero en voz alta, delante de tanta gente...

Me volví hacia la mujer del escritorio.

—Preferiría pronunciar mis propias palabras, cambiar algunas cosas. No soy tan... emotivo.

—Pero básicamente tendrá que atenerse a este texto. Está aprobado.

—Desde luego.

—Copie los datos.

Los copié.

—Se supone que no puede improvisar su propia historia.

—Mejor mi propia historia que la histeria ajena —dije.

—¿Cómo? —preguntó la mujer.

—No se preocupe —dije—. Todo irá bien.

Ahora unas palabras sobre Shablinski: su padre fue represaliado en las purgas. A su tío, catedrático, se le menciona en unas famosas memorias. Es prácticamente la única persona de la que la autora^[14] habla con simpatía.

Misha creció en una sórdida colonia de concentración. Aprendió aritmética y gramática de las mentes más preclaras de la ciencia soviética (todos vestían la

chaqueta acolchada de los prisioneros). Fue en este ambiente donde se forjaron sus concepciones de la vida. Se convirtió en un hombre robusto y juicioso. No se fiaba de las palabras y siempre actuaba con decisión. Leyó mucho. En él convivían el interés por la poesía y el amor a la tecnología. Antes de obtener su diploma trabajó como ingeniero de la construcción. Después pasó por la Universidad. Hizo la carrera de periodista especializado en temas industriales. En adelante, su ámbito sería un híbrido de poesía y tecnología.

Estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de alcanzar sus objetivos. Y a usar cualquier medio. Luego los objetivos mismos se nublaban cada vez más. La vida se convertía en una lucha por lograr un medio. La disyuntiva entre el bien y el mal se transformaba en la diferencia entre el éxito y el fracaso. Sus actividades mundanas comenzaron a reducir la marcha de su crecimiento moral. Para cuando lo conocí reunía las virtudes del periodista típico: doblez y cinismo. A Henry Ford se le atribuye un certero dicho sobre los periodistas: «Un periodista honrado sólo agota la tirada una vez». A mí me parece que esta declaración peca de idealista. El periodismo tiene sus mercados permanentemente abiertos, sus historias de encargo, incluso sus mercadillos callejeros. Es decir, la edición siempre se vende, con gran tirada.

Hay una vida que es magnífica, atormentada y llena de tragedia. Y luego está el trabajo, que se paga bien. Trabajo para el que uno crea una vida diferente, más diferenciada, desprovista de tragedia, armoniosa. De papel.

Un periodista se sienta y escribe: «Corría el profético año 1919»...

Se detiene un momento y le grita a la pelma de su mujer:

—Garik Lemer prometió conseguirme tres tarros de café soluble. Y su mujer le contesta a gritos desde la cocina:

—¿Cómo? ¿Que Lemer aún no está en chirona?

Pero la pluma del periodista sigue garabateando. Algo así: «Otro misterio robado a la naturaleza». O bien: «En Nueva York los alhelíes carecen de fragancia».

La existencia de un periodista contiene todos los elementos que dotan de gracia a la vida de cualquier hombre de provecho.

¿Sinceridad? Un periodista dice sinceramente aquello que no cree.

¿Creatividad? Un periodista crea sin parar, haciendo pasar sus deseos por realidades.

¿Amor? Un periodista ama con ternura lo que no merece amarse.

Pero estoy divagando de nuevo.

Del estudio de televisión fui a casa de Marina. Durante un año entero habíamos compartido una intimidad de orden intelectual. Sazonada con animosidad y sexo.

Marina trabajaba de secretaria en el periódico. Antes y después del trabajo su comportamiento estaba regido por el escepticismo y la franqueza bastante descarnada de una soltera de treinta años.

Había sido la amiga de Shablinski. Como las demás mujeres que trabajaban en la redacción. Todas ellas, sin excepción, acababan por sucumbir a su asedio tarde o

temprano. Durante mucho tiempo el secreto de sus éxitos me estuvo vedado. Hasta que comprendí en qué consistía: Shablinski conquistaba por lo inequívoco de sus avances. Por ejemplo, a una becada lituana que acababa de conocer le anunció:

—Te quiero. Y ni la posibilidad de una blenorragia bastará para detenerme.

Una vez le dije:

—Mishka, no soy ningún mojigato. Pero estás liado con cuatro damas. Se acerca Nochevieja. Después de todo no puedes invitar a las cuatro.

—¿Por qué no? —preguntó Shablinski.

—Será un escándalo.

—No cabe excluir esa posibilidad —dijo, tornándose pensativo.

—Y ¿qué vas a hacer?

Tras reflexionar un rato, suspiró y dijo:

—Si supieras qué problema tan serio es...

Rompió con Marina porque él decidió casarse. Marina no le convenía como esposa. Como he dicho, frisaba la treintena. Además fumaba y sabía demasiado. Misha estaba interesado en la variedad judía del matrimonio tradicional. Virgen joven con tendencias domésticas. Alguien le presentó una. Ni pintada: la dulce Rozochka y su difuminado labio superior. Leía, entendía las cosas... Su padre era comerciante...

Roza parpadeaba sin dejar de repetir:

—Ay, ¿cómo voy a casarme? Después de todo no tengo ninguna experiencia al respecto...

—¿Qué es lo que no tienes? —se rió a carcajadas Shablinski.

Así que dejó a Marina. Y ahí aparecí yo. Pensativo, cortés, honesto. Fue como si ella me viera por primera vez. Por primera vez yo merecía su aprecio.

Mis virtudes presentan un rasgo interesante: sólo florecen y se vuelven evidentes en contraste con alguna suerte de comportamiento vergonzante. El resultado es que gusto a las damas rechazadas.

Al principio ella no hacía más que hablar de Shablinski:

—La verdad es que sí que me quería a su manera. Una vez le reproché: «¡No me quieres!». Y ¿a que no sabes qué hizo? Cogió mi ropa y mi bolso y se los colgó.

—¿De dónde? —pregunté.

—¿No sabes lo que digo? Estábamos en la cama. En completa intimidad. Yo le dije: «¡No me quieres!». Y él cogió mi ropa y mi bolso y se los colgó. De su chisme. Para demostrarme lo fuerte que era. Y cuánto me quería.

En fin, yo iba de la televisión adonde Marina. La casa en que vivía estaba en una urbanización nueva para colegas del periódico. Te bajas del trolebús y te encuentras con un solar libre, un enorme edificio y en cada ventana un compañero de trabajo.

Subí al cuarto piso y toqué el timbre. En ese mismo momento recordé que llevaba la chaqueta de Shablinski. La puerta se abrió de golpe. Marina me miró fijamente, sorprendida. Quizás pensó que le había cortado la garganta a Shablinski por celos y le había robado la chaqueta.

(Las mujeres tienen una especie de memoria sobrenatural en lo que atañe a la ropa. Mi mujer me dijo una vez de alguien: «sí que lo conoces. Lo conoces de sobra. Es un hombre muy desagradable, lleva zapatos negros con cordones marrones»).

Las relaciones de un buen hombre con las mujeres siempre están plagadas de dificultades. Y yo soy un buen hombre. Puedo decirlo sin asomo de vergüenza, porque no es nada de lo que enorgullecerse. La gente espera que un buen hombre obre en consecuencia. El buen hombre se enfrenta a expectativas elevadas. Arrostra a diario una insoportable carga de nobleza, inteligencia, diligencia, conciencia y sentido del humor. Entonces se ve abandonado por un rufián sin oficio ni beneficio. Y el rufián oye, entre risas, todo tipo de historias sobre las aburridas virtudes del buen hombre.

Las mujeres sólo aman a los sinvergüenzas, como es bien sabido. Sin embargo ser un sinvergüenza no está al alcance de cualquiera. Conocí a un hombre, un especulador en divisas apodado «Tiburón». Solía golpear a su mujer con el mango de una pala. Le quitó un champú de importación para regalárselo a su amante. Mató al gato. Una vez en su vida le hizo a su mujer un sándwich de queso. Ella pasó toda esa noche sollozando con el corazón desbordante de gratitud y ternura. Cuando lo detuvieron, ella estuvo nueve años enviándole latas de conservas a un campo de prisioneros de Mordovia. Y le guardó la ausencia.

Pero a un buen hombre ¿quién lo necesita?, me gustaría saber. Así que ahí estaba yo, con la chaqueta de otro.

—¿Qué es esto? —dijo Marina, interpretando este cambio indumentario como algún tipo de ultraje sexual. Algún tipo de insultante intercambiabilidad emotiva.

—Esto es la chaqueta de Misha —dije—. Temporalmente, para darme una apariencia respetable.

—¿Es que quieres declararte? —Humor con un poco de hiel.

—Si fuera una persona seria, lo haría sin más.

—No te asustes.

—Tengo que hablar en un entierro. Ilves ha muerto.

—¿Ilves? ¿El de la tele? Qué horror... ¿Has comido?

—No recuerdo. Yo nunca vi a Ilves cara a cara.

—Hay caldo, empanadas y pato.

—Muy bien, a comer. ¿Queda algo de vodka?

—Algo. Ha sobrado un poco.

Estoy bien familiarizado con las casas de la gente fina. Iconos, samovares, bustos de Nefertiti. Algunos fragmentos de cerámica rota sumamente significativos. Una tonelada de libros, todos nuevos. Pero de vodka, un culín. Siempre sobra un poco nada más. ¿Y de dónde sale? ¿Lo trajo alguien? ¿Por qué no se lo terminó? ¿Estaba ocupado en asuntos más importantes?

No tengo ningún derecho a estar celoso. Mi mujer, la pensión de alimentos... Tardaría mucho en explicarlo. La composición de esta historia se derrumbaría.

—¿De dónde ha salido el vodka? —pregunté—. ¿Quién ha estado aquí?

No estaba celoso. No me importaba el otro. No era más que una especie de juego entre nosotros.

—Vino Édik. Está deprimido.

El aludido era el poeta Bogatyréyev. Un apellido demasiado largo, gafas, risa de perturbado. Una vez vi un poemario suyo. Se titulaba *Hipotenusa del Bien*, o puede que *Bisectriz del Corazón*. Algo así. Verso libre. O tal vez me equivoque. Como estos versos, por ejemplo:

Anduvimos juntos como dos lágrimas
que nunca podrían unirse.

Seguido de la anotación: «Noche, 21-22 de diciembre. Expreso Leningrado-Tallin».

—Éste siempre está deprimido. Es su *modus operandi*. Igual que el de Bush consiste en agarrársela.

—¡No seas malo!

—Vale...

—¿Quieres leer lo que he escrito en mi diario? Es sobre ti.

Marina sacó un cuaderno de color cereza. En la cubierta ponía en letras de oro: «A los delegados del Congreso del Partido en Tallin».

—No leas esto. Ni esto. Aquí está: «Él era las vacaciones de mi cuerpo y el invitado de mi alma. Noche, 19-20 de agosto de 1975».

Lo leí y de pronto me estremecí. El cuarto se llenó de un calor insoportable. Las paredes azules se arrastraban hacia arriba en diagonal. Las fotografías de la pared se mecían hacia adelante y hacia atrás ante mis ojos. Una náusea incontenible me lanzó hacia el otro lado de la puerta. Rozando el empapelado en mi carrera, me precipité al cuarto de baño. Apoyado en el lavabo, me incliné al borde de la fría porcelana. Vomité. Metí la cabeza bajo el grifo. El agua helada fluyó bajo mi cuello. Con delicadeza, Marina esperó en el pasillo. Después preguntó:

—¿Te emborrachaste anoche?

—No me agobies.

—Simplemente es triste asistir a la ruina de un hombre.

—¿Sabes? —dije—. En nuestras circunstancias perder es más honrado que ganar.

—Te gusta sentirte desvalido. Admiras tus propios fracasos. Presumes de ellos.

—¿Tienes un limón?

—Un minuto.

Me senté a masticar el limón, adoptando un rictus apropiado. Marina seguía con la misma canción:

—El verdadero talento acaba por salir a flote de alguna forma. Tarde o temprano se revela. Escribe, trabaja, persigue lo que deseas.

—Ya lo persigo. Hasta parece que lo he conseguido: me reprendió un instructor

del Comité Central para asuntos culturales. Oye, ¿qué ha sido de la priva? Has dicho que quedaba un culín.

Marina trajo cierto matarratas extranjero y dos copas altas de vino. Encendió el tocadiscos. Vivaldi, naturalmente. Largo tiempo asociado con la bebida.

—¿Sabes? —dije—. He soñado con vivir en un entorno normal.

—A mí me gustaría verte fuerte, sereno, útil.

—En otras palabras: que me pareciera a Shablinski.

—Para nada. Compórtate con naturalidad.

—Puede que lo más natural en mí sea estar desnaturalizado.

—Lo complicas todo sin medida. Ser una persona decente no es un logro tan grande.

—Deberías intentarlo.

—No hace falta que te pongas grosero.

«Es verdad», pensé. ¿Para qué dije eso? Una mujer hermosa. Todo lo que tengo que hacer es estirar la mano. La estiré. Quité la música. Se me cayó la copa...

Oí:

—¡Mishka, me vas a matar! —Y un tintineo apenas perceptible. Era Marina, que ponía la copa a salvo con su mano libre, no vista, innecesaria.

—Mishka —dije— está de enviado especial.

—¡Ay, Dios!

Asqueado, me marché. Para ser más sincero, me quedé.



Por la mañana el texto de mi discurso estaba listo:

¡Camaradas! Nos ha reunido aquí un acontecimiento triste. Ha fallecido Hubert Ilves, el ejecutivo, el hombre de Partido, el cumplidor de su deber...

Seguía la lista de sus logros, una versión ligeramente novelada de su currículum. Y al final:

¡Su recuerdo pervivirá por siempre en nuestros corazones!

Con este papel fui a la televisión. Allí ellos lo leyeron y dijeron:

—Un poco demasiado abstracto. Sin embargo incluso así está bien; contrastará con otros discursos más oficiales.

Llamé a la redacción. Me dijeron:

—Recibirá instrucciones de la comisión organizadora del funeral. Hasta mañana. ¡Chao!



La comisión funeraria estaba poseída por una actividad que me recordó esa atmósfera tan familiar de la redacción, con su falso aire de preocupación y su febril ineficacia en tonos agudos. Salí a fumar al descansillo, junto a un extintor de incendios. Entonces me saludó Bykóver. En la plantilla de todo periódico siempre hay algún tipo como él, que no encaja en el conjunto: judío, loco, brillante. Igual que todo pueblo de provincias tiene su tonto del pueblo. La historia de Bykóver era insólita. Era el hijo menor del propietario de una fábrica de antes de la guerra en Reval^[15]. Bykóver se graduó en Cambridge. Entonces cayó la Estonia burguesa. Como todos los judíos progresistas, Fima apoyaba la Revolución. Se incorporó a la sección de internacional del periódico de la república (su conocimiento de lenguas extranjeras se reveló práctico). Un día le confiaron un encargo de la máxima responsabilidad: llamar a Dimitrov a Bulgaria para coordinar las felicitaciones con ocasión del Aniversario de la república soviética de Estonia. Bykóver llamó a Sofía. El secretario Dimitrov se puso al teléfono.

—Al habla Tallin —anunció Bykóver, que conservaba el acento judío a pesar de toda su erudición.

En respuesta oyó lo siguiente:

—«¡Querido camarada Stalin! Los búlgaros amantes de la libertad le saludan. Permítame que, en nombre de los trabajadores, le informe de que...».

—No soy Stalin —corrigió Bykóver afablemente—. Soy Bykóver. Le llamo porque, considerando la fecha del Aniversario, sería agradable elaborar un breve artículo de felicitación... Literalmente un par de palabras...

Cuarenta minutos más tarde Bykóver fue detenido. Por comparación blasfema. Por profanar una causa sagrada. Por imbecilidad.

Después de esto le ocurrieron muchas cosas: investigaciones, una temporada en el campo de prisioneros y otra en el frente, donde Bykóver una vez fregó el cadáver de una vaca con arena y álcali («Usted dijo que la limpiara a conciencia; y a conciencia la limpié»). Cuando lo soltaron, consiguió un trabajo en alguna biblioteca. No tenía estudios (Cambridge no contaba). Le pagaban unos ochenta rublos al mes. Entretanto se había casado. Su mujer estaba constantemente enferma, pero se las arreglaba para dar a luz puntualmente. Necesitado, intimidado, medio enloquecido, Bykóver merodeaba por los pasillos de la redacción. Escribiría breves insignificantes cuya pobreza de contenido era realmente rara: «Cerca de la factoría Kálev se ha visto un alce». «En casa de un comandante jubilado, un cacto gigantesco ha comenzado a florecer». «Acaba de salir el siguiente volumen de la obra completa de Grigoróvich». Etcétera. Todos los días Bykóver llamaba a la maternidad para averiguar si habían nacido trillizos. Todos los meses repasaba las novedades en bienes de consumo. Todos los años informaba sobre la apertura de la veda de caza. A todos nos caía bien.

—¡Hola, Fima! —dije con voz blasfemamente alegre.

—Qué desgracia, qué desgracia —contestó Bykóver.

—Dicen que el difunto era todo un miserable.

—Ésa no es la palabra, no es la palabra.

—Escucha, Fima —dije—: ¿alguna vez has intentado estar erguido o conversar con voz normal?

Bykóver me lanzó una mirada que me hizo ruborizarme.

—¿Sabes qué me gustaría? —dijo—. Me gustaría volverme invisible. De modo que en realidad no existiera en absoluto. De buena gana me cambiaría por Ilves, si no fuera porque tengo hijos. Tres. Y los tres necesitan zapatos.

—¿Qué haces aquí?

—No quería venir. Pensaba: supongamos que el muerto fuera Bykóver. ¿Iría Ilves a su entierro? ¡Nunca jamás! Así que yo no voy al suyo. Pero mi mujer me dijo: Fima, ve. Todo el mundo estará allí. La gente que podría ser útil estará allí.

—¿Y yo? ¿Soy una persona útil?

—No mucho. Pero eres una buena persona.

Se acercó una muchacha que llevaba una cinta negra.

—¿Quién es Shablinski?

—Yo —dije.

—Escuche: Ilves está en el depósito de cadáveres. Le han puesto un traje azul oscuro. Pero le falta la corbata. Su sobrino acaba de traer una. También hay que ponerle una insignia del Sindicato de Periodistas en la solapa.

Yo mismo llevaba corbata. Me la había dado hacía un año aquel especulador monetario, «Tiburón». Es más, me la había anudado de manera insólita. A lo Frank Sinatra. Desde entonces nunca la desanudaba. Funcionaba así: le aflojaba el nudo e iba ensanchando el lazo muy despacio. La punta quedaba en el exterior del nudo. Entonces metía la cabeza por el lazo con cuidado, aplanando las orejas. Para quitármela simplemente invertía estos pasos.

—Me temo que no sabría acertar a...

—Básicamente sé como se hace —dijo Bykóver.

—¡Maravilloso! —dijo la muchacha, muy contenta—. El camión espera abajo. Un chófer les conducirá; y Altmyae, el técnico de sonido, irá con ustedes. Aquí están la corbata y la insignia del Sindicato. Vuelvan con el finado. Para entonces todo el mundo estará listo. La ceremonia comenzará a las tres en punto. Otra cosa: díganle a Altmyae que elija un fondo que resalte los contrastes. Él entenderá a qué me refiero.

Nos pusimos los abrigos y bajamos por el ascensor. Bykóver dijo:

—Por una vez soy de utilidad.

Abajo estaba aparcado un camión con una furgoneta enganchada a modo de remolque. Altmyae, el técnico de sonido, dormitaba en el taxi.

—Hola, Óscar —dije—: me han pedido que te recuerde que el fondo debe resaltar los contrastes.

—¿De qué fondo me hablas? —dijo Altmyae, sorprendido.

—Ya lo sabes.

—¿Qué sé?

—La muchacha nos pidió que te lo dijéramos.

—¿Qué muchacha?

—No importa —dije—. Duérmete otra vez.

Subimos al asiento trasero de la furgoneta. Bykóver estaba feliz:

—Es bueno poder echar una mano. Ilves es una persona útil.

—¿Quién es una persona útil? —pregunté, asustado.

—Ilves hijo.

—¿Y a qué se dedica?

—Trabaja en el Departamento de Propaganda.

—Siéntate aquí —dije—. Aquí traquetea menos.

—A mí me traquetea igual por todas partes.

Hubo un tiempo en que trabajé como vigilante de convoyes penitenciarios. Escoltaba a prisioneros en exactamente esta clase de furgoneta metálica. La llamábamos «presomóvil». Aparte del «salón» del convoy, la furgoneta contenía dos armarios de acero fino. Los llamábamos «vasos». Dentro de cada «vaso» cabía un hombre, siempre que se apoyara contra las paredes con ayuda de codos y rodillas. Los no presidiarios viajaban en el «salón». En la puerta metálica había una mirilla estrecha, que los prisioneros llamaban «te veo-no me ves». De repente entendí lo horrible que debía de ser que lo transportaran así a uno, en un vaso metálico. Había tardado dieciséis años.

Algunas ramas raspaban el techo metálico de la furgoneta. El frenazo del camión nos lanzó hacia adelante. Salimos a la luz. Más allá de los árboles se distinguían las paredes amarillentas de la sala de disección de la morgue. A la derecha de la puerta había un timbre. Llamé. Abrió un hombre con un delantal de hule. Altmyae sacó unos documentos y dijo algo en estonio. El asistente nos indicó por gestos que le siguiéramos.

—Yo no voy —dijo Bykóver—. Me desmayaría.

—Yo tampoco —dijo Altmyae—. Después tendré pesadillas.

—Muy bonito —dije—. Eso se avisa.

—Contábamos contigo. Tú tienes arrestos para hacerlo.

—Pero no sé hacer el nudo de la corbata.

—Yo te enseñaré —dijo Bykóver—. Te enseñaré a hacer el «loto de Cambridge». Puedes practicar aquí y luego lo haces allí.

—Yo iría —dijo Altmyae— pero soy muy impresionable. Y en general no me atraen mucho los muertos. ¿Y a ti?

—¡Los muertos son mi pasión! —dije.

—Presta atención y aprende —dijo Bykóver—: sigue la imagen inversa. La parte delgada va aquí; y la ancha, aquí. Lo giramos dos veces. Tiramos de la punta. Y luego

lo sujetamos aquí y apretamos despacio. Mira, es precioso, ¿verdad?

—No está mal —dije.

—La ventaja del loto de Cambridge consiste en que es fácil de desatar. Sólo hay que tirar de la punta y listo.

—A Ilves le encantará —dijo Altmyae.

—¿Lo has pillado?

—Eso creo —dije.

—Prueba.

Dócilmente Bykóver me ofreció su flácido cuello, que estaba parcheado de tiritas por cuatro sitios diferentes.

—Muy bien —dije—. Me acuerdo.

El interior del depósito de cadáveres era un lugar frío que reverberaba. Paredes marrones, cemento, instrucciones de protección civil, un extintor de incendios color rojo chillón.

—Éste —indicó el asistente.

Junto a la ventana, elevado sobre un pedestal cubierto de calicó, estaba el ataúd. No era de marrón banal, como el color de una caja fuerte, sino negro con cordón de hoja de metal.

Ilves parecía absolutamente muerto. Sin vida como una escayola.

Mostré la corbata al guardia. Resultó que hablaba bien el ruso:

—Yo lo levanto y usted le hace el nudo.

Enlazando las manos, levantó el cadáver como si fuera un tronco. Empezamos a manipular a Ilves, haciéndonos un poco de lío.

—Así... Un poco más...

Al levantarle los cuellos de la camisa, le sobresalió un encaje de papel arrugado...

—Oquéi —dijo el asistente alisando el pelo del muerto.

Saqué la insignia del Sindicato de Periodistas y la prendí a la solapa de sarga azul oscuro. El asistente fijó las tapas del ataúd con seis pernos. Comprobamos que encajaban y los atornillamos.

—Voy a llamar a mis amigos —dije.

Bykóver y Altmyae entraron. Fima cerraba los ojos con fuerza. Altmyae esbozó una sonrisa apagada. Sacamos el ataúd, que chirrió de forma siniestra cuando lo metimos en el maletero de la furgoneta.

Altmyae se subió a la cabina del camión. Bykóver guardó silencio durante todo el camino de vuelta. Justo cuando llegábamos, dijo filosóficamente:

—Un hombre vivió. Vivió y luego murió.

—¿Y qué esperabas? —dije.



La gente se arremolinaba en el vestíbulo. Hablaban con voces en sordina. Las

fotografías de una exposición titulada «Juventudes del planeta» destellaban a lo largo de las paredes.

Un hombre que lleva un brazalete salió y anunció en voz alta:

—Se permite fumar.

Esta pequeña trasgresión humanitaria satisfizo a los dolientes. Los organizadores oficiales se afanaban silenciosamente entre el gentío. Yo no conocía a ninguno de ellos. Evidentemente los ritos funerarios demuelen la jerarquía habitual. Entre los que se ofrecen a conducir los actos mucha gente anónima parece asumir protagonismo de buen grado.

Me acerqué a un organizador.

—Hemos traído el ataúd.

—¿Y el cable?

—¿Qué cable? Es lo primero que oigo.

—Muy bien —dijo como si yo hubiera cometido una equivocación insignificante.

Luego alzó la voz sin perder el tono de profundo dolor:

—¡Camaradas, a los coches!

Dos mujeres, apresuradamente y con retraso, arrojaron ramas de pino al suelo.

—Parece que ya no somos necesarios —dijo Altmyae.

—Yo tengo que pronunciar un discurso.

—Tú hablas al final. Al principio los camaradas del Comité Central harán sus elogios. Y después la gente que desee intervenir.

—¿Cómo que la gente que lo desee? Estoy en el programa. Y mi texto está aprobado.

—Naturalmente. A ti te encargaron sentirte voluntario. He visto la lista. Eres el octavo. Vas después de Lémbit. Quiere que todo el mundo cante. Hay una canción llamada «Las grullas»: «Me parece que a veces los soldados...». Etcétera. Lémbit propondrá que todos la cantemos.

—Pero ¿quién va a cantar? Con el frío que hace, encima.

—Todo el mundo. Ya lo verás.

—Tú, por ejemplo, ¿vas a cantar?

—No —dijo Altmyae.

—¿Y tú? —pregunté a Bykóver.

—Si es necesario, cantaré —contestó Fima.

La gente arrastraba los pies hacia la salida. Muchos llevaban coronas, ramos o flores en macetas. A la entrada del edificio esperaban seis autobuses y nuestra furgoneta. El organizador principal se me acercó.

—¿Camarada Shablinski?

—Está de enviado especial.

—¿Pero usted es de *Estonia soviética*?

—Sí. Estoy en el programa.

—¿Ha traído el cuerpo?

—Los tres lo trajimos.

—Lo acompañarán de ahora en adelante. Irán en el coche especial. Aquí tienen esto para combatir el frío.

Sacó un paquete en cuyo interior se oía el chapoteo del vodka contra el vidrio. Una forma velada de honorarios. Un buen trago antes del mal trago. Me daba vergüenza, pero no dije nada. Me guardé el paquete en el bolsillo. Se lo conté a Bykóver y Altmyae. Visitamos la cafetería y pedimos vasos. Altmyae compró tres sándwiches. El vestíbulo se vació. Las ramas de pino contrastaban misteriosamente con el amarillo brillante del suelo. Nos dirigimos a la furgoneta. El conductor dijo:

—Hay sitio en la cabina.

—Tranquilo —dijo Altmyae.

—¿Le damos un traguito? —susurré.

—Ni se te ocurra —ordenó Bykóver bruscamente.

El ataúd seguía en su lugar. Nos sentamos un ratito en la penumbra. El motor arrancó. Altmyae puso los sándwiches sobre la tapa del féretro. Saqué el vodka. Fima arrancó el diminuto tapón metálico con los dientes. Entrechocamos los vasos en silencio. La furgoneta comenzó a moverse.

—A su memoria —dijo Bykóver tristemente.

Olvidando toda precaución, Altmyae exclamó:

—¡No se está mal!

Bebimos, ocultando la botella bajo el asiento. El papel lo arrojamos por la ventana.

—Deberíamos devolver los vasos —dije.

—Vamos a necesitarlos —observó Bykóver.

La furgoneta sufrió una sacudida al alcanzar un cruce.

—Hemos alcanzado nuestro destino —dijo Bykóver.

Lo dijo con voz que acentuaba lo efímero de la vida.

El cementerio Linnamets se extendía sobre colinas sobreexplotadas de abetos y perladas de impresionantes rocas cubiertas de musgo. Al contemplar rocas tan decorativas como éstas, a los periodistas les gusta decir: restos de la glaciación. Como si fueran supervivientes de las eras prehistóricas y las recordaran bien.

Todo sugería inmortalidad y paz. Las colinas se alzaban como ruinas de una antigua fortaleza. En la distancia lejana rugía un mar invisible. Las copas de los pinos se balanceaban. La corteza de sus troncos amarillentos en paralelo se desconchaba.

No había anuncios, carteles, quioscos ni cubos de basura. Un lago, monumentos: agua y piedra en solemne alianza. Paz.

Salimos a la avenida principal del cementerio, rayada por las sombras de los pinos. El conductor frenó. La puerta metálica se abrió de golpe. Los autobuses se habían alineado en una columna detrás de nosotros. El organizador principal se nos aproximó.

—¿Cuántos son?

—Tres.

—Necesitamos más.

Entendí que el ataúd seguía siendo asunto nuestro.

La gente con coronas y ramos de flores se apiñaba cerca de los autobuses. Comenzó a oírse música. El primer acorde, poderoso, fue seguido de un eco. Se nos unieron tres muchachos fuertes, colaboradores del periódico *La juventud estonia*. Conocía a uno de ellos; solíamos jugar al *ping-pong*. Levantamos el ataúd. Después nos giramos y tomamos nuestro lugar a la cabeza de la columna. Estaban interpretando a Chopin: la marcha fúnebre. Andar despacio con una carga pesada es una tortura. Me cansaba. Era imposible cambiar de mano.

Con voz sofocada, Bykóver dijo de repente:

—Cómo pesa el cabrón.

—Caminemos más rápido —dije.

Aceleramos un poco el paso. La orquesta aumentó el ritmo. Nosotros aceleramos más todavía. El trayecto parecía inacabable. Bykóver dijo:

—Estoy a punto de soltarlo —y levantando la voz añadió—: que alguien me sustituya, por favor, camaradas... ¡Hola!

Bykóver fue sustituido por un locutor llamado Oya.

Al final de la avenida había una tumba oscura, rectangular. Al lado de ella se amontonaba tierra fresca. Los músicos se extendieron en semicírculo. En una pausa de la música bajamos el ataúd. Los dolientes rodearon la tumba. El organizador principal y sus ayudantes levantaron la tapa del ataúd. Me aseguré de que la corbata estaba en su sitio antes de ocultarme en la arboleda. Los operadores del estudio de televisión comenzaron a montar su equipo. La luz de los focos parecía fuera de lugar. Cables negros se arrastraban por la hierba. Bykóver y Altmyae se me acercaron. Era obvio que el vodka nos unía. Encendimos cigarrillos. El organizador reclamó silencio. Sosteniendo en la mano un sombrero nuevo de pana, el primer orador comenzó su elogio. No lo escuché. Siguió el rosario de discursos. Los muchachos de la televisión se llamaban unos a otros alegremente.

—Retransmisión en directo —decía Bykóver—. A mí me enterrarán como a un perro.

—El Departamento de Epidemias no lo permitirá —respondió Altmyae—. El camino a la muerte está pavimentado de breves sin sentido.

—Claro que tienen sentido —dijo Bykóver con indignación.

El siguiente orador era alguna personalidad del diario *Ichta Lecht*. Me quedé con una frase: «Su padre y su abuelo lucharon contra la autocracia estonia».

—Pero ¿de qué están hablando? —dijo Altmyae, alucinando—. Nunca hubo autocracia en Estonia.

—Bueno, contra el zarismo —dijo Bykóver.

—Tampoco hubo zarismo, al menos estonio. Hubo zarismo ruso.

—Bueno, de lo que no cabe duda es de que no hubo zarismo judío —comentó

Bykóver—. Me juego el cuello.

Se nos acercó un organizador.

—¿Es usted Shablinski?

—Está de enviado especial.

—Ah, sí... ¿Está listo? Va después del orador que está hablando.

Altmyae sacó los cigarrillos. El mechero no le funcionaba. Se le había acabado la gasolina. Bykóver fue a por cerillas. Volvió enseguida, caminando de puntillas. Gesticulando, dijo:

—Os vais a reír. No es Ilves.

A Altmyae se le cayó el cigarrillo.

—Eso no puede ser... ¿Cómo puede ser? —pregunté.

—No es Ilves. Es otro hombre. Quiero decir: otro muerto.

—Fima, ¿sabes lo que estás diciendo?

—Te digo que no es Ilves. Ni siquiera se le parece. ¿Qué crees, que no conocía a Ilves?

—¿Es posible que esto sea una provocación? —dijo Altmyae.

—Seguramente te equivocaste de muerto —dijo Bykóver.

—Querrás decir el de la morgue —dije—. Yo no había visto a Ilves en mi vida.

Hay que hacer algo.

—¿Pero qué? —dijo Bykóver—. Están retransmitiendo en directo.

—Pero este muerto es... ¿sabe Dios quién!

—Iré a ver —dijo Altmyae.

Se fue, volvió y dijo:

—Es verdad, no es Ilves. Pero algo sí se le parece...

—¿Y sus amigos y familiares? —pregunté.

—Básicamente Ilves no tenía amigos ni familiares —dijo Altmyae—. Digámoslo sin rodeos: nadie le quería.

—Pero ellos dicen que tenía un hijo o un sobrino...

—Ponte en su lugar. Están emitiendo en directo. Todo un evento.

La gente más cercana a la tumba comenzó a cantar. Se podía oír el lacerante contrapunto de Liuba Tórshina, del Departamento de Abastos de nuestro periódico. Entonces el organizador principal me hizo una seña con la cabeza. Caminé hacia la tumba. Finalmente el canto se extinguió.

—Las palabras finales correrán a cargo del camarada Dolmátov. ¿Qué no me habrán llamado en mi vida? Dokládov, Zaplátov...

Me aproximé más a la tumba. En su interior había entrado agua y se veía el blanco de raíces cercenadas. Al lado de la tumba, sobre caballetes especiales, el ataúd estaba erguido y proyectaba su sombra. El cadáver desconocido estaba cubierto de flores. Lo poco que se le veía de la cara parecía huérfano, perdido en la espuma blanca de orquídeas y gladiolos. Privado de su nombre, el muerto parecía un objeto. Miré la cúpula de la tienda azul prendida de los pinos. Las grajillas volaban como en

la tele. El amarillo cegador del cimborio de la iglesia se elevaba sobre las casas de la cercana Mustamya, recalando su gris cotidiano. La tumba estaba rodeada de extraños con abrigos oscuros. Me embriagó el olor sofocante de las agujas de pino y las flores. Los hombros se me embutían en la chaqueta de Shablinski. Los pétalos caídos me hacían cosquillas en las manos cruzadas sobre el pecho. Sobre mi cabeza un cámara toqueteaba algo. Se oyó una voz lejana, tiznada de admiración por sí misma:

—Yo no conocía a este hombre: su alma, sus impulsos, su determinación, su coraje, decepciones y esperanzas. No creo que encontrara la verdad sin búsqueda. No creo que su última mirada descubriera la verdadera medida de la confusión que es la vida; los actos de astucia demasiado obvia, las victorias sin triunfo ni las capitulaciones sin amargura. No creo que entendiera adonde vamos ni lo que nuestra espasmódica retirada pueda tener de alegre y valioso. Y sin embargo aquí está... por decisión propia...

Oí un creciente murmullo. Entre las frases sordas podía distinguir una: «Pero ¿qué está diciendo?». Alguien me tocó la manga. Aparté el hombro. Comencé a hablar más rápido:

—¿En qué pienso, aquí de pie, al lado de esta tumba? En los misterios del alma humana. En la superación de la muerte y la pena del espíritu. En las leyes de la existencia, nacidas en las profundidades de los milenios pasados y que pervivirán hasta la extinción del sol...

Alguien me echó a un lado.

—No entiendo —dijo Altmyae—. ¿Qué mosca te ha picado?

—Yo tampoco lo entiendo —dije—. Fue como si me invadiera el caos que reinaba alrededor de mí.

—Acabo de averiguarlo todo —dijo Bykóver. Su cara se iluminaba con la picardía de alguien iniciado en un misterio arcano—: es contable de una asociación de pescadores; y se llama Gaspel. En este momento están enterrando a Ilves como si fuera Gaspel, en el cementerio de Merival. No os quiero contar lo que está pasando allí. Acaban de llamar. La familia está histérica. Se ha decidido seguir adelante con el entierro sin más.

—Mañana o incluso esta noche pueden cambiar las lápidas sin más —dijo Altmyae.

—Eso no puede ser —objetó Bykóver—. Ilves era de la *nomenklatura*. No se le puede enterrar en un cementerio para gente normal; era un privilegiado. Debe seguirse el orden de hierro. Por la noche cambiarán los ataúdes.

Perdí el sentido de la realidad. El mundo, tal como se revelaba, carecía de perspectiva. El futuro se me agolpaba a la espalda. El pasado se ocultaba en el horizonte. Comencé a sentir que la armonía era un invento de los poetas en su deseo de tocar los corazones de los seres humanos.

—Vámonos —dijo Bykóver—. Aún quedan asientos en el autobús. Si no,

tendremos que botar en ese cajón de metal todo el camino de vuelta.

COMPROMISO DUODÉCIMO

Estonia soviética. Octubre. 1976

LA MEMORIA ES UN ARMA TEMIBLE. La mitología griega nos ha legado la imagen del Leteo, el río del olvido, cuyas aguas se llevan los sufrimientos terrenales padecidos por los seres humanos. A orillas del Leteo el hombre experimenta una ilusión de felicidad tan conmovedora como momentánea. Su ingenua mente, desprovista de recuerdos, lo convierte en un juguete en manos del destino. Pero desde tiempo inmemorial otra corriente ha fluido contra el Leteo: el caudaloso e inagotable río de la memoria humana.

En la ciudad de Tartu se celebra el III Reencuentro de Ex Prisioneros de Campos de Concentración Fascistas de nuestra república.

Sus rostros son al mismo tiempo festivos y severos. Todos llevan en el pecho una modesta insignia conmemorativa: un triángulo rojo que enmarca la silueta de una paloma, emblemas indisolubles de la sangre derramada y la paz. Los asistentes se reúnen en grupos en las espaciosas galerías del teatro Vanemuine. Hay saludos, abrazos, conversaciones emocionadas...

Lazar Borísovich Slapak, ingeniero de la construcción, nos cuenta: «Al principio me enviaron a un campo para prisioneros de guerra. Después me trasladaron a Stutthof por divulgar propaganda antifascista y por organizar fugas. Siempre podíamos reconocernos unos a otros con una simple mirada, un gesto con la mano, una risa evasiva... Nadie se siente víctima si tiene camaradas y hermanos a su alrededor».

El Reencuentro se prolongará dos días. Dos días de reminiscencias, amistad y lealtad a la experiencia vivida. Después los delegados e invitados se dispersarán, habiendo renovado el archivo precioso y eterno de la memoria humana. E inspirados por su liderazgo los demás repetimos solemne y severamente, como una advertencia, un juramento y un precepto para el mundo entero: «¡No hemos olvidado a nadie, no hemos olvidado nada!».

Llegamos a Tartu por la mañana temprano. Zbáňkov se había pasado el viaje reparando su cámara. Esta operación consumió varios clips, cinta aislante, una astillita de espejo...

Al principio querían enviar a Malkiel, pero Zbáňkov elevó una protesta.

—No olvide que combatí como un soldado. ¿No tiene conciencia?

El redactor jefe Turonok trató de resistirse al argumento.

—Es una reunión de exprisioneros, no de excombatientes.

—¡Como si yo no fuera un preso! —Zbáňkov levantó la voz.

—La clínica de desintoxicación no cuenta —dijo el redactor sarcásticamente.

Pero Zbáňkov no cejaba. Tenía varios ases en la manga: si le negaban algo en redondo, amenazaba veladamente con emborracharse. Nunca lo decía a las claras. Se limitaba a preguntar:

—Entonces, ¿está abierta la mutua del Sindicato?

Eso significaba que Misha tenía intención de procurarse algo de efectivo. Y que, si no tenía otro remedio, empeñaría la fotocopidora de la oficina y se bebería lo que sacase por ella.

Por regla general las amenazas surtían efecto, lo que no impedía a Zbáňkov emborracharse con asiduidad. Y Por regla general bastaba con pensar en el alcohol para que apareciera Zbáňkov.

—Guiénrig Fránzevich —intervine—: no sería la primera vez que Zbáňkov y yo salimos juntos en viaje de trabajo.

—Tenemos un mutuo entendimiento creativo —apoyó Misha.

—Precisamente eso es lo que me asusta —dijo Turonok—. En fin, vayan.

Supongo que el redactor jefe debió de recordar que era un encargo importante. Y desde luego Zbáňkov era un fotógrafo de primera.

Anduvimos de la estación de ferrocarril al teatro. Tartu es una ciudad hospitalaria, muy cultural. No dejábamos de ver gorras verdes de estudiante. Llovía.

—Tengo que comprar un carrete —dijo Zbáňkov.

Visitamos una tiendecita pública muy agradable. El dependiente hacía café sobre una placa eléctrica. Vestía la típica chaqueta de punto estonia decorada con botones metálicos.

—¿Tiene usted carretes Mikrat-4? —preguntó Zbáňkov.

El estonio negó con la cabeza.

—Ya empezamos...

—¿Y dónde está la tienda más cercana donde los venden? —pregunté por curiosidad.

—En Helsinki —dijo el comerciante sin sonreír.

—No importa —dijo Zbáňkov—. Seguro que los colegas del diario *EDAZI* me prestan uno.

La lluvia arreciaba. Nos apresuramos al teatro. A la entrada se agolpaba una muchedumbre con paraguas e impermeables.

—¿Para qué llevan todos paraguas, como salvajes? —se sorprendió Zbáňkov pisando un profundo charco.

—Más bajo —dije.

El teatro Vanemuine era una construcción relativamente reciente. Tenía escaleras de mármol y unos pasillos tan espaciosos que hacían eco. Sobre la puerta principal colgaba una pancarta azul (en Estonia gustan las pancartas azules): «¡Honrad a los prisioneros de campos de concentración fascistas!».

Encontramos al maestro de ceremonias y nos presentamos. Dijo:

—El programa es el siguiente: primero, la parte emotiva: reencuentro de viejos

camaradas. Después la ceremonia asamblearia. Por último, el banquete. A propósito, están invitados.

—Sólo faltaría —dijo Zbáňkov.

Por los pasillos vagaba gente con medallas y otras condecoraciones. En general se reunían en parejas y tríos, fumando y conversando en voz baja.

—No veo demasiada emoción —dijo Zbáňkov.

El maestro de ceremonias explicó:

—Hace casi veinte años que los prisioneros se reencuentran anualmente. La parte emotiva concluirá en breve. La parte ceremonial durará aproximadamente una hora, puede que menos. Después vendrá el banquete...

—... con todas sus consecuencias subsecuentes —dijo Zbáňkov, rompiendo a reír a carcajadas.

El maestro de ceremonias dio un respingo.

—Discúlpeme —dijo—. Tengo que hablar con algunas personas. Tomar algunos apuntes.

El maestro de ceremonias detuvo a un hombre alto y fornido.

—Permítanme que les presente a Lazar Borísovich Slapak, ingeniero de la construcción, antiguo preso en Stutthof.

Me presenté a mi vez.

—Me enviaron a Stutthof por actividades antifascistas y organización de fugas. Antes de esto estuve preso en Polonia...

Slapak hablaba rápido y seguro. Se notaba que tenía costumbre de tratar con periodistas.

—¿Supongo que estará interesado en conocer algunos hechos insólitos? —preguntó.

Asentí.

—Vamos a sentarnos.

Nos sentamos en un sofá. Otros dos hombres se nos unieron: uno era relativamente joven y vestía una capa militar; el otro era un anciano triste con un solo brazo. El maestro de ceremonias dijo sus nombres: Valton y Gúrchenko.

Slapak esperó a que se hiciera el silencio antes de continuar:

—Organizar fugas exigía tener ciertos recursos a nuestra disposición. Tuvimos que pensar en cómo procurarnos algún dinero. Y, lo crean o no, lo conseguimos. Yo jugaba al ajedrez y no lo hacía mal. Y el comandante del campo resultó ser un apasionado entusiasta de este juego. Decidimos organizar un torneo. Se fijó un premio de ochenta marcos. Los camaradas me apoyaron en cuerpo y alma. Gané siete partidas de diez. El comandante dijo: «Donner vetter!», pero pagó.

—Interesante, muy interesante —interrumpió Gúrchenko, el manco, que hasta entonces había guardado silencio.

—¿Te parece, camarada? —preguntó Slapak.

—Lo que me parece es que no lo pasasteis tan mal en Stutthof...

—¿Es decir? —El ingeniero esbozó una sonrisa tensa.

—Es decir que deberías haber pasado tres años en Mordovia —prosiguió el anciano, que evidentemente estaba algo bebido.

—Y tú ¿dónde estuviste preso, camarada? —intervino veloz el maestro de ceremonias—. ¿En Dachau? ¿En Auschwitz?

—En Mordovia —contestó Gúrchenko—; y en Kazajstán. Pasé veinte años allí como exprisionero de guerra.

—¿Y crees que yo no estuve preso? —dijo el ingeniero, ofendiéndose—. ¡Me molieron los dos riñones! ¿No has oído hablar de Yosser? ¿De Veslyana? ¿De Ropcha?

—Yo sí —terció el de la capa—. Enfermé de meningitis en una prisión de tránsito, en Ropcha. No era más que un niño cuando me cogieron los alemanes. Me enviaron a un campo sin importarles que fuera demasiado joven para entrar en filas ni que no hubiera participado en actividades de propaganda. Fue terriblemente injusto. No me gustó nada el campo de concentración. Los fascistas nos dejaban morir de hambre. Además no había mujeres.

—¿Y cómo lograste llegar a Ropcha? —preguntó el manco maliciosamente.

—Muy sencillo: nos liberaron los franceses. Me encontré en París. Me precipité a la embajada soviética. Reunieron a unos ochocientos de nosotros. Nos subieron a un tren. Y nos enviaron hacia al este, kilómetros y kilómetros... Pasamos Moscú, luego los Urales...

—¡Una sonrisa, todo el mundo! —dijo Zbáňkov—. ¡Miren al pajarito!

—Creía que no tenías carrete —le dije.

—No importa —contestó Zbáňkov—. Es para calmar un poco los ánimos.

El maestro de ceremonias también estaba molesto. Se levantó y dio unas fuertes palmadas.

—¡Camaradas prisioneros: por favor, pasen al salón!

La parte ceremonial duró veinte minutos. El maestro de ceremonias fue el que más habló. Terminó diciendo:

—Siempre seremos prisioneros del fascismo. Porque lo que pasamos no se puede olvidar.

—¿Él también fue prisionero de guerra? —pregunté a Gúrchenko.

—¿Ese comediante? —contestó el viejo—. Ése es un mandado del Comité Regional. Es el cuarto año que viene aquí a montar el número. Debería haber pasado tres años en Mordovia trabajando de maderero...

En aquel momento se abrieron las puertas del salón de banquetes. Nos sentamos a una mesa junto a la ventana. Zbáňkov trajo otras dos sillas. Después sirvió el vodka.

—Bebamos sin brindar. ¡Por todo lo bueno! —propuso Slapak.

Bebimos en silencio. Zbáňkov sirvió la siguiente ronda inmediatamente. Valton trataba de contarme el resto de su historia:

—Yo era grumete en un barco de la marina mercante. Los alemanes se

equivocaron conmigo. Me encerraron sin motivo. Yo no estaba en la Marina. Era un barco mercante. Pero a ellos les dio igual. Me encerraron sin motivo alguno...

Valton parecía deseoso de demostrar su inocencia. Le faltó poco para declararse leal a los alemanes.

—Los estonios son así —dijo Zbáňkov—: veneran a un tipo como Adolf y a los rusos nos desprecian.

—¿Y por qué iban a querernos? —metió baza Gúrchenko—. ¿Por convertir su país en un burdel?

—Lo del burdel no es lo peor —dijo Zbáňkov—. Lo peor es lo caro que está el vodka.

Empezaba a brillarle la cara. Sus manos llegaban a todas las botellas.

—¿Puedo servirles un poco del plato principal? —dijo Slapak, inclinándose hacia mí.

Zbáňkov le tocó educadamente el codo.

—Quería preguntarle... Puede que sea una pregunta poco delicada... Discúlpeme, pero ¿a qué nación pertenece usted?

Slapak se puso en guardia. Pero contestó con firmeza y seguridad, como un hombre sin nada que ocultar:

—Pertenezco a la nación judía. Y usted, si me disculpa, ¿cuál es su nacionalidad?

Zbáňkov se puso un poco nervioso. Ensartó una seta marinada que se le resistía.

—Yo soy de la nación rusa... Ruso-judía —dijo cordialmente.

En este punto el manco Gúrchenko se volvió a Slapak.

—No te traumates, chaval —le dijo—. Si eres judío, pues eres judío. No es tan terrible. He vivido cuatro años en Kazajstán. Los kazajos son cien veces peores.

Bebimos otra vez. Zbáňkov entabló una animada conversación con Gúrchenko. Su discurso se iba haciendo más colorido.

El salón se llenaba del bullicio característico de un banquete, con su tintineo de copas y tenedores. Alguien encendió la radio. Sonaron acordes poderosos:

... el país está en guerra,
una guerra sagrada...

—¡Eh! ¿Quién es el más cercano a esa cosa? ¡Apaguen esa cencerrada! —gritó Zbáňkov.

—Déjalo —dije—. Al menos tapa tus tacos.

—¡La verdad no se puede tapar! —gritó Gúrchenko de improviso.

Zbáňkov se levantó y se dirigió al aparato de radio. Justo entonces reparé en un grupo de escolares vestidos de pioneros que sorteaban las mesas con torpeza. Era evidente que el aguacero les había retrasado. Llevaban una enorme cesta de flores.

Misha se topó con ellos de camino a la radio. Sin duda presentaba un aspecto pintoresco. Los ojos le brillaban de entusiasmo. Llevaba la corbata al hombro. Entre los exprisioneros del campo de concentración, destacaba por su enflaquecimiento y

su aspecto trágico.

Los pioneros se detuvieron. Zbáňkov quedó de pie ante ellos, sin saber muy bien qué hacer. Un muchacho delgado con pañoleta roja levantó la mano. Alguien apagó la radio.

En el silencio recién creado resonó la aguda voz del niño:

—¡Alabanza eterna a los héroes! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria!

Intimidado, Zbáňkov apretó la cesta de flores contra su pecho. Después de una pausa gritó:

—¡Hurra!

En el salón se levantó un alboroto increíble. Alguien repartía artículos de una caja. Otro bailaba el *lezginka* con una daga falsa entre los dientes.

Zbáňkov fue inmortalizado por los jóvenes reporteros del periódico local. Su rostro granate se tomó verde. Volvió a nuestra mesa. Apoyó la cesta en el alféizar.

Gúrchenko levantó la cabeza ligeramente. Después se desplomó sobre una fuente de patatas.

Le acerqué una silla a Zbáňkov.

—Qué ramo tan elegante te has agenciado —le dije.

—No es un ramo —contestó Zbáňkov con tristeza—. Es una corona funeraria.

Con esta trágica nota me despedí del periodismo. ¡Basta!

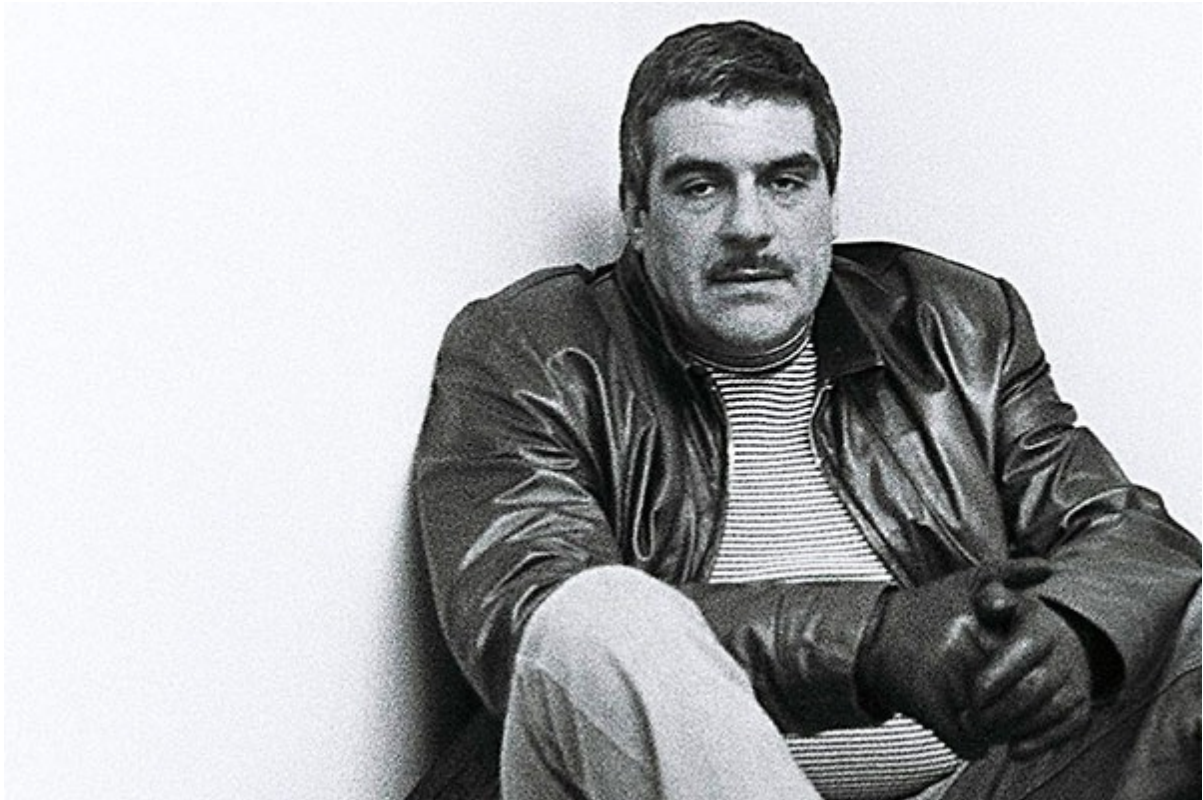


Mi hermano, que ha sido condenado dos veces (una por homicidio impensado), suele decirme:

—Búscate un trabajo útil. ¿No te da vergüenza lo que haces?

—¡Mira quién me sermonea!

—Yo no hice más que matar a un hombre —dice mi hermano—; e intentar incinerar su cadáver. ¡Pero tú! ■



SERGUÉI DONÁTOVICH DOVLÁTOV (Ufá, 1941 - Nueva York, 1990) escritor, cuentista y novelista ruso. Hijo de un judío y una armenia que abandonaron Leningrado durante la Gran Guerra Patria. Terminada la guerra, la familia regresó a Leningrado, en cuya Universidad Estatal estudió lengua finesa hasta que fue expulsado por sus afinidades ideológicas: se había hecho amigo del notable poeta disidente Joseph Brodsky. En castigo, pasó tres años cumpliendo el servicio militar obligatorio como guardián de una prisión militar en Komi. En aquella época empezó a escribir. Más tarde tropezaría con la censura del régimen, que le impidió publicar sus obras.

En 1978 fue expulsado de la Unión de Periodistas Soviéticos y terminó emigrando a los Estados Unidos. En Nueva York, fue redactor del periódico *El Americano Nuevo*, publicado por emigrantes judíos, y también colaboraría con la revista *The New Yorker*. Durante su exilio se editó lo más notable de su obra, doce libros que alcanzaron rápidamente un gran éxito de público; otras de sus obras se publicarían póstumamente.

Notas

[1] Shakespeare: *El rey Lear* (nota de los traductores). <<

[2] Vino blanco (nota de los traductores). <<

[3] Nota del autor: cita apócrifa urdida por la fantasía del autor. <<

[4] En Rusia el licor en cantidades menores se mide en gramos (nota de los traductores). <<

[5] Sopa a base de remolacha (nota de los traductores). <<

[6] General Yakir: héroe del Ejército Rojo durante la guerra civil rusa (1918-1921). Víctima de las purgas de Stalin, fue fusilado en Ucrania en 1937 (nota de los traductores). <<

[7] *Komsomol*: organización de las Juventudes Comunistas. También, miembro de esta organización (nota de los traductores). <<

[8] Grandes almacenes del centro de Moscú, cerca de la Plaza Roja (nota de los traductores). <<

[9] *Norodnyi Kommissariat Vnuetrennij Del*, Comisariado del Pueblo para Asuntos del Interior, organismo encargado de coordinar todas las actividades de información, represión y contraespionaje en la URSS. Otra de sus misiones es la de reprimir cualquier manifestación de disidencia, actuando en la práctica como una policía política (nota de los traductores). <<

[10] Especie de hermandad alcohólica. Es voz alemana (nota de los traductores). <<

[11] Rebanadas de pan con mantequilla y fiambre, queso, etcétera. Es voz alemana (nota de los traductores). <<

[12] Kurt Waldheim, secretario general de la ONU (1971-1981) (nota de los traductores). <<

[13] Del dramaturgo Nikolay Ostrovski (1904-1936), representante del llamado realismo socialista (nota de los traductores). <<

[14] Se refiere a la viuda del poeta ruso Osip Mandelstam (1899-1980) (nota de los traductores). <<

[15] Antiguo nombre de la ciudad de Tallin (nota de los traductores). <<